

XVI

**Inquietud de Briant por Santiago. --
 Construcción del cercado. -Azúcar de arce.
 -Exterminio de las zorras. -Nueva expedición a
 «Sloughi-bay» -El carro enganchado. -Matanza
 de focas. -Las fiestas de Navidad. -Hurra a
 Briant.**

Ninguna novedad habla ocurrido en *French-den* durante la ausencia de Gordon. El jefe de la pequeña colonia no tenía más que alabanzas para Briant, a quien los pequeños demostraban un sincero cariño; y si Doniphan no fuera de un natural tan altanero y envidioso, hubiera apreciado también sus buenas cualidades; mas por desgracia no sucedía así, y merced al ascendiente que ejercía sobre Wilcox, Webb y Cross, éstos hacían causa común con él cuando se trataba de contrariar al joven francés, tan diferente por carácter de sus compañeros anglo-sajones.

Briant no se cuidaba de ello; cumplía con lo que consideraba su deber, sin preocuparse jamás de lo que se pensaba de su conducta. Su gran pesar era la actitud de su hermano, a quien había interrogado de nuevo, sin obtener más respuesta que ésta:

-No... hermano... no. ¡No tengo nada!

-¿No quieres confesarlo? le dijo. ¡Haces mal!... ¡Sería un gran consuelo para ti, lo mismo que para mí! ¡Cada día observo que estás más triste y más sombrío!... Vamos, soy tu hermano mayor, y tengo derecho a saber la causa de tu pena... ¿Qué falta has cometido?

-Hermano, respondió por fin Santiago, como si no pudiese resistir a algún secreto remordimiento; lo que he hecho... tú tal vez... me lo perdonarías... pero los demás...

-¡Los demás!... ¡Los demás!... exclamó Briant. ¿Qué quieres decir, Santiago?

Las lágrimas corrieron por las mejillas del pobre niño; pero a pesar de la insistencia de su hermano, sólo dijo:

-¡Más adelante lo sabrás todo!... ¡Más adelante!...

Después de esta respuesta, puede comprenderse fácilmente cuál sería la inquietud de Briant. ¿Qué falta tan grave podía haber cometido Santiago? Eso es lo que quería saber, de cualquier modo que fuese; así es que cuando Gordon hubo de volver de su excursión, la habló de lo confesado a medias por su hermano, rogándole interviniera en el asunto.

-¿Para qué? le respondió con mucha cordura el americano. Más vale dejar a Santiago que obre con entera libertad. Lo que ha hecho será alguna falta cuya importancia exagera. Esperemos, pues, a que espontáneamente se explique.

Desde el inmediato día, 9 de Noviembre, los jóvenes colonos se pusieron a la faena, pues el trabajo no faltaba. En primer lugar, fue preciso atender a las reclamaciones de Mokó, cuya despensa empezaba a estar desprovista, no obstante que las redes, ballestas, lazos y trampas habían funcionado varias veces. En realidad, lo más urgente era caza mayor, y para obtenerla hacía-se preciso construir trampas bastante fuertes con que coger vicuñas, pécaris y guaculis sin gastar pólvora ni plomo, y a esta operación consagraron todo el mes de Noviembre, que corresponde a Mayo en las latitudes del hemisferio septentrional.

El guanaco, la vicuña y sus cachorritos habían **sido instalados** provisionalmente debajo de los árboles más cercanos a la gruta, y allí, atados con largas cuerdas, que les permitían moverse en cierto radio, pacían tranquilamente. Esto les bastaba durante el buen tiempo; pero como para el invierno sería necesario arreglarles un abrigo más

conveniente, Gordon proyectó construir al pie de *Auckland-bill*, del lado del lago y junto a la puerta del *ball*, un establo con algún terreno alrededor a manera de corral, y cercado todo por una empalizada.

Pusieron manos a la obra, y un verdadero taller se organizó bajo la dirección de Baxter. Era un gusto ver a aquellos muchachos manejar con más o menos destreza las herramientas de carpintería que habían encontrado en una caja a bordo del *Sloughi*. Si echaban a perder alguna cosa, no se descorazonaban por esto, y volvían a empezar de nuevo. Árboles de un grueso mediano, cortados a flor de tierra y despojados de su ramaje, sirvieron de pies derechos para formar la empalizada, de un espacio bastante grande para que una docena de animales pudiesen vivir allí con toda comodidad. Estos troncos, bien hundidos en el suelo y unidos por travesaños, eran suficientes para resistir al empuje de las fieras, caso de que trataran de franquearlo o derribarlo. El establo, cuyo techo cubrieron con una lona embreada, fue construido con el maderamen de la obra muerta del buque, ahorrándose de casi todo el trabajo de aserrar unos cuantos árboles para proveerse de tablas. Una seca y espesa cama, un buen alimento de hierba, musgo y hojas de que se

haría gran acopio, era todo cuanto se necesitaba para que los animales domésticos se conservasen en perfecto estado de salud.

No hay para qué decir que hasta que el cercado se terminara, el guanaco y las vicuñas se recogían todas las noches en Store-room, por temor a los chacales, zorras y demás fieras que rondaban de noche, demasiado cerca de *French-den*.

Garnett, y Service especialmente, encargados de cuidar esta cuadra, hallaron pronto su recompensa viendo que el guanaco y las vicuñas se amansaban cada día más.

Verdad es que sus cuidados se aumentaron, porque el cercado no tardó mucho en recibir nuevos huéspedes, como fueron un segundo guanaco que se bahía dejado coger en una de las trampas del bosque, un par de vicuñas, macho y hembra, de que se apoderó Baxter con ayuda de Wilcox, que empezaba también a manejar perfectamente las bolas, y un ñandú que *Phann* cogió a la carrera.

Gran alegría recibió Service al ver llagar al avestruz, recordando sin duda al primero que cazaron; pero bien pronto se convenció de que con este animal alcanzaría lo que con el otro; esto es, gastar la paciencia, sin conseguir domesticarlo.

Mientras Garnett y Service, como acabamos de decir, se ocupaban del cuidado de los animales, Wilcox y algunos de sus compañeros no dejaban de preparar trampita y lazos, que iban a mirar todos los días. Iverson y Jenkins, pequeños ambos, tuvieron también su parte de atenciones serias, pues cuidaban con mucho esmero un corral que encerraba algunas avutardas, faisanes, pintadas y *tinamous* que se habían cogido con lazos.

Como se ve, Mokó tenía ahora a su disposición, no sólo la leche de las vicuñas, sino también huevos de las aves del corral, y de seguro que hubiera preparado alguna vez cualquier plato de dulce si Gordon no le hubiera recomendado que economizara el azúcar; así es que únicamente los domingos y algún que otro día de fiesta se veía en la mesa un plato extraordinario, con gran contento de Dole y Costar, que se regalaban a boca llena.

Pero si no era fácil fabricar azúcar, ¿sería posible hallar alguna sustancia que hiciera sus veces?

Estudiando sus *Robinsones*, decía Service que no había más que buscar, y que se hallaría, pues así lo había aprendido en ellos. Gordon buscó, pues, y concluyó por descubrir en medio de los matorrales de *Traps-woods*, un grupo de árboles que tres meses

más tarde, en los primeros días de otoño, se cubrirían de un follaje de color de púrpura, ofreciendo a la vista un hermoso efecto.

-Son arces, dijo; árboles que dan azúcar.

-¡Árboles de azúcar! exclamó Costar.

-No, goloso, respondió Gordon. He dicho que dan azúcar. No te relamas, pues.

Este era uno de los más importantes descubrimientos que los jóvenes colonos habían hecho desde su instalación en la gruta. Practicando una incisión en el tronco de esos arces, Gordon obtuvo un líquido producido por la condensación de la savia, que, solidificándose, daba una materia azucarada. Aunque inferior en calidad sacarina a lo jugos de la caña y de la remolacha, esa sustancia no era menos preciosa para las necesidades de la cocina, y mejor, en todo caso, que los productos similares que se sacan de los abedules en la primavera.

Teniendo azúcar, no tardaron en fabricar licor. Por consejo de Gordon, Mokó ensayó tratar por la fermentación los frutos del trulca y del algarrobo. Después de haberlos machacado en una cuba, valiéndose de una pesada maza de madera, tuvo el gusto de ver que dieron un caldo, cuyo sabor le hizo conocer que hubiera bastado para endulzar las

bebidas calientes a falta del azúcar de arce. En cuanto a las hojas cogidas del árbol de té, les pareció que eran casi tan buenas como las de la odorífera planta china; así es que en sus excursiones por el bosque no dejaron de hacer abundante acopio de aquellas salutíferas hojas.

Como se ve, la *isla Chairman* abastecía a sus habitantes, si no de lo superfluo, a lo menos de lo necesario para la vida. Lo que les faltaba, con gran pesar suyo, eran legumbres frescas y verduras, teniendo que contentarse con las que estaban en conserva, y que Gordon economizaba lo que podía. Briant procuró cultivar aquellas batatas, vueltas al estado silvestre, que el náufrago francés había sembrado al pie del acantilado; pero su ensayo no dio resultado satisfactorio. Felizmente, el apio, según se recordará, crecía en abundancia en las orillas del lago; y no habiendo razón, por lo tanto, para economizarlo, hacía las veces de las verduras, sin que por eso perdieran la esperanza de hallar con qué reemplazarlo en alguna de sus excursiones por el campo.

Las redes tendidas durante el invierno en la orilla izquierda del río, habían sido transformadas para la

caza en la estación cálida, y muchas perdices y otros pájaros se dejaron prender en ellas.

Doniphan tenía muchas ganas de explorar la vasta región de *South-moors*, al otro lado del río *Zealand*, mas no se atrevió a aventurarse a través de aquellos inmensos pantanos, cubiertos en gran parte por las aguas del lago, mezcladas con las del mar en la época de las crecidas.

Wilcox y Webb cogieron cierto número de agutis tan grandes como liebres, cuya carne blancuzca y algo seca, es intermedia entre la del conejo y la del puerco. Hubiera sido muy difícil cogerlos a la carrera, aun con la ayuda de *Phann*; pero cuando estos animales se hallan en su madriguera, basta silbar suavemente para traerlos al orificio y apoderarse de ellos.

Diferentes veces nuestros jóvenes cazaron también algunas mofetas, glotones grises y zorrillos, parecidos a las martas por su hermosa piel negra rayada de blanco, si bien tienen la contra de que exhalan un olor fétido.

-¿Cómo pueden sufrir ellos mismos el hedor que despiden? preguntó Iverson.

-¡Ya lo creo! ¡Por la costumbre! respondió Service.

El lago, poblado de una infinidad de peces, les daba, entre otros, hermosas truchas; pero tenían también el defecto de conservar, a pesar de la cocción y del condimento, un gusto a cieno nada agradable. Es verdad que podían recurrir a la pesca, en *Sloughi-bay*, de aquellas ricas merluzas que se refugiaban a millares entre las algas y los *fucus*, y luego, cuando llegara la época en que los salmones remontan el río *Zealand*, Mokó procuraría hacer un buen acopio de este pescado, que, conservado en salmuera, aseguraría un buen alimento para el invierno.

Por una indicación de Gordon, que se valía de todos los medios para escatimar las municiones, Baxter se ocupó en fabricar algunos arcos de flexibles ramas de fresno y flechas de caña con un clavo en su remate, lo que permitió a Wilcox y a Cross, los mejores tiradores de la colonia después de Doniphan, matar de vez en cuando alguna caza menuda.

Sin embargo, por más opuesto que era Gordon, según hemos dicho, a que se gastase la pólvora, se presentó una circunstancia que la obligó a apartarse de su habitual propósito.

Un día, era el 7 de Diciembre, Doniphan le llamó aparte y le dijo:

-Estamos intestados de chacales y zorras. Vienen a manadas durante la noche, destruyen los lazos y se comen la caza que allí encuentran. ¡Es menester acabar con ellos de una vez.!

-¿No se pueden poner trampas? dijo Gordon, que comprendía demasiado bien lo que su compañero quería.

-¡Trampas!... respondió Doniphan, que ni había perdido nada de su desdén para aquellos artefactos de caza. ¡Trampas! Si se tratara solamente de los chacales, son bastante estúpidos y se dejan coger en ellas algunas veces; pero las zorras son muy diferentes; en gran manera astutas, desconfían, a pesar de todas las precauciones que toma Wilcox, y el mejor día nos encontraremos con que en nuestro corral y cercado no quedará una ave.

-Pues bien, ya que es necesario, respondió Gordon, concedo algunas docenas de cartuchos; pero procurad no desperdiciar los tiros.

-Está bien, cuenta con ello, Gordon. La próxima noche nos pondremos en acecho al paso de estos animales, y haremos tal matanza, que no los volveremos a ver en mucho tiempo.

Esa destrucción era, en efecto, urgente. Las zorras de aquellas regiones, en particular las de América del Sur, son, según parece, más ladinas aun que las de Europa, pues hacen grandes estragos en los alrededores de las haciendas, teniendo bastante inteligencia para cortar las tiras de cuero con que amarran los caballos a las reses en los pastos.

Llegada la noche, Doniphan, Briant, Wilcox, Baxter, Webb, Cross y Service fueron a apostarse en los alrededores de un *covert*, nombre que se da en el Reino Unido a unos anchos espacios de terrenos, salpicados de breñas y zarzales. Este *covert* estaba situado cerca de *Traps-woods*, por el lado del lago.

Phann no era de la partida, porque hubiera perjudicado más bien que ayudado en aquella emboscada, toda vez que no se trataba de seguir una pista. Además, las zorras no dejan ninguna emanación a su paso, y por eso, los mejores perros no encuentran su huella.

Eran las once cuando Doniphan y sus compañeros se pusieron en acecho.

La noche estaba muy oscura, y ni el más ligero soplo de la brisa turbaba el silencio que reinaba en el bosque, permitiendo oír el paso de las zorras por la seca hierba.

Un poco antes de las doce, Doniphan notó la aproximación de una manada de aquellos animales, que atravesaban el *covert* para ir a beber al lago.

Los cazadores esperaron, no sin impaciencia, que hubiera unos veinte reunidos, lo que necesitó algún tiempo, porque avanzaban con mucha circunspección, como si hubieran adivinado que les tendían alguna emboscada.. De repente, a una señal de Doniphan, varios tiros se oyeron, dando todos en el blanco, pues cinco o seis zorras rodaron por el suelo, mientras que las demás, huyendo, se escabullían por derecha e izquierda; pero casi todas iban mortalmente heridas. Al amanecer se encontraron diez de estos animales tendidos entre los matorrales; y como la matanza duró tres noches seguidas, la pequeña colonia se libró de aquellas peligrosas visitas que amenazaban la vida de los habitantes del cercado, y además proporcionó a los muchachos unas cincuenta hermosas pieles de un gris plateado, que, destinadas a alfombras o a abrigo, podían prestarles gran servicio.

El 15 de diciembre se verificó una gran expedición a la bahía *Sloughi*; y como el tiempo no podía ser mejor, Gordon decidió que todos formasen parte de ella, cosa que celebraron los niños

con gran alegría. Saliendo al amanecer, era probable que estuvieran de vuelta antes de la noche; pero si sobreviniera algún percance que los retrasara, ningún inconveniente había en que acamparan debajo de los árboles.

Esta expedición tenía por principal objeto cazar las focas que en la época de los fríos frecuentaban el litoral de *Wrech-coast* para utilizar su aceite; porque como las grasas y líquidos combustibles para alumbrado se consumieron en grandes cantidades durante las largas noches de invierno, estaban ya a punto de faltar, no quedando de las velas que habían hallado fabricadas por el naufrago francés, más que dos o tres docenas; así es que urgía aprovisionarse de ellas, y eso preocupaba mucho al previsor Gordon.

Mokó había conservado, es verdad, alguna grasa de los rumiantes, roedores y animales de toda clase; pero como no era mucha, se consumiría muy pronto con el gasto diario. ¿No sería posible obviar este inconveniente con alguna sustancia que diera la naturaleza, preparada ya, o sin preparación? A falta de aceite vegetal, ¿no podría la pequeña colonia suministrarse aceites animales?

Era seguro que así sucedería si llegaban a matar cierto número de aquellas focas que venían a solazarse en el banco de arrecifes de *Sloughi-bay* durante el verano; pero era menester apresurarse, porque estos anfibios no tardarían en buscar las aguas más al Sur, en los parajes del Océano austral.

Como se ve, la proyectada expedición tenía una gran importancia, y los preparativos se hicieron de modo que diera felices resultados.

Hacía algún tiempo que Service y Garnett se habían aplicado, con regular éxito, a enganchar a los dos guanacos para amaestrarlos en el tiro, a cuyo efecto Baxter había fabricado unas cabezadas jaquimas, urdiendo filamentos vegetales con tirillas cortadas de pedazos de lona; y si aun no se les podía montar, ya era posible, por lo menos, dedicarlos al arrastre del carro, que, como se recordará, habían, aunque toscamente construido.

El vehículo fue cargado con municiones, provisiones de boca y diversos utensilios, entre otros una ancha vasija y media docena de barriles vacíos, que volverían llenos de aceite de foca, pues más valía despedazar aquellos animales al lado del mar que llevarlos a *French-den*, en donde el aire se hubiera viciado con aquellos malos olores.

Partieron al amanecer, andando sin dificultad las dos primeras horas. El carro no iba muy deprisa, a causa de que el suelo, bastante desigual, de la orilla derecha del río *Zealand*, no se prestaba a la tracción de los guanacos; pero las dificultades aumentaron considerablemente cuando tuvieron que rodear la hondonada de *Bog-woods* entre los árboles del bosque; y como las piernecitas de Dole y de Costar se resintieron mucho en aquella caminata, Gordon, por indicación de Briant, les dijo que subieran al carro para que descansaran sin necesidad de interrumpir el viaje.

Hacia las ocho, mientras que los guanacos surcaban con trabajo la orilla de la hondonada, unos gritos fuertes, lanzados por Cross y Webb que iban delante, llamaron la atención de Doniphan, que inmediatamente, y seguido luego por todos los demás, acudió a ver lo que sucedía.

En medio del cieno de *Bog-woods*, y a un centenar de pasos de distancia, se revolcaba un enorme cuadrúpedo. El joven cazador conoció ser un hipopótamo, que, felizmente para él, desapareció antes de que fuera posible mandarle una bala.

-¿Qué clase de animal es ese tan grande? preguntó Dole asustado.

-Es un hipopótamo, le respondió el americano.

-¡Un hipopótamo! ¡Vaya un nombre extraño!

-Es, como si dijéramos, un caballo anfibio, dijo Briant.

-¡Pero no se parece en nada al caballo! repuso Costar.

-No, exclamó Service, y creo que sería mejor que le hubieran llamado *puercopótamo*.

Esta reflexión, natural y lógica, provocó una alegre carcajada en los pequeños.

Ya eran más de las diez cuando nuestros viajeros llegaron a la playa de *Sloughi-bay* e hicieron alto cerca de la orilla del río, en el mismo sitio en que acamparon durante la construcción de la balsa.

Un centenar de rocas se hallaban allí retozando entre las rocas o calentándose al sol. Las había hasta encima de la arena, más allá de los arrecifes.

Estos anfibios no debían estar acostumbrados a la presencia de los hombres, que sin duda no habían visto jamás, puesto que la muerte del náufrago francés se remontaba a unos veinte años atrás; así es que, abandonando su acostumbrada prudencia, las más viejas no se habían puesto de centinela para avisar a las demás si se presentaba algún peligro. Sin embargo, era preciso no asustarlas de antemano,

porque no hubieran tardado en desaparecer, con perjuicio de los colonos.

El primer cuidado de los expedicionarios cuando llegaron, fue echar una ojeada hacia el horizonte; pero el mar se encontraba completamente desierto: la *isla Chairmán* estaba lejos, sin duda, de todo camino marítimo.

Podía suceder, no obstante, que algún buque pasara cerca de aquellos parajes, y en este caso, un puesto de observación colocado en el acantilado, o bien en el cabo, con uno de los cañones del *schooner* para hacer las señales, hubiera sido mejor que el mástil clavado en *Auckland-hill*; mas como para esto sería necesario permanecer constantemente allí, y lejos, por consiguiente, de *French-den*, Gordon lo juzgaba impracticable, y hasta el mismo Briant, a quien preocupaba siempre la idea de volver al lado de su familia, era de la opinión que Gordon.

Sensible ciertamente fue para todos que *French-den* no estuviera al lado de *Sloughi-bay*.

Después de un rápido almuerzo y en el momento en que el sol de medio día convidaba a las focas para que se calentasen en la playa, los colonos se prepararon para cazarlas. Durante esta operación, Iverson, Jenkins, Dole y Costar se quedaron en el

campamento, bajo la custodia de Mokó para atender a los guanacos, que pacían debajo de los árboles, y para cuidar de que *Phann* estuviese amarrado, pues no convenía soltarle en medio de aquel rebaño de anfibios.

Todas las armas de fuego de la colonia habían sido llevadas, juntamente con una buena cantidad de municiones, que Gordon no había escatimado esta vez, porque se trataba del interés general.

Ya dispuestos para la cacería, comprendieron que lo primero que debía hacerse era cortar la retirada a las focas por el lado del mar, a cuyo fin Doniphan, que tenía (por unánime consentimiento de sus compañeros) el cuidado de dirigir la maniobra, les mandó que bajasen hasta la embocadura del río, escondiéndose cuanto pudiesen en el ribazo, y después seguir por detrás de los arrecifes, de cuyo modo cerrarían el paso a las focas.

Este plan fue ejecutado con mucho acierto, y los cazadores, separados por una distancia de quince a veinte metros uno de otro, formaron un semicírculo sobre el mar y la playa.

Entonces, a una señal de Doniphan, todos se levantaron y dispararon sus escopetas; cada tiro hizo una víctima. Las focas que no habían sido heridas,

asustadas por el ruido de los tiros, se precipitaron dando brincos hacia los arrecifes, persiguiéndolas los colonos con los revólvers. Doniphan, entregado por completo a su pasión favorita, hacía cosas maravillosas, mientras que sus compañeros le imitaban lo mejor que podían.

Esta matanza sólo duró pocos minutos, aunque los anfibios fueron perseguidos hasta las últimas ropas. Los que sobrevivieron desaparecieron en las olas, dejando unos veinte muertos en la playa.

La expedición, como se ve, había salido bien, y los cazadores, de vuelta a su campamento, se instalaron debajo de los árboles para quedarse allí unas treinta y seis horas, según sus cálculos.



A parte de la fábrica de algodón de Serravallo

Ocuparon toda la tarde en una tarea que no dejaba de ser repugnante; pero como era indispensable, todos se pusieron resueltamente a la faena. En primer lugar, era necesario transportar todas las focas a la arena, lo que no dejó de ser algo penoso, porque aquellos animales, de regular tamaño, pesaban mucho.

Mientras tanto, Mokó preparó la vasija encima de dos piedras, la llenó de agua del río, y encendió lumbre. Las focas, partidas en trozos de cinco o seis libras, fueron colocadas en ella, y después de algunos instantes de ebullición, comenzó a desprenderse un aceite muy claro, que nadaba en la superficie, y con el cual llenaron los toneles.

Como la ocupación a que se habían entregado era muy desagradable, por causa del punzante hedor que despedía la carne al cocerse, todos se tapaban las narices y eran de oír las bromas que se ocurrían a aquella gente alegre, con motivo de tan ingrato perfume; pero era necesario obrar a pesar de todo, y hasta el delicado *lord Doniphan* no escaseó su trabajo, que empezó de nuevo al amanecer.

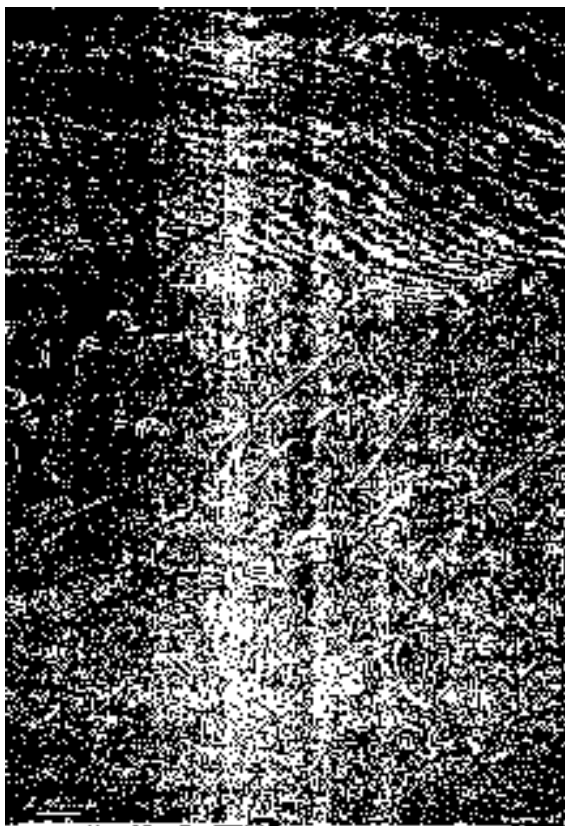
Al fin del segundo día, Mokó había recogido algunos centenares de galones de aceite, que parecieron bastar para el alumbrado de *French-den* durante todo el invierno, de lo cual se alegraron mucho, toda vez que no les sería dable recoger más por entonces, porque las focas no volverían a presentarse en los arrecifes, y era seguro que no se dejarían ver ya en la bahía hasta que el tiempo les hiciera olvidar el espanto que habían sufrido.

Al rayar el alba del día tercero, los colonos levantaron el campamento. La víspera por la tarde, el carro había sido cargado con los barriles y demás utensilios; así es que llegado el momento de marchar, no hubo más que enganchar los guanacos y salir andando, como lo hicieron; pero siendo la carga de mayor peso que antes, los guanacos caminaban con gran lentitud, no sólo por la pesadez del vehículo, sino por ir el terreno cuesta arriba, hasta *Family-Lake*.

En el momento de la partida se oían los graznidos ensordecedores de mil aves de rapiña, que, viniendo del interior de la isla, se disputaban los restos de aquellas carnes muertas, de que pronto no quedaría ni rastro.

Después de un postrer saludo a la bandera del Reino Unido, que flotaba en la cresta del acantilado, y después de una postrera mirada hacia el horizonte del Pacífico, la colonia se puso en marcha, remontando la orilla derecha del *Zealand*.

Ningún incidente se produjo durante la vuelta. A pesar de las penalidades del camino, los guanacos, ayudados por los colonos en los pasos difíciles, cumplieron bien su cometido y llegaron a la gruta antes de las seis de la tarde.



Los cuarteles apantados que los señores saltearon en el día.

Los días que siguieron a aquella expedición fueron empleados en los trabajos habituales. Probaron el aceite en los faroles, y vieron con satisfacción que, no obstante su clase inferior, bastaría para el alumbrado, librándose así de pasar a oscuras las largas noches de invierno.

Navidad, tan alegremente festejada por los anglo-sajones, se acercaba. Gordon quiso que se celebrara del modo más solemne que les fuera posible, pues sería como un recuerdo dirigido a la patria querida, como un envío de los afectos del corazón hacia sus desconsoladas familias.

Gordon anunció, pues, que los días 25 y 26 de Diciembre serían días de asueto. Se celebraría la Nochebuena en la isla *Chairmán*, como se celebra en otros países el día de año nuevo.

Esta proposición fue acogida con manifestaciones de gran júbilo; habría ciertamente, según dispuso el americano, una gran comida, para la que Mokó prometía esmerarse mucho, toda vez que la despensa se hallaba bien provista; Service y el negrito conferenciaban frecuentemente respecto a tan importante asunto culinario, mientras que Dole y Costar, engolosinados de antemano, acechaban sin cesar para ver si sorprendían el secreto de sus deliberaciones.

El gran día llegó por fin.

Encima de la puerta del hall, o sea la de la sala, colocaron Baxter y Wilcox artísticamente unas cuantas banderas y banderolas, lo que daba a *French-den* un aspecto de fiesta.

Por la mañana, un cañonazo disparado por Doniphan despertó alegremente los ecos de *Auckland-bill*.

En seguida los niños vinieron a ofrecer a los mayores sus felicitaciones, que les fueron paternalmente devueltas. Costar recitó un pequeño discurso dirigido al jefe de la colonia, dándole las gracias en nombre de todos sus súbditos por el acierto con que los gobernaba.

Cada cual se puso sus mejores trajes; el tiempo estaba magnífico y hubo, antes y después del almuerzo, paseos por las orillas del lago y distracciones diversas en *Sport-terrace*.

Habían llevado consigo muchos de aquellos juegos tan en uso en Inglaterra, y que se componen de bolos, pelotas, mazas y raquetas; así es que podían jugar al *golf*, que consiste en rodar bolas de goma hasta hacerlas entrar en algunos de los agujeros hechos a larga distancia; al *foot-ball*, cuya grandísima pelota de cuero se lanza con el pie; a los *bowls*, o sean bolos de madera ovalados, de los que hay que corregir con destreza la desviación debida a su forma, y, en fin, a los *fives*, que se parece a nuestro tradicional juego de pelota.

El día fue muy divertido, y los pequeños especialmente se entregaron por completo a la alegría propia de sus pocos años. No hubo discusiones ni querellas. Briant se dedicó a entretener a los niños, si bien con el disgusto de no poder conseguir que su hermano Santiago participase de sus diversiones, y Doniphan, con sus parciales Webb, Cross y Wilcox, jugaban separados de los demás, a pesar de las observaciones del juicioso americano. Por fin, cuando una nueva descarga de artillería anunció la hora de la comida, y los jóvenes colonos se sentaron a la mesa.

Sobre ésta, cubierta con blanquísimo mantel, se veía un árbol de Navidad, colocado en el centro y rodeado de flores. De sus ramas pendían banderitas inglesas, americanas y francesas.

Es verdad que Mokó se había distinguido en la elección de los manjares, y se mostró muy satisfecho por los plácemes que lo dirigieron, así como a Service, su colaborador.

Un agutí estofado, un salmorejo de *tinamous*, una liebre asada, rellena de hierbas aromáticas, una avutarda con los alones levantados, como presentan a los faisanes en *belle vue*, tres cajas de legumbres en conserva, un *pudding*, ¡y qué *pudding*! dispuesto en

forma de pirámide, con las tan apreciadas pasas de Corinto mezcladas con frutas de algarrobo, y que estuvo más de ocho días remojándose en un baño de *brandy*; luego algunas copas de clarete, licores, te y café.

El aniversario del cristianismo en la isla *Chairmán* fue, como se ve, bastante festejado por sus habitantes.

Al final de la comida Briant brindó por Gordon, quien contestó brindando a su vez y bebiendo a la salud de la colonia y en recuerdo de sus respectivas familias.

En fin, Costar se levantó, y en nombre de los niños dio las gracias a Briant por los desvelos y los cuidados que había tenido para con ellos.

El joven francés no pudo ocultar la viva emoción que le embargaba oyendo los *¡hurras!* que resonaron en honor suyo, y que solamente no encontraron eco en el corazón de Doniphan.

XVII

**Preparativos para el próximo invierno.
-Proposición de Briant. -Partida de Briant, de
Santiago y de Mokó. -Travesía de
«Family-Lake.» -El «East-river.» -Un puertecito
en la embocadura. -El mar en el Este. -Santiago
y Briant. -Vuelta a «French-den.»**

Ocho días después empezó el año 1861, y en aquella parte del hemisferio austral nuestros jóvenes colonos se bailaban en pleno verano.

Hacia cerca de diez meses que los náufragos del *Sloughi* habían encallado en aquella isla, a mil ochocientas leguas de Nueva Zelandia.

Durante este período, hay que reconocerlo así, su situación había mejorado poco a poco, y parecía asegurada la vida material. ¡Pero estaban siempre solos en una tierra desconocida! Los únicos socorros que podían esperar tenían que venir de fuera. ¿Llegarían antes de concluir el verano, o se verían obligados a sufrir los rigores de un nuevo invierno, tan crudo en aquella región? Hasta aquí habían gozado de una perfecta salud, merced a la previsión del jefe de aquella sociedad, que lo vigilaba todo, lo que

no dejaba a veces de provocar algunas murmuraciones por su severidad, pues Gordon no permitía imprudencia alguna ni excesos de ninguna clase; máximo cuando hacía preciso prevenir cualquiera de esas enfermedades que no perdonan, sino raras veces, a los niños. En suma; si el presente era llevadero, el porvenir no dejaba de inspirar serias inquietudes, y Briant, a cualquier precio que fuera, hubiera querido abandonar la *isla Chairmán*.

Esto era de todo punto imposible.

Con la única embarcación que poseían, con aquella débil canoa, era un disparate crasísimo atreverse a emprender una travesía que podía ser larga, si la isla no pertenecía a algún grupo del Pacífico, o si el continente más cercano estuviera a algunos centenares de millas; pues aun cuando dos o tres de los más atrevidos se sacrificasen para ir en busca de una tierra al Este, ¿a cuántos peligros no se expondrían antes de alcanzarla? Y en cuanto a construir un buque bastante grande para atravesar el Pacífico, ¿podían ellos hacerlo? Seguramente que no, por ser un trabajo que superaba a sus fuerzas.

El pobre Briant no sabía qué imaginar para la salvación de todos.

Esperar, y siempre esperar; trabajar para hacer más cómoda cada día la habitación en la gruta, era lo único que podía procurarse.

Luego, si no en el presente verano, porque la necesidad de prevenirse contra las bajas temperaturas apremiaba, en el siguiente y lo antes posible, acabarían de reconocer su isla.

Convencidos de esto, cada cual se consagró resueltamente a su faena, pues recordando lo riguroso que era el invierno en aquella latitud, y teniendo presente que durante semanas y meses el mal tiempo les obligaría a encerrarse en el *ball*, no querían desperdiciar la ocasión de precaverse contra el frío y el hambre, enemigo los más capitales y crueles que allí se podían presentar.

Para combatir el frío en *French-den* era menester acaparar combustible, y por corto que fuera el otoño, seguramente que no acabaría sin que Gordon hiciese almacenar una cantidad suficiente de leña para alimentar las estufas noche y día. Hacíase también necesario pensar en el ganado que estaba en el cercado y en el corral; trasladarlo a *Store-room*, o sea a la gran habitación destinada a cocina y comedor, sería muy incómodo y hasta antihigiénico. Lo mejor, por lo tanto, era procurar sostener la temperatura

del establo a un grado conveniente, caldeándola por medio de un hogar; y en la construcción de éste, Baxter, Briant, Service y Mokó emplearon el primer mes del año.

En cuanto a las provisiones de boca para la invernada, Doniphan y sus compañeros de caza se encargaron de abastecer la despensa, a fin de que el jefe de cocina no diese rienda suelta a su mal humor. Todos los días recorrían las trampas, y lo que no servía para el alimento diario, iba a aumentar las reservas, de las que, dispuestas con diferentes preparaciones, el negrito cuidaba con gran esmero.

Por largo, pues, que fuese el invierno, la comida no había de faltar.

Hacía ya muchos días que Briant pensaba en hacer una nueva exploración para reconocer la parte oriental de *Family-Lake*.

Quería saber si había allí bosques, pantanos o dunas, y si ofrecía nuevos recursos que pudieran utilizarse. Habló de ello con Gordon, considerando necesaria aquella expedición, por el motivo que a seguida expuso.

-Aunque nos consta que el mapa del naufrago francés Francisco Baudoin es bastante exacto, dijo Briant, me parece que no estaría demás reconocer el

Pacífico, al Este de nuestra isla. Tenemos a nuestra disposición excelentes anteojos, cosa que no poseía mi compatriota, y ¿quién sabe si no descubriremos algunas tierras que él no pudo ver? Su mapa presenta la isla *Chairmán* como solitaria; mas muy bien podrá no ser así.

-La misma idea te persigue sin cesar, le respondió Gordon, y tienes muchas ganas de salir de aquí...

-Lo confieso, amigo mío; estoy cierto de que piensas como yo. ¿No debemos encaminar todos nuestros esfuerzos a volver lo más pronto posible al seno de nuestras familias?

-Puesto que lo quieres, sea, respondió el americano. Organizaremos una expedición.

-¿En la que todos tomaremos parte? preguntó Briant.

-No; pero deberán acompañarte seis o siete de nuestros compañeros.

-Es demasiado. Siendo tantos, no habría más remedio que dar vuelta al lago por el Norte o por el Sur, y esto exigiría mucho tiempo y mucha fatiga.

-¿Qué te propones, entonces?

-Atravesarlo con la canoa, y para esto basta que vayamos tres.

-¿Y quién gobernará la embarcación?

-Mokó, respondió Briant. Conoce las maniobras, y yo entiendo algo también. Con una vela, si el viento nos favorece, o con dos remos en el caso contrario, navegaremos fácilmente y recorreremos en poco tiempo las cinco o seis millas que mide el lago en dirección al río, que, según el mapa, atraviesa los bosques del Este, y bajaremos hasta su embocadura.

-Está bien, respondió Gordon. Apruebo tu idea, y yo acompañaré con gusto a Mokó en este viaje explorativo.

-No, amigo mío; yo lo haré, puesto que no estuve en la expedición al Norte del lago. Ahora me toca a mí ser útil a mis compañeros, y reclamo...

-¡Útil! exclamó Gordon. ¿Cuántos servicios no nos has prestado ya, mi querido Briant? Te has sacrificado más que ninguno, y te debemos mucho agradecimiento.

-¡Vamos, Gordon; exageras! Todos hemos cumplido con nuestro deber. Vamos: ¿está ya convenido?

-Como gustes. ¿Quién será el tercer expedicionario? No te propongo a Doniphan porque...

-¡Oh, le aceptaría por compañero con mucho gusto! respondió Briant. No tiene mal corazón; es valeroso, diestro, y si no fuera por su carácter envidioso, sería un buen camarada; creo que se enmendará cuando comprenda que no procuro sobrepujarle en nada, y llegaremos a ser un día, estoy cierto de ello, muy buenos amigos; pero he pensado llevarme a otro...

-¿A quién?

-A mi hermano: su estado me apesadumbra cada día más. Alguna falta grave tiene que reprocharse, y no quiere decirlo. Tal vez durante esta excursión, estando solo conmigo...

-Tienes razón; llévate a Santiago, y empieza ya tus preparativos de marcha.

-No serán largos, pues nuestra ausencia no durará más que veinticuatro o treinta y seis horas.

Aquel mismo día el americano participó a sus compañeros la proyectada expedición. Doniphan se mostró muy despechado por no tomar parte en ella; y como se quejara a Gordon, éste le hizo comprender que las condiciones en que iba a hacerse el viaje no permitían que fueran más de tres personas, y que, como Briant la había ideado, justo era que la pusiera en ejecución.

-¡Todas las preferencias son siempre para él!
¿No es verdad, Gordon?



El paisaje descrito en estas páginas.

-Eres injusto, Doniphan; injusto para con Briant y para conmigo.

Doniphan no insistió y se reunió a sus parciales Wilcox, Cross y Webb, con quienes pudo hablar a sus anchas de la contrariedad que experimentaba.



Mokó trabajando en su taller.

Quando el grumete supo que iba a trocar sus funciones de cocinero por las de patrón de canoa, no pudo ocultar su alegría, y, sobre todo, siendo para acompañar a Briant, a quien profesaba un entrañable cariño.

Service haría las veces de Mokó, regocijándose mucho de ello, pensando en que podría guisotear a

su antojo sin que nadie le estorbara, y Santiago pareció bastante satisfecho por ir con su hermano y por dejar la gruta algunos días.

La canoa fue aparejada con una vela latina que Mokó envergó y enrolló a lo largo del mástil. Se llevaron dos escopetas, tres revólvers, municiones en cantidad suficiente, tres mantas de viaje, provisiones líquidas y sólidas, capotes de hule para caso de lluvia, cuatro remos, y no olvidaron la copia del mapa del naufrago, para anotar nombres a medida que fueran descubriendo nuevas partes dignas de mención.

El día 4 de Febrero, a eso de las ocho de la mañana, y después de haberse despedido de sus compañeros, Briant, Santiago y Mokó se embarcaron en el dique del río *Zealand*. El tiempo era hermosísimo y soplaba una ligera brisa del Sudeste. La vela fue desplegada, y colocado Mokó en la popa, asió el gobernalle, dejando a Briant el cuidado de tener la escota. Aunque la superficie del lago se hallaba apenas rizada, la canoa sintió vivamente el efecto de la brisa, y cuando se encontró algo adentro, su velocidad se aceleró hasta el punto de que media hora más tarde los colonos que observaban el curso de la embarcación desde *Sport-*

terrace no divisaban ya mas que un puntito negro, que pronto se perdería de vista.

Mokó estaba, como hemos dicho, en la popa, Briant en medio y Santiago se sentó a proa, al pie del mástil. Durante una hora divisaron aun las altas cimas de *Auckland-hill*; luego todo desapareció, y sin embargo, no divisaban aun la orilla opuesta del lago, que, según sus cálculos, no debía de estar muy lejos. Desgraciadamente, como sucede casi siempre cuando el sol va tomando fuerza, el viento dejó de soplar, no manifestándose ya sino por algunas ráfagas.

-Es de sentir, dijo Briant, que la brisa no haya durado todo el día.

-Peor sería, Sr. Briant, dijo Mokó, que el viento fuera contrario.

-¡Eres filósofo, Mokó!

-No sé lo que significa esa palabra, respondió el grumete; pero tengo por costumbre conformarme con los acontecimientos.

-¡Pues en eso consiste la filosofía!

-Bien por la filosofía, y pongámonos a remar, Sr. Briant, porque es de desear que alcancemos la orilla antes de que anoecer. Después de todo, si no

llegamos a desembarcar, no tendremos más remedio que resignarnos a los caprichos de la suerte.

-Tienes razón, y voy a tomar un remo; coge tú el otro, y que Santiago cuide del timón.

-Dime lo que tengo que hacer, Mokó, respondió Santiago, y maniobraré lo mejor que pueda.

El negrito amainó la vela, que no se hinchaba ya, pues el viento se había echado por completo, y los tres muchachos almorzaron muy de prisa; colocado luego a proa el grumete, Santiago sentado a popa y su hermano en el centro, la canoa, vigorosamente dirigida, navegó a todo correr, virando algo a Noroeste, según indicaba la brújula.

La embarcación se hallaba entonces en el centro de aquella vasta extensión de agua, y cual si estuviera en alta mar, la superficie del lago se veía rodeada por una línea periférica de ciclo. Santiago observaba con mucha atención el Este, para ver al aparecía la costa opuesta a *French-den*.

A eso de las tres, el grumete, mirando con el antejo, dijo que divisaba algunas señales que indicaban la aproximación de la tierra, y un poco más tarde Briant se cercioró de que Mokó no se equivocaba. A las cuatro, algunas copas de árboles se mostraban por encima de una ribera bastante baja,

consistiendo en esto sin duda la razón de que desde la cima del cabo *False-sea-point* Briant no hubiera podido verlos. La isla *Chairmán* no encerraba, pues, otra altura que la del acantilado entre *Sloughi-bay* y *Family-Lake*.

Faltaban aun dos o tres millas para llegar a la orilla oriental. Briant y Mokó manejaban los remos con ardor, cansándose bastante, porque el sol calentaba mucho. En algunos sitios las aguas eran tan claras, que dejaban ver el fondo, lleno de plantas acuáticas, en las que retozaban millares de peces de varias clases.

Por fin, a las seis de la tarde la canoa atracó en un ribazo que cubría las ramas de grandes encinas y de pinos marítimos.

Este ribazo, bastante elevado, no se prestaba a un desembarque, y fue necesario seguir navegando media milla aun hacia el Norte.

-He aquí el río señalado en el mapa, exclamó de pronto Briant.

-Ya lo veo, y me parece regular que le bauticemos, dijo Mokó.

-Tienes razón. Llamémosle *East-river*, puesto que corre hacia Oriente.

-Está bien, dijo Mokó; y ahora no tenemos más que seguir su curso para llegar a la embocadura.

-Eso lo haremos mañana, Mokó; pasaremos aquí la noche, y al amanecer dejaremos que la canoa siga la corriente, lo que nos permitirá examinar ambas orillas.

-¿Desembarcamos? preguntó Santiago.

-Sí, respondió Briant, y acamparemos debajo de los árboles.

Los tres muchachos saltaron a la orilla, que limitaba una pequeña caleta, y después de amarrar fuertemente la canoa al tronco de un árbol, desembarcaron las armas y las provisiones, encendieron un buen fuego debajo de una enorme encina, cenaron galleta y carne fiambre, y envolviéndose después en las mantas, no tardaron en dormirse profundamente. Como medida de prevención, cargaron las armas; pero la noche pasó sin incidente alguno.

-¡Vamos, en marcha! exclamó Briant despertándose el primero a las seis de la mañana.

En algunos minutos estuvieron prontos, y la canoa entró en la corriente; mas ésta era tan rápida, que fue necesario recurrir a los remos para mantener la embarcación en medio del río.

-Es probable, dijo Mokó, que si el mar dista de aquí más de cinco o seis millas, una sola marea baste para llevarnos a él, pues esta corriente es mucho más veloz que la del *Zealand*.

-¡Ojalá sea así! respondió Briant; pero a la vuelta creo que necesitaremos tres o cuatro para remontar el curso de este río.

-Tenéis razón, señor Briant; y, si os parece, nos volveremos en seguida...

-Sí; en cuanto llegemos al mar y veamos si hay o no alguna tierra cerca de la Isla.

La canoa corría con una velocidad que Mokó apreciaba en una milla por hora. El *East-river* seguía una dirección casi rectilínea, y su lecho era más profundo que el del *Zealand* y menos ancho, lo cual explicaba la rapidez de su corriente y hacía temer a Briant el encuentro de algunos torbellinos que les impidiera seguir en ruta.

Se hallaban en pleno bosque, en medio de una vegetación muy vigorosa, del mismo género que la de *Traps-woods*, con la única diferencia de que aquí las encinas, los alcornos y los pinos eran en mayor número que allí.

Briant, aunque menos instruido en botánica que Gordon, conoció cierto árbol, de cuya clase se ven muchos ejemplares en Nueva Zelandia.

Este árbol, que desplegaba su copa a unos sesenta pies del suelo, presentaba unas frutas cónicas de tres o cuatro pulgadas de largo, puntiagudas y revestidas por una especie de escama reluciente.

-¡Debe ser el pino que da los piñones! exclamó Briant.

-Si no os equivocáis, dijo Mokó, detengámonos un instante, porque vale la pena de que lo hagamos así.

Y atracaron la canoa a la orilla izquierda, adonde Briant y su hermano saltaron, volviendo poco después con una buena provisión de piñones. Precioso hallazgo para los golosos de la pequeña colonia y también para los demás, porque, según les dijo más tarde Gordon, dicha fruta da un excelente aceite.

Aquel bosque debía ser tan rico, por lo menos en fauna, como el que estaba corca de *French-den*, pues Briant vio a través de los árboles muchos ñandúes, vicuñas, algunos guanacos y otros animales, que ciertamente hubieran ofrecido a Doniphan, si allí se encontrara, buenas ocasiones

para lucir su destreza; mas Briant no hizo caso tampoco de los deseos que a él mismo asaltaron, en atención a que, teniendo bastantes provisiones de boca, no quería malgastar sus municiones.

Las once serían cuando notaron que el bosque se presentaba menos frondoso, pues se veía de vez en cuando algún claro entre los árboles, y además la brisa traía ciertas emanaciones que anunciaban la proximidad del mar, hasta que algunos minutos después, más allá de un grupo de magníficas encinas, vieron los niños de repente una línea azulada en el horizonte.

La corriente arrastraba siempre la canoa, aunque con menos rapidez, y la marea no tardaría mucho en hacer sentir sus efectos en el *East-river*, cuya anchura era en aquel sitio de cuarenta a cincuenta pies. Llegaron, por fin, cerca de las rocas que se levantaban en el litoral, y Mokó arrimó la canoa a la orilla izquierda, la ató fuertemente, e hizo que Briant y su hermano desembarcaran detrás de él.

¡Qué aspecto tan diferente a la del Oeste de la *isla Chairmán* ofrecía esta costa! En ella había también, como en *Sloughi-bay*, una profunda bahía, pero con la circunstancia de que la del Oeste tenía una ancha playa de arena, rodeada por un banco de

arrecifes, mientras que la que acababan de descubrir presentaba un gran amontonamiento de rocas, en las que, según lo vio Briant, hubieran podido hallar veinte grutas en vez de una.

Esta costa era, por consiguiente, perfectamente habitable, y si el *schooner* hubiera encallado en aquel sitio, hubiesen podido ponerlo al abrigo de los huracanes en la embocadura del río, que formaba un puerto natural, en el que no faltaba agua ni aun en la bajamar.

Briant fijó en primer lugar sus miradas en la extremidad de aquella vasta bahía, que se desarrollaba en un sector de unas quince millas entre dos puntas arenosas, y que más bien merecía llamarse golfo.

Estaba completamente desierta, pues ni siquiera el más pequeño buque se veía en su perímetro, que por cierto se dibujaba con mucha limpieza. En cuanto a continente o tierra, nada se veía, absolutamente nada. La *isla Chairmán* estaba tan sola por el Oriente como por el Occidente; el naufrago francés había tenido razón al no señalar en su mapa ninguna tierra en aquellas direcciones.

Si dijéramos que Briant experimentó un gran desengaño, sería apartarnos de la verdad. Esperaba

aquel aislamiento; mas, sin embargo de eso, creyó oportuno dar a aquella parte de la isla el nombre de *Deception-bay* (bahía del Desengaño).

-¡Vamos, dijo: no es por aquí por donde tomaremos el rumbo Nueva Zelandia!

-¡Bah, señor Briant! replicó Mokó; ya nos iremos algún día por este camino o por otro. Pero mientras tanto, me parece que debíamos almorzar.

-Sea, respondió Briant; pero apresurémonos. ¿A qué hora podremos empezar a remontar la corriente?

-Si quisiéramos aprovechar la marea, sería menester nos embarcáramos ahora.

-En este momento es imposible, dijo Briant. Tengo empeño en observar mejor el horizonte, y quiero subirme a alguna roca cuya altura me permita dominar la playa.

-Entonces tendremos que esperar la siguiente pleamar, que no se hará sensible en el *East-river* hasta las diez de la noche.

-¿Temes navegar a esa hora? preguntó Briant.

-No, señor, y lo haremos sin peligro, pues estamos en el plenilunio. Además, el curso del río es tan recto, que basta gobernar con los palos, aun

cuando baje la marea; y si la corriente se hiciera demasiado fuerte, haremos alto al amanecer.

-Bien, Mokó, estamos de acuerdo; y puesto que podemos disponer de algunas horas, aprovechémoslas para completar nuestra exploración.

Todo el tiempo que pasó entre el almuerzo y la comida, los tres muchachos lo emplearon en recorrer aquella parte de la costa, abrigada por grandes grupos de árboles que avanzaban hasta la base misma de las rocas. En cuanto a la caza, no faltaba en más o menos abundancia. Briant mató un par de *tinamous* para la comida de la tarde.

El aspecto característico de aquel litoral era el amontonamiento de enormes rocas de granito, con un desorden verdaderamente grandioso, que se parecía al campo de Karnac, cuya irregular disposición no es debida a la mano del hombre. Allí se veían aquellas profundas excavaciones, que se llaman *chimeneas* en ciertos países antiguamente habitados por los celtas, y no hubiera sido difícil instalarse entre sus paredes. Briant halló, en un espacio de menos de media milla, más de una docena de grutas, tan abrigadas todas, que el muchacho se preguntaba por qué razón el náufrago

francés no se había establecido en aquella parte de la isla. No podía dudarse de que la había visitado, puesto que estaba señalada en el mapa, y es que, sin duda, establecido ya en *French-den* antes de su exploración hasta la bahía del Este, no quiso mudar de vivienda. A eso de las dos, cuando el sol empezaba a declinar, el momento pareció favorable para proceder a una minuciosa investigación del mar, Briant, Santiago y Mokó intentaron trepar por un montón de rocas que se parecía a un oso monstruoso, y que se elevaba a un centenar de pies por encima del puerto: si llegaron a su cima, no fue sin grandes riesgos. Desde allí, mirando hacia atrás, se dominaba el bosque, que se extendía hasta el lago; en el Sur, la vista abarcaba una gran extensión de dunas amarillentas y entrecortadas por algunos grupos de abetos; en el Norte, el contorno de la bahía terminaba en una punta que formaba el límite de una llanura arenosa situada algo más allá. En suma, la *isla Chairmán* no era fértil más que en su parte central, en donde el agua del lago le daba vida, desahogándose en varios ríos que salían de sus orillas.

Briant dirigió después su catalejo hacia la parte oriental del horizonte, y nada vio por aquel lado;

nada más que la inmensidad del mar, circunscrita por la bóveda celeste.

Una hora llevaban ya de incesante observación los tres muchachos, e iban ya a bajarse, cuando Mokó detuvo a Briant.

-¿Qué es lo que hay allá lejos? preguntó señalando al Noroeste.

-Y Briant fijó el catalejo en el punto indicado.

Allí, casi en el límite del horizonte, se veía como una mancha blancuzca, que hubiérase podido confundir con una nube si el cielo no hubiera sido de una sin igual pureza; y después de haberse fijado mucho Briant, aseguró que aquella cosa no se movía, y que su forma no variaba de ningún modo.

-No comprendo lo que es, dijo; como no sea una montaña...

Algunos instantes después, habiendo bajado bastante el sol hacia su ocaso, se observó que la mancha había desaparecido. ¿Existiría por allí alguna tierra, o la mancha blancuzca no era más que un reflejo luminoso del agua? Esta última hipótesis fue la que Santiago y Mokó admitieron, aun cuando Briant conservó para sí algunas dudas respecto de ella.

Concluida la exploración, volvieron a la embocadura del *East-river*, y Santiago recogió alguna leña para que el negrito preparase el asado de *tinamous*.

Después de comer, Briant y su hermano fueron a dar un paseo por la playa, esperando la hora de la marea para embarcarse, y Mokó siguió por la orilla izquierda del río en busca de piñones. Cuando volvió, empezaba a oscurecer, y aun cuando al llegar al lado de la canoa vio que ambos hermanos no habían regresado, como no podían estar muy lejos, el grumete no se inquietó por aquella tardanza; pero como oyera gritos y gemidos, se sobrecogió en gran manera. No se equivocaba: aquella voz era la de Briant. ¿Le amenazaría algún peligro?

El pobre negrito no titubeó un solo instante en correr hacia la playa; mas después de haber dado la vuelta a las últimas rocas que cerraban el puertecito, lo que vio le impidió seguir adelante.

Santiago estaba arrodillado a los pies de su hermano. Parecía implorarle gracia y pedirle perdón. Esos eran los gemidos que Mokó había escuchado.

El grumete, por discreción, hubiera querido retirarse, pero era demasiado tarde. Lo oyó todo, y comprendió de lo que se trataba. Conocía ya la falta

que Santiago había cometido, y que acababa de confesar a su hermano, oyendo que éste exclamaba:

-¡Desgraciado!... ¿Cómo? ¿Eres tú... tú quien ha hecho eso?... Tú tienes la culpa...

-¡Perdóname, hermano mío, perdóname!...

-¡He aquí el motivo que te alejaba de tus compañeros!... ¡Les tenías miedo! ¡Y lo comprendo! ¡Ah! ¡Que no lo sepan nunca!... ¡No!... ¡Nunca, ni una palabra!...

Mokó hubiera dado cualquier cosa por no haber sorprendido aquel secreto; pero como le repugnaba fingir con Briant, algunos instantes después, encontrándose a su lado en la canoa, le dijo en voz baja:

-Señor Briant, todo lo he oído.

-¡Cómo! ¿Sabes que Santiago?...

-Sí, y es menester perdonarle...

-¿Lo perdonarán los demás?

-Tal vez, respondió Mokó; pero más vale que no sepan nada, y, por mi parte tened la seguridad de que seré mudo.

-¡Ah! ¡Gracias, mi buen Mokó! murmuró Briant apretándole la mano.

Durante las dos horas que tardaron en embarcarse, el joven no dirigió la palabra a su

hermano, que, sentado al pie de una roca, estaba aun más abatido que antes de ceder a las instancias de Briant confesándole su culpa.

Hacia las diez, la marea empezó a subir, y los tres muchachos se colocaron en la canoa, que fue rápidamente arrastrada por la corriente. La luna, que salió temprano, alumbraba bastante para que la navegación se hiciera sin peligro hasta las doce y media, hora en que la bajamar les obligó a empuñar los remos; mas durante una hora apenas si adelantaron media milla.

Briant propuso que se detuvieran hasta el amanecer, esperando la pleamar, y así lo verificaron. A las seis de la mañana prosiguieron su ruta, y a las nueve estaban en las aguas de *Family-Lake*.

Allí Mokó desplegó la vela, y con una buena brisa que vino a favorecerles, se dirigieron hacia *French-den*.

A las seis de la tarde, y después de una feliz travesía, durante la que Briant y su hermano no habían hablado una palabra, la canoa fue vista por Garnett, que pescaba a la orilla del lago.

Algunos instantes después nuestros exploradores saltaban a tierra, acogiéndolos Gordon con grandes muestras de cariño.

XVIII

El pantano salado. -Los zancos. -Exploración por el «South-moors». -En previsión del invierno.- Diferentes juegos. - Entre Doniphan y Briant. -Intervención de Gordon. -Inquietudes por el porvenir. -Elecciones del 10 de junio.

Briant juzgó prudente ocultar aun a Gordon el secreto sorprendido por Mokó, respecto a la falta cometida por su hermano; pero en cuanto al relato de su expedición, lo hizo detalladamente cuando todos sus compañeros estaban reunidos. Describió en todas sus partes la costa oriental de la *isla Chairmán*, el curso del *East-river*, a través de los bosques que separan el lago de la costa, bosques muy abundantes en árboles de hoja perenne. Afirmó que su instalación hubiera sido mucho más fácil en aquella parte del litoral, añadiendo, sin embargo, que no había por qué abandonar *French-den*. En cuanto a lo que a todos preocupaba, es decir, a la proximidad de alguna tierra, Briant declaró que no había descubierto ninguna; no obstante, hizo mención de aquella mancha blancuzca que descubrió en el horizonte, y cuya presencia se explicaba,

prometiéndose examinarle de nuevo cuando hicieran otras excursiones. En suma, lo que por desgracia era demasiado cierto, es que la *isla Chairmán* debía hallarse a muchos centenares de millas de cualquier continente o archipiélago.

Convenía, pues, armarse de ánimos para luchar contra las contrariedades de la vida, y concretarse a esperar la presencia de casuales e incalculados socorros; y así es que cada cual se dio de nuevo al trabajo para preparar todo lo necesario en previsión del próximo invierno, sobresaliendo Briant en celo y en valor. Este buen muchacho parecía menos comunicativo que antes de su reciente excursión, demostrando, como su hermano, una propensión a apartarse de los demás. Gordon, al notar este cambio en el carácter de su amigo, observó también que siempre que se presentaba una ocasión de hacer algo en que se corrieran peligros, Briant se lo encargaba a Santiago, y éste lo desempeñaba apresuradamente y sin murmurar. Como Briant no dijo jamás una palabra respecto de esto, Gordon no quiso preguntarle nada, si bien tenía casi la certeza de que ambos hermanos habían tenido una explicación.

El mes de Febrero se pasó en diversos trabajos. Habiendo notado Wilcox que muchos salmones remontaban el río *Zealand*, se tendieron redes de una a otra orilla, cogiéndose en ellas buena cantidad de aquel sabroso pescado. La necesidad de conservarlos obligó a los colonos a proveerse de una cantidad bastante grande de sal, y, al efecto, Briant y Baxter hicieron varios viajes a *Sloughi-bay*, estableciendo allí una pequeña salina en la arena, en donde la sal se posaba después que las aguas del mar se habían evaporado bajo la acción de los rayos solares.

Durante la primera quincena de Marzo, tres o cuatro de nuestros colonos exploraron parte de la comarca pantanosa de *South moors*, que se extendía en la orilla izquierda del río *Zealand*.

Doniphan fue el que ideó aquel reconocimiento, Baxter fabricó al efecto algunos pares de zancos, pues como aquel pantano estaba en algunos sitios cubierto de una capa de agua, aquellos zancos les permitirían aventurarse, sin mojarse los pies, hasta encontrar un terreno seco.

Hechos aquellos preparativos, Doniphan, Webb y Wilcox, después de atravesar al río en la canoa, desembarcaron en la orilla izquierda, llevando cada cual su escopeta.

Al saltar en el ribazo, calzáronse los zancos para entrar en el pantano.

Phann los acompañaba; pero como el fiel animal no temía mojarse las patas, saltaba regocijado por los charcos de agua.



El bote de Phann en el pantano.

Después de andar una milla al Suroeste, Doniphan, Wilcox y Webb llegaron a una parte seca, en donde, quitándose los zancos, pudieron perseguir la caza con más comodidad.

Millares de aves acuáticas se presentaron a su vista: chochas, becardas, ánades, gallinetas, cercetas y otras varias. Doniphan y sus dos compañeros hubieran podido matar centenares de aquellas aves, sin desperdiciar ni una perdigonada; pero fueron razonables y se contentaron con algunas docenas de volátiles que *Phann* iba a recoger y traía a las manos, como perro bien enseñado.

Sin embargo, Doniphan tuvo la tentación, aun cuando resistió a ella, de matar algunos otros animales que, a pesar del talento culinario de Mokó, no hubieran podido comerse, aun guisados. Allí había algunas de esas hermosas zancudas, cuya cabeza está adornada con un penacho de blancas plumas. Pero nuestro joven cazador no pudo contenerse al ver una bandada de *flamencos*, con las alas de color de fuego, muy aficionados a las aguas salobres, y cuya carne es tan sabrosa como la de la perdiz. Estos volátiles, colocados en fila, estaban confiados en la vigilancia de sus espías y centinelas, quienes dieron un chillido parecido al sonido de una

trompeta, en el momento en que notaron el peligro. Al ver aquellas magníficas muestras de la ornitología de la isla, Doniphan se abandonó a sus instintos, echó a correr, y Webb y Wilcox le siguieron sin resultado alguno, pues los *flamencos* huyeron con tanta velocidad, que en un instante se perdieron de vista. Doniphan y sus compañeros ignoraban que, aproximándose con cuidado, pueden tirarse con toda comodidad esas aves, pues las detonaciones las aturden, pero no las hacen huir. En vano fue que los jóvenes cazadores buscaran aquellos soberbios palmípedos, que medían más de cuatro pies desde la punta del pico al extremo de la cola; porque, dada la señal por los centinelas, desaparecieron todos hacia el Sur, antes de que tuvieran siquiera tiempo de preparar las escopetas.

No obstante, los muchachos no se arrepintieron de haber hecho aquella correría, pues volvieron con bastante caza, prometiéndose renovarlas, toda vez que los primeros fríos harían más fructuosas sus excursiones.

Gordon lo preparaba todo para que los fríos no lo cogieran desprevenido; así es que hizo un acopio tal de combustible para caldear también el establo y los corrales, que aun cuando el invierno durase seis

meses o más, ni el aceite de foca para el alumbrado, ni la leña, les había de faltar.

Estos trabajos no impedían seguir el programa de estudios. Los mayores daban lecciones a los pequeños, y durante las conferencias que se celebraban dos veces a la semana, Doniphan seguía haciendo alarde de su superioridad, cosa que le granjeaba pocos amigos, pues fuera de sus parciales, ninguno de los demás le quería bien.

Y sin embargo, contaba suceder a Gordon en la jefatura de la isla, cuando dentro de dos meses terminase éste en sus funciones.

Lleno de amor propio, pensaba que le pertenecía por todos conceptos, y consideraba como una injusticia el que antes no le hubiesen elegido.

Wilcox, Cross y Webb le alentaban con aquellas ideas, y tanteaban el terreno respecto a la futura elección, diciéndole que juzgaban asegurado el éxito.

Doniphan, no obstante, no tenía mayoría entre sus compañeros; los más pequeños, especialmente, no parecían dispuestos en su favor, ni tampoco en el de Gordon.



Contemplando, en un momento de calma, su gran obra de arte.

Todo esto no pasaba inadvertido para el americano, y aunque podía ser reelegido, no

manifestaba empeño en conservar el puesto, comprendiendo claramente que la severidad que había usado durante *su año de presidencia* le había enajenado los votos. Sus maneras algo duras y su espíritu, demasiado práctico a veces, habían desagradado en muchas ocasiones a sus gobernados, y Doniphan confiaba en ese descontento, pues le consideraba como un motivo más para que la elección recayera en él.

Como se ve, cuando el día de la votación llegase, habría sin duda una lucha interesante y digna de ser presenciada.

Lo que los pequeños reprochaban principalmente a Gordon, era su economía, demasiado exagerada y sostenida, respecto a los platos de dulce. Además, los reñía irremisiblemente cuando entraban en la gruta con una mancha o un desgarrón, y, sobre todo, cuando los zapatos estaban rotos, pues necesitando éstos incesantes composturas, hacían muy grave la cuestión de calzado. Luego, con pretexto de que perdían muchos botones, les obligó a que todas las noches le presentaran sus trajes; y si por desgracia algún botón faltaba, les arrestaba o les privaba de los postres. Entonces Briant intervenía, intercediendo tan pronto por Jenkins como por

Dole, y esto le hacía popular. Los niños sabían también que los dos cocineros, Service y Mokó, eran muy adictos a Briant, y si éste fuera algún día jefe de la *isla Chairmán*, podían prometerse un bello porvenir, que no carecería de golosinas.

¡Y véase de qué nimiedades penden algunas veces las cosas de la vida! Esta Colonia, ¿no es ciertamente la imagen viva de la sociedad, y estos niños que, como todos, tienden a exhibirse desde el principio de su existencia, no son el fiel retrato de los hombres serios en sus manifestaciones de ciudadanos?

En cuanto a Briant, ni siquiera el buen muchacho se ocupaba de la cuestión electoral; trabajaba sin cesar, no economizando su fatiga ni la de su hermano; eran siempre los primeros en ponerse a la faena, y los últimos en dejarla, como el deber fuera mayor para ellos que para los otros.

Todos se ocupaban en algo, según las prescripciones reglamentarias de la colonia; mas no invertían el día entero en el trabajo y en el estudio, pues el programa había reservado algunas horas para recreo, en atención a que, para gozar de buena salud, es conveniente entregaras a ejercicios gimnásticos.

Nuestros muchachos cumplían con ese precepto de la higiene, subiendo, a fuerza de puños, a los árboles, estribándose en los bordes de una cuerda enrollada al tronco; saltaban anchos espacios apoyándose en un largo palo; se bañaban en el lago, y los que no sabían nadar, pronto lo aprendieron; verificaban carreras, recibiendo un premio el primero que llegaba a la meta, y se ejercitaban también en el manejo de las bolas y del lazo.

Otras veces se distraían con alguno de aquellos juegos, tan en uso entre los jóvenes ingleses, pues poseían, además de los que hemos mencionado ya, el *croquet* y los *rounders*, que consisten, con pequeñas diferencias entre sí, en lanzar, por medio de un largo palo, una pelota sobre unas clavijas de madera puestas en cada uno de los ángulos de un vasto pentágono regular; los *quoits*, que exigen mucha fuerza en los brazos y buen golpe de vista. Conviene describir este último juego con algunos detalles, porque cierto día fue causa de una reyerta, muy de sentir, entre Briant y Doniphan.

Era el 25 de Abril por la tarde. Ocho de los colonos repartidos en dos campos, Doniphan, Webb, Cross y Wilcox, por un lado, y Briant, Baxter,

Garnett y Service por otro, jugaban una partida de *quoits* en *Sport-terrace*.

En la superficie de ese terreno plano, dos *hobs*, o sean dos barras de hierro cilíndricas, habían sido clavadas a una distancia de unos cincuenta pies una de otra. Cada uno de los jugadores estaba provisto de dos *quoits*, especie de tejoletas o planchitas de metal redondas, con un agujero en el centro y más delgadas en la circunferencia que en el medio.

Los jugadores deben lanzar aquellas sucesivamente, de modo que una encaje en la primera barra y después la otra en la segunda. Si el que tira acierta, gana dos puntos por cada tejoleta que ensarte; mas si los tejos no encajan, pero se acercan a las barras, se apuntan solamente un tanto.

Aquel día la animación de los jugadores era grande, y como Doniphan estaba de un lado y Briant del otro, cada cual se esforzaba en que la victoria perteneciera a su campo.

Ya se habían jugado dos partidas, ganando la primera Briant y sus compañeros con siete tantos, mientras que sus adversarios ganaron la segunda con seis. Estaban jugando la tercera, que era la decisiva; ambos campos tenían cinco puntos, y no quedaban más que dos tejoletas para tirar.

-A ti te toca, Doniphan, fíjate bien, dijo Webb; estamos en lo último y se trata de ganar.

-No tengas cuidado, replicó éste.

Y se puso en actitud de tirar, los pies bien colocados uno delante del otro, teniendo el tejo en la mano derecha, el cuerpo algo inclinado y ligeramente vuelto sobre el flanco izquierdo para asegurar mejor la puntería.

Se veía que aquel vanidoso muchacho ponía todo su cuidado en aquella jugada: apretaba los dientes y estaba pálido y ceñudo.

Después de haber apuntado con cuidado, lanzó el tejo de modo que describiese van arco, y lo lanzó vigorosamente, pues la clavija estaba a una distancia de cincuenta pies.

El tejo no alcanzó la barra sino en su borde externo, y, en vez de encajarse en ella, cayó a tierna, no ganando, por consiguiente, más que un tanto.

Doniphan no pudo detener un gesto de despecho, hiriendo iracundo el suelo con el pie.

-¡Es lástima! dijo Cross; pero aun no hemos perdido.

-¡No por cierto! añadió Wilcox; tu tejo está al pie de la barra, y como Briant no encaje el suyo, le desafió a que dé mejor.

En efecto, si el tejo que este último iba a lanzar no se ensartaba en la clavija, perdía la partida, porque era muy difícil que estuviera más cerca de la meta que el de Doniphan.

-¡Apunta bien!... ¡Apunta bien!... exclamó Service.

Briant no respondió, a fin de no herir la susceptibilidad de Doniplian; y si quería asegurar la partida, más era por consideración a sus compañeros que por complacencia propia.

Se puso en posición y arrojó con tanta destreza el tejo, que éste quedó perfectamente encajado en la barra.

-¡Siete puntos! exclamó triunfalmente Service. Hemos ganado la partida.

Doniphan se adelantó vivamente.

-¡No!... ¡No habéis ganado! dijo.

-¿Por qué? preguntó Baxter.

-¡Porque Briant ha hecho trampa!

-¿Yo? dijo éste palideciendo intensamente.

-Sí, respondió Doniphan; no tenías los pies en la raya, pues te has adelantado dos pasos.

-¡No es cierto! exclamó Service.

-¡Te equivocas! repuso Briant; mas aun, cuando fuese verdad lo que dices, debo observarte que

habría sido un error de mi parte, y que no permitiré diga nadie que he faltado a la lealtad en el juego.

-¡Hombre, hombre! ¿No *permitiré* has dicho? repitió Doniphan con un movimiento de hombros.

-¡Y lo repito! respondió Briant que empezaba ya a no ser dueño de él mismo. Y en primer lugar, te probaré que mis pies estaban perfectamente colocados en la raya.

-¡Sí... sí!... dijeron Baxter y Service.

-¡No... no!... replicaron Webb y Cross.

-¡Ved la huella de mis zapatos en la arena! repuso Briant. Y como Doniphan no ha podido equivocarlos, yo le digo que ha mentado adrede.

-¡Que miento yo! exclamó Doniphan, acercándose lentamente a su compañero.

Webb y Cross se colocaron detrás de éste para apoyarle, mientras que Baxter y Service estaban prontos a ayudar a Briant, caso de que hubiera lucha.

Doniphan había tomado la actitud de los boxeadores; tiró su chaqueta, dobló hasta el codo las mangas de su camisa y arrolló su pañuelo alrededor de su muñeca.

Briant, que había recuperado su sangre fría, quedaba inmóvil como si le repugnara batirse con

uno de sus compañeros y dar tal ejemplo a los demás colonos.

-Has hecho mal en insultarme, Doniphan, y te portas peor aun provocándome.

-En efecto, respondió Doniphan con tono del más profundo desprecio; siempre se hace mal provocando a los que no saben responder a las provocaciones.

-Si no lo hago, dijo Briant, es porque no me conviene.

-¡Porque tienes miedo!

-¡Miedo yo!

-¡Sí, porque eres un cobarde!...

Briant, al oír aquel nuevo insulto, levantó sus mangas y avanzó resueltamente hacia Doniphan.

Ambos adversarios estaban ya prontos a la pelea.

En muchos colegios ingleses esa lucha que se conoce en Inglaterra con el nombre de *boxe*, forma en cierto modo parte de la educación, y se ha notado que los jóvenes hábiles en dicho ejercicio, muestran más paciencia y mansedumbre que los demás, y no buscan querellas por un *quítame allá esas pajas*.

Briant, en su calidad de francés, no era partidario de esa pelea a puñetazos, siempre dirigidos a la cara, y dicho se está que no tenía tanta habilidad como su

adversario, quien, en honor de la verdad, era diestrísimo en el pugilato.

La lucha iba a comenzar, cuando Gordon avisado por Dole, se apresuró a intervenir.

-¡Briant!... ¡Doniphan!... exclamó.

-¡Me ha llamado embustero!... dijo este último.

-¡Después de haberme dicho que yo hacía trampas en el juego, y de haberme llamado cobarde!... respondió Briant.

En aquel momento todos estaban reunidos al lado del americano, mientras que ambos adversarios habían retrocedido algunos pasos; Briant estaba cruzado de brazos, y Doniphan en la misma postura que antes de la llegada del jefe de la colonia.

-Doniphan, dijo entonces Gordon con tono severo; conozco a Briant, y estoy cierto de que el provocador no ha sido él, sino tú.

-¡Verdaderamente, Gordon; bien se conoce que siempre estás en contra de mí!...



-¡Puedo jurar, hermano!

-¡Cuando lo mereces! respondió el americano.

-¡Lo mismo me da! Pero que la culpa sea de Briant o mía... ¡Si rehusa batirse, es un cobarde!

-¡Y tú un mal muchacho, que das muy malos ejemplos a tus compañeros!... ¡Cómo! ¿No te basta

que nos hallemos en una situación grave, sino que procuras sembrar la discordia entre nosotros, y atacas sin cesar al mejor de todos cuantos estamos aquí?...

-Briant, da las gracias a Gordon, dijo Doniphan. Y ahora... ¡en guardia!

-¡Pues bien, no! exclamó el americano. ¡Soy vuestro jefe, y me opongo a todo acto de violencia entre vosotros! Briant, entra en *French-den*. ¡En cuanto a ti, Doniphan, ve adonde te plazca a desahogar tu ira, y no vuelvas por aquí hasta que comprendas que yo he cumplido con mi deber!

-¡Bien dicho! exclamaron todos, menos los parciales de Doniphan. ¡Hurra por Gordon!... ¡Hurra por Briant!...

Ante esa igualdad de pareceres, no hubo más remedio que obedecer. Briant entró en el hall, y cuando Doniphan volvió a la hora de acostarse, no demostró intención alguna de volver a empezar la querrela. Sin embargo, se conocía que guardaba en su corazón un gran rencor, que su enemistad para con Briant había crecido, y que no aprovecharía la lección que el americano le había dado en presencia de sus compañeros.



Estas disensiones eran muy sensibles, por lo mucho que afectaban a la tranquilidad de la pequeña colonia, pues ejerciendo Doniphan sobre Webb, Cross y Wilcox una influencia tal que le daban la

Estas disensiones eran muy sensibles, por lo mucho que afectaban a la tranquilidad de la pequeña colonia, pues ejerciendo Doniphan sobre Webb, Cross y Wilcox una influencia tal que le daban la

razón en todo, ¿no era de temer una escisión en lo porvenir?

La calma quedó restablecida, aunque las pasiones no acalladas, y desde aquel día nadie hizo alusión a la pasada discordia, continuando los trabajos preventivos contra los rigores del invierno, que ya no se haría esperar.

En la primera semana de Mayo el frío se hizo sentir lo bastante para que Gordon diera la orden de que se encendieran las estufas y se alimentasen sin cesar día y noche, haciéndose preciso también caldear el establo y demás dependencias; cuidado que correspondía a Garnett y a Service.

En aquella época algunas aves se preparaban para la emigración. ¿Hacia qué regiones se dirigían? Sería, sin duda, a las comarcas septentrionales del Pacífico o del continente americano, que les ofrecían un clima más benigno que el de la isla *Chairmdn*.

Entre aquellos pájaros, ocupaban el primer lugar las golondrinas, maravillosos emigrantes capaces de recorrer con gran rapidez distancias considerables. Briant, preocupado sin cesar en buscar un medio de salir de la isla, ideó aprovechar la marcha de aquellas aves, para dar a conocer la situación de los naufragos del *Sloughi*. A este fin, cogió algunas docenas de di-

chos pájaros, cosa fácil, pues habían llegado a anidar basta el interior de *Store-room*, y les colgó en el cuello un diminuto saquito de tela, que encerraba un escrito indicando poco más o menos en qué parte del Pacífico debería ser buscada la *isla Chairmán*, rogando al mismo tiempo, al que fuera aquel papel, que escribiera lo ocurrido a Auckland, capital de Nueva Zelanda.

Hecho esto, soltaron las golondrinas los jóvenes colonos, y llenos de emoción, les dijeron: Hasta la vuelta, mirando cómo desaparecían en dirección del Noroeste.

Era una esperanza tal vez ilusoria, y sin embargo, Briant hizo muy bien en no desperdiciar aquel medio que la Providencia ponía a su alcance.

Las primeras nieves empezaron a caer el 25 de Mayo, o sea algunos días antes que el anterior; pero si bien ese adelanto podía ser indicio de un invierno más riguroso que el precedente, por fortuna, y gracias a la provisión de su jefe, no faltarían a nuestros colonos ni luz, ni calor, ni alimentación sana y abundante, habiéndoles ya obligado el jefe a ponerse trajes de abrigo, pues el americano velaba sin cesar para que las medidas higiénicas se observaran con todo rigor.

Durante este último período fue cuando la colonia de *French-den* se resintió de una secreta agitación, y mil sutilezas y ardidés bullían en aquellas jóvenes cabezas, pues estaba concluyéndose el año de mando conferido a Gordon.

Todo se volvían conciliábulos, y hasta puede decirse intrigas, que tenían intranquila a aquella sociedad en miniatura. Ya se sabe que el americano quería no mezclarse en nada, pues le era indiferente que lo reeligieran o no; y Briant, como era de origen francés, no podía pensar siquiera en gobernar una colonia compuesta en su mayor parte de ingleses.

Sin demostrarlo en la más mínima cosa, el verdaderamente inquieto, con motivo de aquella elección, era Doniphan. Con su inteligencia nada común y su valor, del que nadie dudaba, era evidente que hubiera tenido muchas probabilidades de triunfo su candidatura, si su carácter altanero y envidioso, y su afán de dominar en todo, no hubiesen empañado sus buenas cualidades.

A pesar de los vehementes deseos que abrigaba de obtener el mando, se lo vio, ya fuese porque creyera firmemente suceder a Gordon, o bien porque su orgullo la impidiera pedir votos, afectar una completa indiferencia, dejando a sus amigos

Wilcox, Cross y Webb que trabajasen para asegurarle el sufragio.

Llegó el 10 de Junio.

Por la tarde se procedería al escrutinio. Cada cual debía escribir en un pedacito de papel el nombre de aquel para quien quería dar su voto, y la mayoría de los sufragios decidiría la elección.

La colonia contaba con catorce votantes, pues Mokó, en su calidad de negro, no podía pretender, ni pretendía tampoco, ser elector. Siete votos y uno más fijarían la elección del nuevo jefe.

La votación empezó a las dos, bajo la presidencia de Gordon, que llenó sus funciones con aquella seriedad propia de los anglo-americanos.

El resultado del sufragio fue el siguiente:

Briant	8 votos.
Doniplian.	3 »
Gordon	1 »

Ni este último ni Doniphan quisieron votar. Briant dio en voto a Gordon.

Al oír proclamar aquel resultado, Doniphan no pudo ocultar su desencanto, ni la profunda irritación que experimentaba.

Briant, muy sorprendido por haber obtenido mayoría de votos, estuvo a punto de rechazar la

honra que se le dispensaba; pero sin duda una idea que se le vino a la imaginación, mirando a su hermano, le hizo reflexionar, y dijo:

-¡Gracias, compañeros; acepto!

Y desde aquel día Briant era jefe de la colonia durante un año.

XIX

El mástil de las señales. -Grandes fríos. -El flamenco. -Destreza de Santiago. -Desobediencia de Doniphan y de Cross. -La niebla. -Santiago entre las brumas. -Los cañonazos de «French-den» -Los puntos negros. -Actitud de Doniphan.

Lo que sus compañeros se habían propuesto eligiendo a Briant, era recompensarle por su carácter servicial, por el valor de que había dado tantas pruebas y por su incansable celo en pro del común interés. Desde el día en que había tomado el mando del *schooner* durante la travesía de Nueva Zelandia a la isla *Chairmán*, no había retrocedido ante ningún peligro ni rehuido ningún trabajo; y aun cuando su

nacionalidad era diferente de la de los demás colonos, todos lo querían, y particularmente los pequeños.

No es de extrañar, por lo tanto, que todos votaran por él.

Doniphan y sus parciales eran los únicos que se negaban a reconocer las cualidades de que estaba adornado Briant; pero en su fuero interno bien sabían que obraban injustamente.

Aun cuando Gordon comprendía que esa elección había de aumentar la disidencia, y no obstante abrigar el temor de que Doniphan y sus parciales obrasen de un modo que diera que sentir, no por eso dejó de felicitar calurosamente al elegido, pues tenía un espíritu demasiado justo para no aprobar lo hecho. Por su parte, él quedaba en mejor aptitud para entregarse por completo a la contabilidad de *French-den*, que era su ocupación favorita.

No tardó mucho en saltar a la vista de todos que Doniphan y sus amigos estaban resueltos a no soportar el estado actual de cosas; pero Briant se propuso no darles la más mínima ocasión de queja, para que no se entregasen a ningún exceso.

En cuanto a Santiago, fue una gran sorpresa para él ver que su hermano aceptaba el cargo que se le confiaba.

-¿Quieres, pues?... le dijo, sin acabar de expresar su pensamiento, que Briant completó, respondiéndole en voz baja:

-Sí, quiero que estemos en posición de hacer mucho más de lo que hemos hecho hasta aquí para redimir tu falta.

-Gracias, hermano, respondió Santiago; y te suplico no me escatimes el trabajo.

Antes de que los grandes ríos impidiesen toda excursión a *Sloughi-bay*, Briant tomó una medida que no dejaba de tener su utilidad.

Ya se acordarán nuestros lectores de que un mástil, como señal, se había puesto en lo alto del acantilado; mas como el pabellón izado en la punta de aquél estaba hecho jirones, importaba colocar allí algo a propósito resistir la incesante furiosa acción de las tormentas invernales. Por consejo de Briant, Baxter construyó con juncos, que abundaban en la orilla del pantano, una especie de globo que no se destrozaría con los aires, puesto que podría correr por los intersticios que dejaban los juncos trenzados. Terminado aquel trabajo, hicieron una última

excursión a la bahía *Sloughi* el día 17 de Junio, y aquel globo, visible en un radio de varias millas, substituyó al pabellón del Reino Unido.

A la vuelta a *French-den*, viendo Briant que el termómetro bajaba de un modo sensible, hizo que colocaran la canoa en el ángulo del contrafuerte, y la cubrieron con una tela embreada para que se conservase mejor.

Baxter y Wilcox tendieron algunos lazos y abrieron nuevas trampas en el límite de *Traps-woods*, colocando también las redes en el río para recoger los peces que las violentas brisas del Sur arrastrarían al interior de la isla.

Alguna que otra vez Doniphan y sus amigos, montados en los zancos, hacían alguna excursión a *South-moors* y volvían cargados de caza, economizando, por supuesto, los tiros, dado que, en cuanto al gasto de municiones, Briant se mostraba tan parco como lo había sido Gordon.

En los primeros días de Julio el río empezó a helarse, y no tardaría en suceder lo mismo con el lago, pues la temperatura bajaba sin cesar, toda vez que después de unas violentas ráfagas, el aire había mudado a Sudeste, el cielo se despejó, y el

termómetro señalaba a la sazón veinte grados bajo cero.

El programa establecido para el invierno volvió a imperar en las mismas condiciones que el anterior. Briant velaba constantemente para que todos cumplieran con su deber, mas sin abusar jamás de su autoridad, y era de ver cómo Gordon le ayudaba, dando a los demás ejemplo de obediencia; Doniphan y sus amigos, dicho sea en su honor, no dieron muestra alguna de insubordinación. Se ocupaban diariamente en ir a registrar las trampas y lazos, servicio que les había sido particularmente encargado; pero continuaban en su costumbre de vivir en cierto modo separados de sus compañeros, cuchicheando entre sí y no mezclándose en las conversaciones, ni aun en las veladas. ¿Preparaban acaso alguna maquinación? ¡Quién podía saberlo! En suma, Briant no tenía que reprenderles en nada, contentándose con ser justo para todos, y haciendo muchas veces con su hermano, que rivalizaba en celo con él, los trabajos más duros y penosos. Gordon notó que en aquellos días el carácter de Santiago se iba modificando, y Mokó veía con placer que el pobre niño tomaba ya parte en los juegos de sus compañeros.

Los estudios llenaban aquellas horas interminables que el frío obligaba a pasar en el hogar. Jenkins, Dole, Iverson y Costar hacían sensibles progresos en sus lecciones con los mayores, quienes, instruyendo a los pequeños, se instruían a su vez. Luego, durante las largas veladas, se leían en alta voz reseñas de viajes, por más que Service hubiera preferido la lectura de sus Robinsones. Algunas veces también el acordeón de Garnett hacía las delicias de los contertulios, acompañando los cantos de los chicos, y concluido el concierto, cada cual ocupaba su camita.

La constante preocupación de Briant era la vuelta a Nueva Zelandia, no opinando en esto como Gordon, que no pensaba más que en la organización de la colonia en la *isla Chairmán*. Los esfuerzos de Briant en pro de su idea fija constituían, a su entender, el objetivo principal de su presidencia. Pensaba sin cesar en aquella mancha blancuzca que había distinguido en *Deception-bay*. ¿Será aquella la tierra? se preguntaba. Y si lo fuese, ¿por qué no construir una embarcación para ir hasta allí? Pero cuando hablaba con Baxter de estas cosas, éste movía la cabeza, comprendiendo que semejante trabajo superaba a sus fuerzas.

-¡Ah! exclamaba muchas veces Briant. ¿Por qué no somos más que niños, cuando era preciso que fuéramos hombres?

Durante las largas noches de invierno, aunque parecía que la gruta debía estar al abrigo de cualquier asechanza hubo, sin embargo, algunas alarmas, producidas por los chacales que rondaban por los alrededores; mas Doniphan y algunos otros sacaban de las estufas pedazos de leña encendidos y los tiraban a aquellas fieras, lo cual bastaba para espantarlas.

Dos o tres veces también se presentaron algunos jaguares y conguares; pero a éstos se les recibía a tiros, y aun cuando jamás se acercaban lo bastante para ser heridos mortalmente, se conseguía ahuyentarlos, librando así a la cerca de los ataques de aquellos carnívoros.

El 24 de Julio, Mokó tuvo ocasión de desplegar su talento culinario en la preparación de una pieza de caza, con la que se regalaron mucho nuestros jóvenes.

Wilcox, ayudado por Baxter, había fabricado y tendido a cierta altura lazos de nudo corredizo para coger caza mayor. Esta clase de lazos se colocan, por

lo regular, en los bosques frecuentados por gamos, y no es raro que produzcan buenos resultados.



Hallazgo: un gamo atrapado, agarrado en un largo palo.

En *Traps-woods* no fue un gamo el que se dejó coger, pero sí un magnífico *flamenco*, que se enganchó en aquel nudo corredizo con tanta desgracia, que cuando Wilcox fue a registrarlo, halló al animal completamente ahogado. Aquella ave,

perfectamente desplumada, vaciadas sus entrañas, relleno el vientre con hierbas aromáticas y asada, ofreció un excelente plato; hubo un pedazo de pechuga y de muslo para cada cual, y hasta un trocito de lengua, que es, seguramente, el mejor bocado que puede comerse en este mundo.

La primera quincena de Agosto se señaló por cuatro días de un frío excesivo; Briant se sobrecogió viendo que el termómetro había bajado hasta treinta grados bajo cero, y prohibió a los pequeños todo contacto con el aire exterior, pues no se podía salir de *French-den* sin que la falta de todo calor se sintiese hasta en la medula de los huesos, y los mayores no salían más que en caso de necesidad, o bien cuando lo exigía el cuidado de los habitantes del corral.

Aquel excesivo frío duró, felizmente, muy poco, toda vez que, saltando el viento al Oeste, ocasionó espantosas borrascas, que no causaron ningún daño en la gruta, porque para derribar aquel acantilado hubiera sido necesario la acción de un gran terremoto. El arbolado fue el que más sufrió; pero eso resultaba conveniente para los muchachos, quienes se ahorrarían el trabajo cuando tuvieran que renovar su provisión de combustible.

Estas borrascas modificaron el estado de la atmósfera, hasta el punto de que los grandes fríos tuvieron fin, y desde entonces el termómetro subió a 7 y 8 grados bajo cero.

En la segunda quincena de Agosto pudo Briant proseguir las faenas en el exterior, exceptuando la pesca, por estar aun el río muy congelado; pero hicieron muchas visitas a las trampas y a los lazos, no faltando casi nunca carne fresca en la mesa de *Store-room*.

El cercado aumentó también muy pronto su población, pues además de una manada de polluelos de avutarda y de las pintadas, la vicuña dio a luz cinco hijuelos, que Garnett y Service cuidaban con mucho interés.

Siendo el hielo bastante consistente, Briant tuvo la idea de proporcionar a sus compañeros una diversión muy apreciada en Nueva Zelandia. Baxter fue encargado de construir algunos pares de patines, cosa que alegró sobremanera a los jóvenes colonos, encantados por la ocasión de desplegar su habilidad en aquel ejercicio.

El 25 de Agosto, pues, hacia las once de la mañana, Briant, Gordon, Doniphan, Webb, Cross, Wilcox, Baxter, Garnett, Service, Jenkins y Santiago

salieron de *French-den*, dejando a Iverson, Dole y Costar al cuidado de Mokó y de *Phann* para ir a buscar un sitio en el que la capa de hielo presentara una extensión propicia para patinar. Briant se proveyó de una corneta para llamar a sus gobernados en el caso de que su ardor les llevara demasiado lejos, al deslizarse sobre la corteza helada del lago.

Habían almorzado bien antes de salir, contando estar de vuelta para la hora de comer, y no tenemos por qué decir que Doniphan y Cross llevaron sus escopetas por si se presentaba la ocasión de cortar los vuelos a alguna atrevida ave acuática que pretendiese ser testigo de la habilidad, torpeza o temeridad de los colonos; por más que Briant y Gordon, que no eran aficionados a los patines, acompañaron a los demás para evitar cualquier imprudencia.

Necesitaron andar cerca de tres millas hasta hallar un sitio a propósito para el ejercicio que iban a practicar, porque cerca de la gruta los hielos no ofrecían ni la profundidad ni la ternura requeridas para esta clase de diversiones. Se detuvieron, por fin, después de atravesar *Traps-woods*, en un magnífico

campo de maniobras que hubiera bastado para un ejército de patinadores.

Antes de dar la señal para empezar el juego, Briant reunió a sus compañeros y les dijo:

-Supongo que no necesito recomendaros que seáis cuerdos, y que este ejercicio no sea cuestión de amor propio. Si no hay por qué temer que el hielo se rompa, esto puede suceder con los brazos y con las piernas. No os alejéis demasiado, y en el caso en que esto sucediera, no olvidéis que Gordon y yo os esperamos aquí; y cuando oigáis el sonido de la corneta, es señal de que todos debéis volver a uniros con nosotros.

Después de estas recomendaciones, los patinadores se lanzaron al lago, tranquilizándose Briant viéndolos desplegar gran habilidad. Hubo algunas caídas sin consecuencia, que provocaron la risa de todos.

Sin contradicción alguna los mejores patinadores eran Doniphan, Cross, y sobre todo Santiago, que sobresalía por la velocidad y precisión con que trazaba las más complicadas curvas; hacía maravillas patinando hacia adelante y hacia atrás, con un pie o con los dos, derecho o encorvado, y describiendo círculos con perfecta regularidad y destreza.

Briant experimentaba gran satisfacción al ver que su hermano por fin tomaba parte en las diversiones.

Es indudable que Doniphan, apasionado por todos los ejercicios corporales, sentía alguna sorda envidia por el triunfo de Santiago, pues no tardó mucho en alejarse de la orilla, a pesar de las recomendaciones de Briant; y haciendo una seña a Cross, le gritó:

-¡Eh, Cross! Veo allí una bandada de ánaes; allá, al Este. ¿No la ves tú?

-Sí.

-Tienes tu escopeta y yo la mía. ¿Vámonos a cazar?

-¡Pero Briant ha prohibido!...

-¡Déjame en paz con tu Briant!... ¡En marcha!... Y a escape.

En un momento los dos muchachos anduvieron media milla persiguiendo a aquellas aves.

-¿Adónde irán? dijo Briant.

-Han visto algunos pájaros, respondió Gordon, y el instinto de la caza...

-¡Di más bien el de la desobediencia! repuso Briant.

-¿Pero temes que les suceda algo?

-¡Quién sabe! Es una imprudencia alejarse... Mira la distancia que han recorrido ya.

Y, en efecto, Doniphan y Cross no aparecían a lo lejos más que como dos puntos negros sobre el horizonte del lago, y si bien es verdad que tenían tiempo suficiente para volver, porque el día duraría aun algunas horas, era, no obstante, una imprudencia retirarse tanto, porque en aquella época del año era de temer cualquier cambio repentino en la atmósfera, producido por la modificación del aire.

Juzguen nuestros lectores cuál fue el disgusto de Briant cuando a eso de las dos de la tarde el horizonte se ocultó repentinamente por la interposición de una espesa capa de niebla.

¡Qué inquietud! Doniphan y Cross no aparecían, y los vapores acumulados no permitían ver la orilla oriental.

-¡He aquí lo que yo temía! exclamó Briant. Y ahora, ¿cómo encontrarán su camino?

-¡Toca la corneta! respondió Gordon.

Briant dio tres golpes prolongados, y escuchó, esperando que aquellos atolondrados muchachos le



El paisaje es todo un mundo.

respondieran con algún tiro; pero ni él ni el americano oyeron nada.

La bruma, cada vez más espesa, se desarrollaba a menos de un cuarto de milla de la ribera, y como se

elevaba al mismo tiempo hacia las zonas superiores, ocultaba completamente el lago.

Briant llamó entonces a los que se hallaban más inmediatos, quienes no tardaron a reunírsele.

-¿Qué haremos? preguntó Gordon.

-Todo cuanto se pueda para encontrarlos antes de que se extravíen entre la niebla. Es menester que uno de nosotros vaya siguiendo la misma dirección que han tomado y procure que oigan la corneta.

-¡Estoy pronto! dijo Baxter.

-¡Nosotros también! dijeron otros dos o tres.

-¡No... yo iré! dijo Briant.

-¡Yo, yo, hermano mío! dijo Santiago; con mis patines los alcanzaré pronto.

-Pues bien, respondió Briant; ve, Santiago, y escucha con cuidado, por si oyes algún tiro... Toma esta corneta, con la que podrás darles a conocer tu presencia.

-¡Bueno, hermano mío!

Un instante después Santiago había desaparecido entre las brumas, cada vez más opacas.

Briant, Gordon y los demás escuchaban atentamente el sonido de la corneta; pero pronto la distancia recorrida por Santiago apagó por completo aquel sonido.

Pasó media hora sin que se oyera ninguna señal que indicara que los ausentes volvían a la orilla.

¿Qué sería de ellos si la noche los sorprendiera en el lago?

-¡Si siquiera tuviéramos armas de fuego! exclamó Service; tal vez...

-¡En la gruta las hay!... No perdamos un instante... ¡En marcha!... dijo Briant.

-Era el mejor partido que podían tomar, pues importaba sobre todo indicar, lo mismo a Santiago que a Doniphan y a Cross, la dirección que debían seguir para encontrar la orilla de *Family-Lake*.

En menos de media hora Briant y sus compañeros recorrieron las tres millas que los separaba de *French-den*.

En esta ocasión no se trataba de economizar la pólvora. Wilcox y Baxter cargaron sus escopetas, y tiraron hacia el Este. Ninguna contestación se oyó.

Eran ya las tres y media. La niebla tenía tendencia a ser más densa a medida que el sol bajaba hacia el horizonte, y era de todo punto imposible ver nada de lo que hubiera en la superficie del lago.



—¡Atá, al Est. 420 18. con 219 310 Destigora.

-¡Preparamos el cañón! dijo Briant.

Uno de los dos que poseían fue arrastrado hasta el medio de *Sport-terrace*, y puesto en conveniente puntería; lo cargaron con un cartucho con pólvora sola y Baxter iba a disparar, cuando Mokó le sugirió la idea de poner un taco de hierba untado de grasa,

para que la detonación tuviera más fuerza, y el grumete no se equivocaba.

El tiro salió.

En medio de una atmósfera tan perfectamente tranquila, era imposible que aquel estampido no se oyera a muchas millas de distancia.

Escucharon... ¡Nada aun!

Durante una hora se hicieron disparos de diez en diez minutos. No podía admitirse que Doniphan, Cross y Santiago se equivocasen sobre la significación de aquellas descargas, que de seguro oirían, pues dichas detonaciones debían repercutir en toda la superficie del lago, porque, como sabe todo el mundo, la niebla es gran propagadora de los sonidos.

Por fin, un poco antes de las cinco, algunos tiros se dejaron oír por el Noroeste.

-¡Son ellos! exclamó Service.

Y en seguida Baxter contestó a aquellas señales con un disparo.

Algunos instantes después se divisaron dos sombras a través de las brumas, que estaban menos densas en la orilla que en el centro de *Family-Lake*.

Eran Cross y Doniphan.

Santiago no venía con ellos.

Nuestros lectores pueden figurarse la angustia que se apoderó de Briant. Su hermano no pudo encontrar a los dos cazadores, que ni siquiera habían oído el sonido de la corneta. En el momento de la partida de Santiago en busca de Doniphan y de Cross, éstos, procurando orientarse, habían tomado ya la dirección de la gruta, mientras que Santiago les buscaba al Este; y si aquellos imprudentes muchachos no hubieran oído a cañonazos, jamás hubieran hallado su camino.

Briant, entregado a su dolor, no se acordaba de dirigir una reprimenda a Doniphan por su desobediencia, que podía ocasionar muy tristes consecuencias. Si Santiago se viese reducido a pasar la noche en el lago con una temperatura tal vez de diez o doce grados bajo cero, ¿podría resistir un frío tan intenso?

-¡Soy yo el que debía haber ido... yo, sí! repetía sin cesar Briant, a quien Gordon y Baxter procuraban consolar.

Dispararon aun algunos cañonazos, que Santiago hubiera oído seguramente si se hubiese hallado en las cercanías de *French-den*, a cuyos disparos hubiera contestado tocando la corneta.

Y ya la noche llegaba, y con ella aumentaba el peligro; pero, sin embargo, una circunstancia favorable se produjo al anoecer. La brisa que empezó a soplar del Oeste, como todas las tardes, a la puesta del sol, rechazó las nieblas hacia el Este, siendo, por lo tanto, menores las dificultades con que tendría que luchar el pobre Santiago para llegar a *French-den*.

Para auxiliarle en medio de la oscuridad de la noche, una sola cosa podía hacerse, cual era la de encender una gran fogata en la ribera a fin de que sirviese de señal; y ya Wilcox, Baxter y Service amontonaban hierba seca, cuando dijo Gordon:

-¡Esperad!

Y miraba con el antejo hacia Noroeste.

-Me parece que veo un punto negro que se mueve, dijo.

Briant cogió el antejo.

-¡Alabado sea Dios! ¡Es él! exclamó. ¡Es Santiago! ¡Sí, es él!...

Y todos empezaron a palmotear de alegría, lanzando gritos que podían oírse a una milla de distancia.

Santiago adelantaba rápidamente; sus patines se deslizaban en el hielo con la rapidez de una flecha; algunos minutos más, y llegaba.

-¡Parece que no viene solo! exclamó Baxter, que no pudo detener un gesto de sorpresa.

Y, en efecto, fijándose con más atención, se veía que otros dos puntos negros se movían a unos cien pies detrás de él.

-¿Qué será?... dijo Gordon.

-¡Hombres!... respondió Baxter.

-¡No!... ¡Parecen animales!... dijo Wilcox.

-¡Fieras, tal vez!... exclamó Doniphan.

Y no se equivocaba; cogió su escopeta, y sin titubear un instante avanzó al encuentro de Santiago.

En pocos minutos le alcanzó, y disparó sobre los dos animales, que desaparecieron en seguida.

Eran dos osos, que nuestros colonos no esperaban hallar entre la fauna de la *isla Chairmán*, no habiendo visto ninguno hasta entonces. ¿Vendrían de fuera, aventurándose en los témpanos que flotaban por el mar? Esto parecía indicar que algún continente no estaba lejos. Bueno sería pensar en ello.

Fuera lo que fuese, Santiago estaba en salvo, y su hermano le apretaba contra su corazón.

Después de muchas felicitaciones, abrazos y apretones de manos, el valeroso muchacho contó que habiendo tocado varias veces la corneta para llamar a sus compañeros, él también se extravió en lo más espeso de las brumas, encontrándose en la imposibilidad de orientarse cuando oyó los primeros cañonazos.

-No puede ser más que el cañón de *French-den*, me dije; y procuré saber por qué lado venía el sonido. Me hallaba entonces a varias millas de la orilla, en el Noroeste del lago; en seguida me dirigí con toda la velocidad posible en la dirección indicada, cuando de repente, en el momento en que la niebla empezaba a desaparecer, me encontré en presencia de dos osos, que se abalanzaron a mí. A pesar del peligro, la calma no me abandonó un solo instante, y merced a la rapidez de mi carrera, pude escapar; mas si me hubiera caído, estaba perdido sin remedio.

Y entonces, llevando aparte a Briant, le dijo en voz baja:

-Gracias, hermano; gracias por haberme permitido...

El jefe de la colonia le apretó la mano sin contestar.

Y luego, cuando Doniphan iba a pasar el umbral del *hall*, le dijo Briant:

-Te había prohibido alejarte, y ya ves cómo tu desobediencia ha podido ocasionar una gran desgracia. Sin embargo, aunque te hayas portado mal, Doniphan, debo darte las gracias por haber salvado a mi hermano, y te las doy de todo corazón.

-He cumplido con mi deber, y nada más, respondió con mucha frialdad aquel altanero muchacho, sin tocar siquiera la mano que Briant le había tendido.

XX

Una parada en la punta Sur del lago.

-Doniphan, Cross, Wilcox y Webb. -Separación.

-La región de los «Downs-lands.» -El

East-river. -Bajando a la orilla izquierda.

-Llegada a la embocadura.

Seis semanas después de estos acontecimientos, un día, a las cinco de la tarde, cuatro de los jóvenes colonos acababan de detenerse en la extremidad meridional de *Family-Lake*.

Era el 10 de Octubre. La influencia primaveral comenzaba ya a hacerse sentir. Los árboles empezaban a revestirse de tiernas hojas, y una agradable brisa rizaba ligeramente la superficie del lago, alumbrado aun por los últimos rayos del sol, que doraba la vasta llanura de *South-moors*. Numerosas bandadas de pájaros volvían gorjeando a buscar sus guaridas nocturnas en la enramada del bosque o en las grietas del acantilado. Sólo algunos árboles de hojas persistentes, como las encinas y los pinos, rompían la monótona aridez de aquella parte de la *isla Chairmán*. El marco vegetal del lago estaba truncado en dicho sitio, y para volver a encontrar la espesa cortina formada por los bosques, era menester recorrer algunos kilómetros por una u otra orilla.

En aquel momento, un buen fuego encendido al pie de un pino marítimo despedía un agradable olor, proveniente de los ánades que se asaban delante de un hogar colocado entre dos piedras. Después de cenar, cuatro valientes muchachos que allí estaban no tenían más que envolverse en sus mantas, y mientras que uno de ellos se quedaría velando, los otros tres se entregarían a las dulzuras del sueño.

Aquellos cuatro jóvenes eran Doniphan, Cross, Webb y Wilcox, y he aquí en qué circunstancias se habían separado de sus compañeros.

Durante las últimas semanas de este segundo invierno que los jóvenes colonos acababan de pasar en *French-den*, las relaciones se habían puesto muy tirantes entre Doniphan y el jefe de la colonia. Nuestros lectores no habrán olvidado con que despecho vio aquél la elección de su rival, y esto había sido causa de que su carácter se hiciera más irritable y más envidioso aun, no resignándose, sin gran trabajo, a someterse a la jefatura de Briant, y no resistiéndose muchas veces abiertamente a sus mandatos, por saber muy bien que la mayoría de sus compañeros no le habría apoyado. No obstante, en varias ocasiones manifestó tan mala voluntad, que Briant no había tenido más remedio que reprocharle su conducta. Desde los incidentes que ocurrieron el día en que patinaron en el lago, su insubordinación aumentó considerablemente, y Briant comprendió que iba a llegar el momento en que su vería obligado a castigar su rebeldía.

Hasta entonces, muy inquieto por lo que pasaba, Gordon había conseguido que Briant se contuviera; pero éste sentía que su paciencia se agotaba, y que

en pro del común interés, y para el mantenimiento del buen orden, un acto de autoridad se hacía necesario. En vano el americano amonestaba a Doniphan para atraerle a mejores sentimientos, pues nada adelantó, adquiriendo sólo la convicción de que si alguna vez tuvo algún ascendiente sobre aquel muchacho tan soberbio, lo había perdido enteramente, porque Doniphan no le perdonaba el haber hecho muchas veces causa común con su rival.

Esto tuvo por resultado destruir la concordia tan necesaria para la tranquilidad de los habitantes de *French-den*, notándose de tiempo atrás que existía así como una incomodidad moral, que hacía muy penosa la existencia.

Excepción hecha de las horas de la comida, Doniphan y sus parciales Cross, Webb y Wilcox, completamente dominados por él, hacían vida separada de los demás. Cuando el mal tiempo les impedía ir de caza, se reunían en un rincón del *hall*, hablando siempre en voz baja.

-Estoy cierto, dijo un día Briant al americano, de que traman alguna cosa.

-¡Pero no en contra tuya! respondió Gordon. ¡No será para ocupar tu puesto! ¡Doniphan no se

atreverá!... ¡Todos estamos contigo.. bien lo sabes tú, y él no lo ignora!...

-Es posible que piense en separarse de la colonia.

-Es de temer, Briant, y me parece que no tenemos derecho para impedirlo.

-¿Qué harán lejos de nosotros?

-Tal vez no traten de eso.

-Te equivocas, Gordon; y tanto es así, que he visto a Wilcox copiar el mapa del naufrago, y eso lo hace, de seguro, para llevárselo.

-¿Wilcox ha hecho eso?

-Sí, amigo mío; y en verdad, no sé si para que cesara este estado de cosas, valdría más que dimitiera mi cargo en favor tuyo o del mismo Doniphan... De este modo quitaría todo motivo de rivalidad...

-¡No, Briant! respondió el americano con energía. ¡No!... ¡Faltarías a tus deberes para con aquellos que te han elegido, y para contigo mismo!...

Pasaron los últimos fríos. En los primeros días de Octubre, el tiempo mejoró tanto, que las superficies del lago y del río se desheleron por completo, y entonces, en la velada del 9 del indicado mes, Doniphan dio a conocer la decisión que había

tomado de dejar la gruta con sus tres amigos Webb, Cross y Wilcox.

-¿Queréis abandonarnos? dijo Gordon.

-¿Abandonaros?... ¡No, Gordon! respondió Doniphan. Sólo hemos formado el proyecto de establecernos en otra parte de la isla.

-¿Y por qué? preguntó Baxter.

-Por una razón muy sencilla; porque decidimos vivir a nuestro antojo, y además, lo digo con toda franqueza, porque no queremos recibir órdenes de Briant.

-¿Qué tienes que reprocharme, Doniphan?

-Nada, sino que seas nuestro jefe, respondió este último. Lo ha sido ya un americano, ahora es un francés el que nos gobierna... Ya no falta más sino que nombren a Mokó...

-¿Hablas en serio? preguntó Gordon.

-Lo serio es, respondió Doniphan con altanería, que si place a nuestros compañeros tener por jefe a uno que no sea inglés, semejante cosa no acomoda ni a mis amigos ni a mí.



□ □ □ □ □

-Está bien, respondió Briant; sois libres, y podéis marchar y llevaros la parte de los objetos que os correspondan.

-Jamás hemos dudado de ello, Briant, y desde mañana abandonaremos vuestra compañía.



— Desolphus cruzó el río con el perro.

-¡Ojalá no tengáis que arrepentiros de vuestra determinación! añadió Gordon, comprendiendo que toda insistencia sería inútil.

He aquí el proyecto que Doniphan había resuelto poner en ejecución.

Cuando Briant hizo el relato de su excursión a la parte oriental de la isla, afirmó que la pequeña colonia hubiera podido instalarse allí en muy buenas condiciones, pues las rocas presentaban muchas grutas; los bosques confinaban con la playa, y el *East-river* abastecía aquella comarca de agua dulce y abundante. La caza de pelo y de pluma abundaba en sus orillas; en fin, la vida debía de ser allí por lo menos, tan cómoda como en *French-den*. Además, la distancia no era grande entro este punto y *Deception-bay* para impedir toda comunicación, en caso de absoluta necesidad.

Después de haber reflexionado seriamente en todas aquellas ventajas, Doniphan decidió a Wilcox, Webb y Cross para que fuesen a establecerse con él en el otro litoral de la isla.

El insurrecto, llamémoslo así, no se proponía atravesar el lago, sino seguir la orilla hasta la punta meridional, doblarla y remontarse por la parte opuesta hasta el *East-river*, explorando de paso una

comarca que no conocían, y continuar el curso del río hasta su embocadura. El camino era bastante largo, unas quince o dieciséis millas; pero sus compañeros y él lo recorrerían cazando, y de este modo Doniphan evitaba el embarque en la canoa, cuya maniobra exigía manos más expertas que las suyas. No quería llevarse más que el *balkett-boat*, o sea la barquita de goma, para atravesar los ríos que encontrasen en la parte oriental.

Esta primera expedición no tenía otro objeto que reconocer el litoral de *Deception-bay*, para escoger el sitio más conveniente en que fijarse de un modo definitivo; así es que no queriendo incomodarse llevando bagaje, no tomaron más que dos escopetas, cuatro revólvers, dos hachas, municiones en cantidad suficiente, cañas de pescar, mantas de viaje, una brújula de bolsillo, la canoa de cautchuc y algunas conservas, porque no dudaban que la caza les daría lo suficiente para alimentarse durante una excursión que no duraría más que seis o siete días, dejando para cuando volvieran a *French-den*, después de haber hallado una vivienda a su gusto, el recoger los objetos que les pertenecían y conducirlos en el carro.

Cuando Gordon, o algunos otros de sus compañeros, fueran a visitarles, se les haría buena acogida; pero en cuanto a participar de la vida común en las condiciones actuales, estaban decididos a no consentirlo jamás.

Al amanecer del día siguiente, en que participaron al jefe de la colonia su determinación; Doniphan, Cross, Wilcox y Webb se despidieron, mostrándose muy tristes por aquella despedida los que quedaban en *French-den*. Doniphan y sus amigos estaban tal vez más conmovidos de lo que aparentaban, aunque muy decididos a realizar su proyecto, en el que la terquedad tenía mucha parte. Después de atravesar el río *Zealand* en la canoa, que Mokó volvió otra vez al lado del dique, se alejaron sin apresurarse demasiado, examinando aquella parte inferior de *Family-Lake*, que se estrechaba poco a poco, formando punta; y también la inmensa llanura de *South-moors*, de la que no se veía el fin ni al Sur ni al Este.

Doniphan mató algunas aves; pero comprendiendo que no debía desperdiciar las municiones, se contentó con lo necesario para el alimento del día.

El cielo estaba cubierto, pero sin amenaza de lluvia, y la brisa parecía estar fija al Nordeste. Durante aquel día, los cuatro muchachos recorrieron apenas cinco o seis millas, y llegando a las cinco de la tarde a la extremidad del lago, se detuvieron allí para pasar la noche.

Tales son los acontecimientos que tuvieron lugar en *French-den* desde los últimos días de Agosto hasta el 11 de Octubre.

Doniphan, Cross, Wilcox y Webb estaban ahora lejos de sus compañeros, de los que ninguna consideración hubiera debido separarlos. ¿Hallábanse aislados ya? ¡Tal vez sí!

Pero decididos a realizar su proyecto hasta el fin, no pensaban sino en crearse una nueva existencia en algún otro punto de la isla *Chairmán*.

Después de una noche bastante fría, que pudieron soportar merced a una buena lumbre, se dispusieron a partir. La punta meridional de *Family-Lake* presentaba un ángulo muy agudo en la unión de ambas orillas, de las que la de la derecha se dirigía casi en rumbo recto hacia el Norte. En la parte oriental la comarca aparecía pantanosa, aun cuando el agua no inundaba el suelo, algunos pies más alto que el nivel del lago. Algunas tumescencias

cubiertas de hierba y sombreadas por árboles raquíticos, eran los únicos accidentes que presentaba aquella región, a que Doniphan dio el nombre de *Downs-lands*, o sea tierra de las dunas; pero no queriendo aventurarse a través de lo desconocido, resolvió seguir la orilla hasta llegar al *East-river* y continuar después por el mismo camino que recorriera en otro tiempo Briant, proponiéndose explorar después la región de *Downs-lands* hasta la costa.

Sus compañeros y él discutieron este proyecto antes de ponerse en marcha.

-Si las distancias están exactamente marcadas en el mapa, dijo Doniphan, debemos hallar el *East-river* a unas siete millas de la punta del lago, y podremos estar allí esta noche sin cansarnos demasiado.

-¿Y por qué no acortamos la distancia, dirigiéndonos hacia el Nordeste, a fin de llegar precisamente a la embocadura?

-En efecto; eso nos ahorraría lo menos la tercera parte del camino, añadió Webb.

-Sin duda, respondió Doniphan; pero no me parece prudente aventurarnos por sitios desconocidos, a trueque de tener que retroceder después, mientras que, siguiendo la orilla del lago, es

muy probable que ningún obstáculo nos impida llegar al río.

-Y además, añadió Cross, tenemos interés en explorar el curso del *East-river*.

-Nos interesa en gran manera, replicó Doniphan, pues ese río establece una comunicación directa entre la costa y el lago, y además, siguiendo aquella ruta, tendremos ocasión de visitar también la parte del bosque que atraviesa.

Dicho esto, se pusieron en marcha a buen paso. Una estrecha calzada, tres o cuatro pies más alta que el lago, lo dominaba a la izquierda, mientras que la llanura de las dunas se extendían hacia la derecha. El suelo, que subía de una manera bastante sensible, permitía suponer que el aspecto de aquella región variaría completamente algunas millas más allá.

Y así sucedió.

A eso de la una, Doniphan y sus amigos se detuvieron para almorzar en el borde de una pequeña ensenada, sombreada por algunas hayas. Desde allí, y hasta donde alcanzaba la vista, no se divisaba más que una masa confusa de árboles que ocultaban el horizonte.

Un aguti, que Wilcox mató aquella mañana, hizo los gastos del almuerzo, que Cross, especialmente

encargado de llenar las funciones de Mokó, preparó lo mejor que pudo, y apenas concluyeron de almorzar, los cuatro muchachos se volvieron a poner en marcha, siguiendo siempre la orilla de *Family-Lake*.

El bosque, cuyo límite era el lago, tenía poco más o menos las mismas especies de árboles que *Traps-woods*, habiendo en éste más pinos y encinas que abedules y hayas; pero todos eran soberbios por sus dimensiones.

Doniphan notó también, con gran satisfacción, que la fauna era tan variada como en la parte occidental, pues vio varios guanacos, vicuñas y una bandada de ñandúes, que huyeron a toda prisa, después de haber apagado su sed. Las liebres maras, *los tucutucos*, *los pécaris* y la caza de pluma pululaban en los matorrales.

A las seis de la tarde hicieron alto en un sitio en que la orilla estaba cortada por una corriente que servía de desagüe al lago; era el *East-river*, río de que ya hemos hablado, y que no les fue difícil reconocer, porque Doniphan descubrió debajo de un grupo de árboles, en el fondo de una estrecha caleta, huellas recientes de un campamento, es decir, las cenizas de un hogar.

Allí fue donde Briant, Santiago y Mokó habían pasado la primera noche de su expedición a *Deception-bay*.

Doniphan y sus amigos acamparon, pues, en el mismo sitio, y durmieron debajo de los mismos árboles que habían servido de abrigo a aquellos.

Ocho meses antes, cuando Briant se detuvo en aquel lugar, estaba muy lejos de pensar que cuatro de sus compañeros vendrían allí a su vez con la intención de vivir separados de los demás, en aquella parte de la isla *Chairmán*.

Y tal vez Cross, Wilcox y Webb, viéndose lejos de la abrigada mansión de *French-den*, sintieron algún pesar por haber cometido semejante calaverada; pero su suerte estaba ahora ligada a la de Doniphan, y éste tenía demasiada vanidad para reconocer sus culpas, excesiva terquedad para renunciar a sus proyectos, y gran envidia para consentir en doblegarse ante su rival.

Al amanecer, el cabecilla propuso atravesar inmediatamente el *East-river*.

-Necesitarnos hacerlo, dijo; hagámoslo, pues, ahora, y caminando con ligereza llegaremos antes de concluir el día a su embocadura, que no dista de aquí más de cinco o seis millas.

-Luego, dijo Cross, como en aquella orilla fue donde Mokó hizo provisión de piñones, los cogeremos nosotros también, pues son muy sabrosos.

Desdoblaron el *halkett-boat*. Y puesto en el agua, Doniphan atravesó el río. Una cuerda atada en la popa, y que Wilcox sostenía por la punta, sirvió para atraerlo otra vez, y así pasaron todos a la orilla opuesta.

Después de esto, Wilcox se echó el barquichuelo a la espalda, y emprendieron otra vez la marcha, que no dejó de ser bastante penosa, a causa de la altura de las hierbas, de los árboles derribados por los huracanes y de los muchos charcos que tuvieron que rodear. Doniphan hizo notar a sus amigos que el náufrago francés no había dejado huella alguna de su paso en aquella parte de la isla, como lo hizo en los bosques de *Traps-woods*; y sin embargo, no era dudoso que la había explorado, puesto que el mapa de Francisco Baudoín indicaba con toda exactitud el curso del *East-river*.

A las doce se detuvieron para almorzar en el sitio precisamente en donde se hallaban los piñones. Cross cogió cierta cantidad de aquella fruta, que les sirvió de postre, y después continuaron su marcha

durante un espacio de dos millas, no sin luchar con las penosas dificultades que les ofrecía la espesura del matorral, haciéndoles detener a cada paso.

Tanta demora fue causa de que nuestros jóvenes no llegasen hasta el anochecer al límite del bosque; y como la oscuridad no permitía reconocer el litoral, decidieron pernoctar en aquel sitio, desde donde se oía perfectamente el mugido de las olas.

Como es consiguiente, organizaron el campamento, y algunos pájaros asados les sirvieron de comida, o más bien docena, si tenemos en cuenta lo avanzado de la hora, acostándose en seguida, habiendo antes convenido, por prudencia, alimentar el fuego durante toda la noche, quedando Doniphan encargado de aquel cuidado durante las primeras horas, siendo relevado después por otro y otro hasta el amanecer.

Wilcox, Cross y Webb, tendidos debajo del ramaje de un enorme pino, y muy cansados por la marcha de aquel día, se durmieron inmediatamente.

Mucho trabajo lo costó a Doniphan luchar con el sueño; pero, sin embargo, resistió, y cuando llegó el momento de su relevo, sus compañeros disfrutaban de un reposo tan dulce, que no quiso despertar a ninguno; y como en el bosque reinaba

una tranquilidad tan perfecta que permitía gozar allí de tanta seguridad como en *French-den*, después de echar algunas brazadas de leña en el hogar, Doniphan se tendió al pie del árbol, cerró en seguida los ojos, y, durmiéndose, no los volvió a abrir hasta el momento en que el sol subía majestuosamente por el vasto horizonte del mar.

XXI

**«Exploración de «Deception-bay». -«Bear-rock harbour.» - Proyectos de vuelta a «French-den.»
-Reconocimiento por el Norte de la isla. -El
«North-creek.» -Espantosa borrasca. -Noche de
alucinaciones. -Al amanecer.**

El principal cuidado de nuestros muchachos cuando se levantaron, fue el de bajar por la corriente del agua hasta la embocadura del río, y cuando llegaron no pudieron menos de mirar con avidez aquel mar que veían por primera vez.

Estaba desierto.

-Y sin embargo, dijo Don han, si, como todo lo hace creer, la *isla Chairmán* no se halla lejos del

continente americano, las naves que salen del estrecho de Magallanes yendo hacia los puertos de Chile y del Perú tienen que correrse al Oriente, y he aquí una razón más para que vivamos en esta costa, que si bien ha recibido de Briant el nombre de *Deception-bay*, espero que no justificará por mucho tiempo una denominación de tan mal agüero.

Aun cuando Doniphan, al hablar de tal modo, procuraba quizás dar una disculpa o a lo menos un pretexto por haberse separado de sus compañeros de *French-den*, a verdad es que, bien considerado, tenía razón al decir que era probable el paso de algún buque por aquella parte del Pacífico al oriente de la *isla Chairmán*, para arribar a los puertos de la América del Sur.

Doniphan observó el horizonte con el anteojo, visitó después la embocadura del *East-river* y vio, como lo había visto Briant, que la Naturaleza había formado allí un puertecito, en el que cualquier buque podía estar al abrigo del viento y del embate de las olas. Si el *Sloughi* hubiese arribado a aquella parte de la *isla Chairmán*, hubiera sido fácil impedir que encajara y conservarle intacto para utilizarlo en ocasión propicia.

Detrás de las rocas que formaban el puerto se agrupaban los primeros árboles del bosque, que se extendían, no sólo hasta el lago, sino también en dirección al Norte, en donde la mirada no distinguía otra cosa que un horizonte de verdura. En cuanto a las aberturas o grutas de las masas graníticas del litoral, Briant no había exagerado, y, por lo tanto, no tenían más que escoger; así es que Doniphan, encontrando prudente no alejarse mucho del río, se decidió por una, que además era tan abrigada, por lo menos, como *French-den*, con la ventaja de que tenía más amplitud, pues comprendiendo una serie de concavidades anejas, se podrían hacer habitaciones separadas, destinadas a varios usos y servicios.

Aquel día fue empleado en explorar la costa en una extensión de dos millas. Doniphan y Cross mataron algunos *tinamous*, mientras que Wilcox y Webb pescaban en el *East-river*, cerca de su embocadura, en donde cogieron media docena de peces y algunos mariscos que abundaban entre las rocas. No les faltarían pues, variados alimentos en su nueva morada.

Nuestros lectores no habrán olvidado que en su excursión a la embocadura del río, Briant había subido a una altísima roca, que presentaba la forma

de un oso gigantesco. Doniphan se admiró de aquella singular hechura, y como toma de posesión bautizó el puertecito dominado por aquella enorme piedra con el nombre de *Bear-rock-harbour*, o esa puerto de la roca del oso, que figura ahora en el mapa de la *isla Chairmán*.

Doniphan y Wilcox subieron por la tarde a *Bear-rock* para examinar detenidamente la bahía; pero nada extraordinario vieron, ni tierra, ni buque, ni siquiera aquella mancha blancuzca de que había hablado Briant.

Comieron al anochecer debajo de un magnífico grupo de árboles, cuyas ramas caían sobre el río, y después trataron de esta cuestión: ¿Convenía volver inmediatamente a *French-den* para traer los objetos necesarios a su instalación definitiva en la gruta de *Bear-rock*?

-Me parece, dijo Webb, que no debemos retrasarnos, porque si volvemos por el Sur del lago, necesitamos algunos días.

-Pero, replicó Wilcox, cuando volvamos aquí, ¿no sería mejor atravesar el lago y seguir el curso del río? Lo que Briant ha hecho, ¿por qué no lo haríamos nosotros?

-Ganaríamos tiempo y nos ahorraríamos mucha fatiga, añadió Webb.

-¿Qué te parece, Doniphan? Preguntó Cross.

Doniphan reflexionaba sobre aquella proposición, que ofrecía grandes ventajas.

-Tienes razón, Wilcox, respondió; embarcándose en la canoa gobernada por Mokó...

- Si el grumete consiente en ello, replicó Webb con tono de duda.

-¿Y por qué no había de consentir? repuso Doniphan. ¿No tengo yo tanto derecho en mandarle como Briant? Además, no se trata de otra cosa sino de que nos guíe por el lago...

-¡Será preciso que obedezca! exclamó Cross; porque si nos viésemos obligados a transportar por tierra todo nuestro material, no acabaríamos nunca, y además el carro no puede atravesar el bosque; es necesario, pues, servirnos de la canoa...

-¿Y si rehusan dárnosla? repuso Webb

-¡Rehusar! exclamó Doniphan. ¿Quién puede rehusárnosla?

-Briant. ¿No es el jefe de la colonia?

-¡Él rehusar! repitió Doniphan. ¿Aquella embarcación es acaso más suya que nuestra?... Si Briant se permitiera negármela...

Doniphan no acabó su pensamiento; pero bien se veía que ni sobre este punto ni sobre cualquier otro el imperioso muchacho se sometería jamás a los consejos de su rival; mas, como dijo muy bien Webb, era inútil discutir esta cuestión, siendo su parecer que Briant les facilitaría todos los medios necesarios para que es instalasen en *Bear-rock*, y, por lo tanto, lo que había que hacer era decidir si volverían en seguida a *French-den*.

-Me parece lo más acertado, dijo Cross.

-Entonces, mañana mismo.

-No, respondió Doniphan. Antes de partir quisiera reconocer la parte Norte de la isla. En cuarenta y ocho horas podemos estar de vuelta aquí. ¡Quién sabe si no hay en aquella dirección alguna tierra que el náufrago francés no haya podido ver, y que, por tanto, no figura en el mapa! Sería poco razonable instalarse aquí sin saber a qué atenerse en esto punto.

Doniphan tenía razón, y aun cuando este proyecto ocasionaba un retraso de dos o tres días, se decidió que se pondría en ejecución sin más tardanza.

Al día siguiente, 14 de Octubre, los cuatro muchachos partieron al amanecer, y tomaron el rumbo Norte, siguiendo el contorno del litoral.



Donjón y sus salgas abstrusas de la diosa

En una extensión de tres millas, las rocas se desarrollaban entre el bosque y el mar, no teniendo en su base más que una playa arenosa de unos cien pies de ancho.

A las doce, Doniphan y sus compañeros hicieron alto para almorzar, dejando detrás de sí la última roca.

En aquel sitio encontraron una cueva corriente de agua que desembocaba en la bahía; pero observado su curso Sudeste y Nordeste, daba lugar a suponer que no salía del lago, como *East-river*. Dicha corriente, que iba a parar a una estrecha ensenada, salía después de ella, atravesando la región superior de la isla. Doniphan la llamó *North-creek*, esto es, arroyuelo del Norte, porque en realidad no merecía otro calificativo.

Sin titubear lo atravesaron en el barquichuelo de goma, y no tuvieron después más que costear el bosque, cuyo límite era la orilla izquierda.

Poco después de ponerse nuevamente en marcha, se oyeron dos detonaciones.

Eran dos tiros disparados por Doniphan y Cross en las circunstancias siguientes:

Eran las tres de la tarde; siguiendo los expedicionarios el curso del *North-creek*, se habían corrido hacia Noroeste más de lo que convenía, puesto que querían llegar a la costa septentrional, se disponían a variar de rumbo, cuando Cross detuvo a Doniphan exclamando:

-¡Mira!... ¡Mira allí!...

Y señalaba una enorme masa de un rojo oscuro que se agitaba entre las altas hierbas y por entre los juncos de la orilla del riachuelo y por debajo de las ramas de los árboles, que se inclinaban hasta el agua.

Doniphan hizo señas a Wilcox y Webb de que no se moviesen, y seguido de Cross, con la escopeta preparada, se deslizaron sin hacer ruido hacia aquella enorme masa.

Era un animal de gran tamaño, que se hubiera parecido a un rinoceronte si su cabeza hubiera tenido cuernos, y si su labio inferior fuera más prolongado.

Un instante después, sonó un tiro, y en seguida otro; Doniphan y Cross habían descargado casi a un tiempo sus escopetas; pero como se hallaban a una distancia de ciento cincuenta pies, el plomo no produjo ningún efecto en la dura piel de aquel animal que, saltando al ribazo, desapareció en el bosque.

Pero Doniphan, que había tenido tiempo bastante para observarlo, conoció que era un anfibio completamente inofensivo; un *anta*, animal que suele encontrarse a veces en las cercanías de los ríos del Sur de América.

En aquel lado de la isla *Chairmán*, la vegetación se desarrollaba de un modo asombroso; los árboles estaban de tal manera apiñados, que no dejaban penetrar ni un rayo de sol a través de su fronda, y como las hayas se encontraban allí por millares, aquel sitio recibió el nombre de *Breechs-forest* (bosque de hayas).

Durante aquel día anduvieron nueve millas, quedándoles otro tanto para alcanzar el Norte de la isla, adonde llegarían al siguiente día.

Al amanecer, volvieron a ponerse en camino, pues como el tiempo amenazaba variar, tenían necesidad de apresurar su marcha. El aire del Poniente soplaba con violencia, y las nubes, aunque sostenidas en una zona bastante elevada para esperar que no se resolvieran tan pronto en agua, indicaban una próxima tormenta; pero como arrostrar el viento, aun muy fuerte, no era gran cosa para unos muchachos ya acostumbrados a hacer frente a los temporales más duros, apretaron el paso, no sin luchar contra la borrasca, que les cogía de lado.

Aquella jornada fue muy penosa, y era de temer que la noche fuera peor que el día.

En efecto, a eso de las cinco de la tarde el ruido del trueno se dejó oír en medio del fulgor de los relámpagos.

Doniphan y sus compañeros no retrocedieron; la idea de que se aproximaban al Norte les alentaba y como el bosque seguía siempre muy frondoso, tendrían el recurso de guarecerse debajo de los árboles para resguardarse de la lluvia; pero el viento se desencadenaba con demasiado empuje para que lloviera, y además la costa no debía de estar lejos ya.

Hacia las ocho, el mugido de la resaca, ese ruido que no se confunde con ningún otro, llegó a los oídos de nuestros jóvenes, indicándoles la presencia de un banco de arrecifes en aquella parte de la isla.

El cielo, velado ya por espesos vapores, se oscurecía poco a poco, y era menester que se apresuraran si habían de aprovechar los últimos rayos de luz en mirar el mar a lo lejos. Mas allá de los árboles se hallaba una playa de un cuarto de milla de ancho, en la que las espumosas olas saltaban después de chocar contra los arrecifes del Norte.

Los jóvenes, aunque muy cansados, tuvieron todavía bastante ánimo para echar a correr, pues querían, por lo menos, echar una ojeada por aquella parte del Pacífico antes de que faltase por completo

la luz. ¿Sería un mar, o tan sólo un estrecho canal que separaba aquella costa de un continente o de una isla?

De repente, Wilcox, que marchaba a algunos pasos delante de los demás, se paró, señalando una mata negruzca que se veía en la orilla de la playa. ¿Tendrían que habérselas con algún monstruo marino, o tal vez con alguna ballena o ballenato encallado en la arena?

Era una embarcación, acostada por la banda de estribor; y más allá, en la orilla de la playa, Wilcox vio dos cuerpos humanos, echados en la arena a pocos pasos de la tumbada nave.

De pronto, nuestros jóvenes cambiaron la dirección de su carrera, y emprendieron la marcha hacia el punto de la playa en donde se hallaban aquellos cuerpos tendidos en la arena, y cadáveres tal vez.

Llegaron; mas sobrecogidos de espanto, y no pensando siquiera en que aquellos desgraciados podían conservar todavía un resto de vida, ni en que importaba prodigarles cuidados inmediatos, volviéronse precipitadamente a buscar un refugio debajo de los árboles.

La noche se presentó oscura, y los relámpagos que la alumbraban de cuando en cuando no tardaron en apagarse también. En medio de aquellas profundas tinieblas, el viento rugía, mezclándose con el ruido de las olas al estrellarse contra los arrecifes.

¡Qué tempestad tan horrible! Los árboles crujían por todas partes, no sin peligro para los que se resguardaban debajo de sus ramas; pero era imposible acampar en la playa, pues la arena, levantada por el viento, azotaba la cara como si fuera metralla.

Durante toda la noche, Doniphan y sus amigos permanecieron en el mismo sitio, sin poder cerrar los ojos, sufriendo cruelmente con el frío, pues no habían podido encender lumbre en atención a que se hubiera esparcido en seguida a diestra y siniestra, con peligro de incendiar las ramas muertas amontonadas en el suelo.

Y luego, la emoción los tenía desvelados. ¿De dónde vendría aquella barca?... Y esos naufragos, ¿a qué nación pertenecerían?... ¿Habría alguna tierra en las cercanías, puesto que una embarcación había abordado a la isla? ¿Provendría tal vez de algún

buque grande que se perdiera en lo más fuerte de la borrasca?

Aquellas preguntas eran tan naturales, como admisibles estas hipótesis, que Doniphan y Wilcox, apretados uno contra el otro, efecto de haberse sobrecogido de estupor, se comunicaban en voz baja.

La situación de ánimo de nuestros jóvenes era penosa, y además sus cerebros, exaltados, padecían grandes alucinaciones; se les figuraba oír gritos lejanos, y cuando el aire cedía algunos instantes, escuchaban con atención, preguntándose si otros náufragos no estaban errantes por la playa. ¡No! Era una ilusión de sus sentidos. Nada se oía, aparte de los mugidos de la violenta tempestad.

Ya repuestos un poco de la excitación que sufrieran, y más en calma, se arrepintieron de haber cedido al primer movimiento de espanto, y querían volver a la playa; pero se encontraron faltos de la fuerza moral y física necesaria. Ellos que, entregados a sí mismos desde hacía tanto tiempo, se creían hombres, comprendían en aquel instante que no eran más que niños en presencia de los primeros seres humanos que hallaron desde el naufragio del *Sloughi*.

Pero al fin, recuperada por completo la tranquilidad de espíritu, reflexionaron que, a pesar de todo, tenían un deber que cumplir. Al amanecer volverían a la playa, abrirían una fosa en la arena y darían sepultura a los dos cadáveres, después de rezar por el descanso de sus almas.

¡Qué interminable les pareció la noche! Les parecía que el alba no llegaría nunca para disipar sus horrores. ¡Si siquiera hubieran podido darse cuenta del tiempo consultando sus relojes!... pero fue imposible encender una cerilla, aun resguardándola con las mantas.

Wilcox tuvo la idea de recurrir a un medio muy sencillo para saber la hora. Se había fijado muchas veces en que dando cuerda a su reloj, el *remontoir* daba doce vueltas por las veinticuatro horas, o sea una vuelta para cada dos horas. Había dado cuerda a las ocho; bastábale, pues, contar el número de vueltas que quedaban, para saber las horas que habían transcurrido. Cogió su reloj, y no teniendo que dar más que cuatro vueltas para que tuviera toda la cuerda, comprendió que debían de ser las cuatro de la madrugada, y que, por consiguiente, el día no tardaría en aparecer.

En efecto; poco después los primeros albores de la mañana se dejaron ver por el Oriente. La borrasca no se había calmado, y como las nubes bajaban hacia el mar, la lluvia les alcanzaría antes de que pudieran llegar a *Bear-rock*.

Esto les contrarió bastante; pero como tenían que cumplir con su deber para con los náufragos, apenas hubo alguna claridad, se dirigieron hacia la playa, luchando contra el empuje del vendaval.

La embarcación estaba encallada cerca de una pequeña duna; mas los dos cuerpos que habían visto tendidos y con aspecto cadavérico, ya no estaban allí...

Doniphan y Wilcox examinaron el circuito; pero... nada, ni siquiera las huellas.

-¡Esos desgraciados, exclamó Wilcox, debían de estar vivos, puesto que han podido levantarse!...

-¿En dónde estarán? preguntó Cross.

-¿En dónde estarán, dices? respondió Doniphan señalando el mar. ¡Pues allí, adonde seguramente la marea baja los ha arrastrado! Y este último se corrió hasta los arrecifes para mirar con su antejo la superficie de las aguas.

No vio nada.

Los cuerpos de los náufragos habían sido acaso sepultados en el líquido y revuelto elemento.

Doniphan entonces se reunió con sus amigos, que estaban al lado de la abandonada chalupa.

Tal vez encontrarían allí alguno que sobreviviera a la catástrofe.

La embarcación estaba vacía.

Era una chalupa de buque mercante, con un puente en la proa, cuya eslora contaba unos treinta pies. No se hallaba ya en estado de navegar; la obra muerta de estribor había sido hundida hasta la línea de flotación, efecto de los choques que sufriera al encallarse. Un trozo de mástil, roto en su base, algunos pedazos de vela enganchados acá y acullá, y restos de cuerdas era todo cuanto quedaba de sus aparejos. No hallaron ni provisiones, ni utensilios, ni armas. ¡Nada en los cofres, nada en ninguna parte!

En la popa, dos nombres indicaban a qué buque había pertenecido, y cuál era su procedencia:

SEVERN-SAN FRANCISCO

¡San Francisco! ¡Uno de los puertos del litoral de California!...

El barco era de nacionalidad americana.

La costa sobre la que los náufragos del *Severn* habían sido arrojados por la tempestad, no tenía más que el mar por horizonte.

XXII

**Una idea de Briant. -Alegría de los pequeños.
-Construcción de una cometa. -Experiencia interrumpida. -Kate. -Los supervivientes del «Severn.» -Peligros que corren Doniphan y sus compañeros. -Abnegación de Briant. -Todos reunidos. -La situación tal cual es. -Precauciones tomadas. -Modificación en la vida. -El árbol «vaca.»**

Desde la partida de los colonos insurrectos la tristeza se apoderó de los demás compañeros, pues todos vieron con grandísimo pesar aquella separación, cuyas consecuencias podían ser muy graves en lo porvenir. Seguramente que Briant no tenía nada que echarse en cara; pero su pena era cada vez mayor, por ser su jefatura la causa de aquella escisión.

En vano Gordon procuraba consolarle, diciéndole:

-¡Ya volverán, Briant, y más pronto de lo que ellos creen! Por más terco que sea Doniphan, las circunstancias podrán más que él. Apostaría cualquier cosa a que antes de los fuertes fríos estarán de vuelta en *French-den*.



En el interior de las montañas.

Briant sacudió la cabeza, no atreviéndose a contestar. Era posible que alguna circunstancia los reuniera otra vez; pero conociendo el carácter de Doniphan, tenía que ser muy grave la situación para verse obligado a regresar.

«Antes de los fuertes fríos,» había dicho Gordon. ¿Estarían, pues, condenados los jóvenes colonos a pasar un tercer invierno aun en la isla *Chairmán*? ¿No recibirían ningún socorro antes de la indicada época? ¿Tan así había que admitir que aquellos parajes del Pacífico no serían frecuentados por ningún buque, ni siquiera mercante, que llegara a ver el mástil y la bandera colocados en la cresta de *Auckland-bill*?

Ciertamente que aquella señal, izada sólo a doscientos pies de altura sobre el nivel de la isla, no podía ser vista desde muy lejos; así que, después de ensayar, pero en vano, con Baxter, formar el plano de una embarcación capaz de resistir el embate de las olas, Briant tuvo la ocurrencia de construir una cometa enorme.

-No nos faltan ni cuerdas ni tela, dijo; y dando a aquel aparato dimensiones suficientes, podría sostenerse en una zona bastante elevada de mil pies tal vez.

-Menos los días en que falte el aire, replicó Baxter.

-Son muy raros, respondió Briant, y en los tiempos de completa calma la recogeremos; pero, salvo en ese caso, nos serviría, pues fijada en el suelo por el extremo de la cuerda, seguiría por sí misma los cambios de la brisa, sin necesidad de ocuparnos de su dirección.

-Hagamos el ensayo, dijo Baxter.

-Además, repuso Briant, si fuera visible de día a una gran distancia, podría serlo también de noche atando en su rabo uno de los faroles que poseemos.

La idea de Briant no dejaba de ser practicable, y en cuanto a su ejecución, no ofrecía ninguna dificultad para muchachos que se habían divertido muchas veces en lanzar cometas al espacio en las praderas de Nueva Zelandia.

Cuando el proyecto de Briant fue conocido de los pequeños, su alegría no tuvo límites. Jenkins, Iverson, Dole y Costar tomaron la cosa como una diversión, regocijándose con el pensamiento de que subiría más alto de lo que podían imaginar, prometiéndose gran distracción con ella.

-¡Le pondréis una cola muy larga! decía uno.

-¡Y grandes orejas! añadía otro.

-Habrá que pintar en ella un polichenela, que bailará bien allá arriba.

-Y lanzaremos otras pequeñas en su busca.

Cierto es que lo que aquellos niños consideraban como una diversión, encerraba una idea muy seria, y que podía producir los mejores resultados.

Baxter y Briant pusieron manos a la obra dos días después de la marcha de Doniphan y de sus amigos.

-¡Cómo abrirán los ojos, exclamó Service cuando vean aquella máquina en el aire! ¡Es una lástima que mis Robinsones no hayan tenido jamás semejante idea!

-¿Se verá de todos los puntos de nuestra isla? preguntó Garnett.

-Y de mucho más lejos aun, respondió Briant.

-¿La verán desde Auckland? dijo Dole.

-¡Ay, no! respondió Briant sonriendo; pero Doniphan y los demás sí, y tal vez esto los decida a volver.

Como se ve, el buen muchacho no tenía más pensamiento fijo que el de los ausentes, ni más deseo que uno: el de que esta funesta separación acabara pronto.

Aquel día y los siguientes se emplearon en la construcción de la cometa, a la que Baxter dio una forma octógona. La armadura, ligera y resistente, se hizo con una especie de caña, muy a propósito para el caso, que crecía a orillas del lago cubriéndola con una tela delgada, impregnada de cautchuc, que servía para cubrir las claraboyas del *Sloughi*; telas tan impermeables que ni siquiera el aire podía pasar a través de su tejido. En cuanto a la cuerda, se buscaría una muy fuerte y bien retorcida, de unos dos mil pies de largo y capaz de resistir una gran tensión.

No tenemos por qué decir que aquel aparato se adornaría con una magnífica cola, destinada a mantenerlo en equilibrio cuando alguna capa de aire le inclinara a uno u otro costado.

Aquella cometa estaba tan bien construida, que hubiera podido, sin demasiado peligro, elevar con ella a cualquiera de los colonos; pero no se trataba de eso, y bastaba que fuera bastante sólida para resistir a las frescas brisas, bastante grande para alcanzar cierta altura, y que se viera en un radio de cincuenta o sesenta millas.

Nuestros lectores comprenderán fácilmente que esta cometa no podía ser sostenida por las manos de

ninguno de nuestros jóvenes, pues hubiera arrastrado a todos ellos juntos. La cuerda se enrollaría en una de las cabrias del *schooner*, que se fijaría con mucha fuerza en el suelo de *Sport-terrace*, para que pudiera resistirla tracción del *Gigante de los aires*, nombre que se dio a la cometa, y que los niños admitieron con gran algazara.

Aquella tarea se acabó el 15 de octubre por la tarde, y Briant dejó para el día siguiente la operación de remontarla, en presencia de todos sus compañeros; mas no fue posible proceder a la experiencia, porque, habiéndose desencadenado una violenta tormenta, fue preciso esperar a que abonanzara el tiempo.

Era la misma tempestad que tan mala noche hizo pasar a Doniphan y a sus amigos en la parte septentrional da la isla, y que también hizo romper la chalupa de los náufragos americanos contra los arrecifes de aquella costa, a los que bautizaron más tarde con el nombra de *Severn-shores*, escollos del *Severn*.

El 16 de Octubre, aun cuando hubo alguna más calma, la brisa era todavía demasiado violenta para que Briant se atreviera a lanzar su aparato aéreo. Por la tarde el tiempo se modificó en sentido favorable,

y nuestros colonos convinieron en que aquella experiencia tendría lugar al siguiente día, fecha que iba a tener mucha importancia en los anales de la isla *Chairmán*.

A pesar de que era viernes, Briant, dejando a un lado todas esas preocupaciones, no quiso retrasar mas la operación de remontar la cometa, pues soplaba una ligera brisa, constante y suave, muy conveniente para que sostuviera a gran altura, proponiéndose bajarla al anochecer, a fin de atarle un farol en la cola, cuya luz quedaría visible toda la noche.

La mañana fue consagrada a los últimos preparativos, que duraron hasta una hora después que acostumbraban a almorzar, en cuyo instante se reunieron todos en *Sport-terrace*.

-¡Qué buena idea ha tenido Briant! repetían sin cesar los pequeños dando palmadas.

Era la una y media.

El aparato, tendido en el suelo, con su largo rabo desplegado, iba a ser entregado a la acción de la brisa, no esperando más que una señal de Briant; pero éste mandó suspender la maniobra.



La selección sobre Yoda.

La causa de aquella orden fue la extraña conducta de *Phann*, que llamó la atención del jefe de la colonia. El inteligente animal iba precipitadamente hacia el bosque, lanzando tan quejumbrosos ladridos, que en verdad no podían menos de sorprender a los colonos.

-¿Qué tiene *Phann*? preguntó Briant.

-Habrá olfateado alguna fiera debajo de los árboles, respondió el americano.

-¡No puede ser eso, pues ladraría de otro modo!...

-¡Vamos a verlo! exclamó Service.

-¡Pero no sin armas! respondió Briant.

Service y Santiago entraron en la gruta, saliendo a poco rato cada cual con una escopeta cargada.

-Venid, dijo Briant.

Y los tres, acompañados de Gordon, se dirigieron hacia la orilla de *Traps-woods*; no se veía a *Phann*, mas se le oía siempre. Briant y sus compañeros andarían apenas cincuenta pasos, cuando vieron al perro parado delante de un árbol, en cuyo pie yacía una forma humana.

¡Era una mujer tendida allí, inmóvil y muerta al parecer! Una mujer, cuyo traje era de tela bastante basta, y pañuelo de lana oscura atado a la cintura; sus ropas estaban todavía en buen estado, y aun cuando aquella desgraciada no representaba más de cuarenta o cuarenta y cinco años, y se dejaba ver que era de constitución robusta, su cara presentaba las huellas de grandes sufrimientos. Agotadas sus fuerzas, y tal vez hambrienta, había perdido el conocimiento, pues

se notaba que un ligero soplo pasaba por sus labios entreabiertos.

¡Juzguen nuestros lectores cual no sería la emoción que experimentaron los jóvenes colonos en presencia de la primera criatura humana que se presentaba a su vista desde su llegada a la *isla Chairmán!*



Basler y Helant en preparación de un campamento.

-¡Respira!... ¡Respira!... exclamó Gordon. Es sin duda el hambre y la sed...

En seguida Santiago echó a correr y trajo un poco de galleta y un frasquito de *brandy*.

Entonces Briant, inclinándose hacia aquella pobre mujer, entreabrió sus labios y llegó por fin a introducir en su boca algunas gotas del fortificante licor.

La mujer hizo un movimiento; sus párpados se levantaron; su mirada se animó a la vista de aquellos muchachos reunidos en torno suyo... y luego llevó con avidez a su boca el trozo de galleta que le presentaba Santiago.

Era evidente que la infeliz se estaba muriendo de necesidad y de fatiga.

Pero ¿quién era aquella mujer? ¿Sería posible cambiar con ella algunas palabras y comprenderla?

Pronto salieron de dudas.

La desconocida se incorporó, y dijo en inglés:

-¡Gracias, hijos míos, gracias!

Media hora más tarde, Briant y Baxter, que la llevaron en brazos, la sentaron en un sillón en el *hall*, y ayudados por Gordon, le prodigaron todos los cuidados que su estado requería.

En cuanto recuperó sus fuerzas, se puso a contar su historia. He aquí lo que dijo, y ya comprenderán nuestros lectores lo mucho que debió su relato interesar a los jóvenes colonos.

Esta mujer, de origen americano, había vivido mucho tiempo en los territorios de For-West, en los Estados Unidos. Se llamaba Catalina Ready, o sencillamente Kate. Ejercía, desde veinte años atrás, el cargo de ama de llaves en casa de William Penfield, que habitaba en Albany, capital del Estado de New-York.

Hacía un mes que esa familia, queriendo irse a Chile, en donde vivía uno de sus parientes, habían ido a San Francisco, puerto principal de California, para embarcarse en el navío mercante *Severn*, mandado por el capitán John F. Turner. Este buque iba a Valparaíso, y los señores Penfield tomaron pasaje en él con Kate, a quien miraban como de la familia.

El *Severn* era tan hermoso buque, y hubiera llegado sin duda con toda felicidad a su destino, si los ocho tripulantes, nuevamente reclutados, no hubieran sido unos miserables de la peor especie. Nueve días después de la salida del puerto de San - Francisco, uno de ellos, llamado Walston, ayudado

por sus compañeros Brandt, Rock, Henley, Book, Forbes, Cope y Pike, provocó una rebelión, de cuyas resultas murieron el capitán y el segundo, al mismo tiempo que el señor y la señora Penfield.

El objeto de aquellos infames era, después de apoderarse del barco, dedicarse a la trata de negros, qua se efectuaba aun en algunos puntos de la América del Sur.

Sólo dos personas se habían salvado a bordo: Kate, por quien intercedió Forbes, menos cruel que sus cómplices, y el timonel Evans, que era indispensable para gobernar el buque.

Aquellas horribles escenas tuvieron lugar un la noche del 7 al 8 de Octubre, cuando el *Severn* se hallaba a unas doscientas millas de la costa chilena.

Bajo pena de muerte, obligaron a Evans a maniobrar de modo que doblara el cabo de Hornos para ir al Oeste de África; pero algunos días después, sin que jamás se supiera a qué atribuirlo, un incendio se declaró a bordo, y en pocos instantes su violencia fue tal, que Walston y sus compañeros ensayaron en vano salvar el *Severn* de una completa destrucción. Uno de ellos, Henley, pereció precipitándose en el mar para escapar del fuego. Fue preciso abandonar el buque; echaron en la chalupa algunas provisiones,

municiones y armas, y se alejaron en el momento en que el *Severn* zozobraba en medio de las llamas. La situación de los náufragos era por demás crítica, puesto que doscientas millas los separaban de las tierras habitadas; y en verdad que hubiera sido justo que se hundiera también la chalupa con aquellos malvados, si Kate y Evans no se hubieran hallado en ella.

Cuarenta y ocho horas después de la pérdida del buque, estalló una violenta tormenta que hizo más terrible aun aquella situación, y la chalupa, roto su mástil y con las velas hechas jirones fue empujada por el viento hacia la costa de la isla *Chairmán*, en donde se destrozó en los arrecifes de la parte oriental, en la noche del 15 al 16.

Walston y sus compañeros, cansados por la lucha que sostuvieron contra la tempestad, y agotadas en parte las provisiones, estaban aniquilados por el frío y la fatiga, cuando la barquichuela chocó contra los arrecifes. Una ola arrastró consigo entonces a cinco de aquellos malvados, y los otros dos fueron lanzados a la arena, mientras que Kate caía del lado opuesto.

Estos dos hombres quedaron desvanecidos durante bastante tiempo, sucediendo lo mismo a

Kate; pero ésta, recuperando pronto el uso de sus sentidos, quedóse, sin embargo, inmóvil, esperando que fuera de día para ir, en el supuesto de que los demás habían perecido, en busca de asistencia, toda vez que se hallaba en tierra, y oyó a eso de las tres de la mañana unos pasos que hacían crujir la arena cerca de la embarcación.

Eran Walston, Brandt y Rock, que habían escapado de la ola que los arrastró, y que después de atravesar el banco de arrecifes y de llegar al sitio en que yacían sus compañeros Forbes y Pike, se apresuraron a hacerlos volver en sí, hablando después, mientras Evans esperaba a un centenar de pasos, custodiado por Cope y Rock.

He aquí la conversación que tuvieron, y que Kate oyó perfectamente.

-¿En dónde estamos? preguntó Rock.

-No lo sé, respondió Walston. Pero poco importa. No nos quedemos aquí; bajemos hacia el Este, y cuando llegue el día, veremos lo que se hace.

-¿Y nuestras armas? dijo Forbes.

-Aquí están, con las municiones que han quedado intactas, respondió Walston.

Y sacó del cofre de la chalupa cinco fusiles y varios paquetes de cartuchos.

-Es poco, añadió Rock, para defenderse en este país de salvajes.

-¿Dónde está Evans? preguntó Brandt.

-Allí, respondió Walston, bajo la custodia de Cope y de Rock, Quiera o no quiera, es preciso que nos acompañe; y si se resiste, me encargo de hacerle obedecer.

-¿Y qué ha sido de Kate? preguntó Rock. ¿Se habrá salvado?

-¡Kate! respondió Walston; nada hay que temer de ella. La he visto caer por encima de la borda antes de que la chalupa encallara; estará ya en el fondo del mar.

-Más vale así, replicó Rock. Sabía demasiado.

-No le hubiera durado mucho tiempo su sabiduría, añadió Walston, sobre cuyas intenciones no había lugar a equivocarse.

Kate, que todo lo oyó, estaba resuelta a huir después de la partida de los marineros del *Severn*.

Algunos instantes después, Walston y sus compañeros, sosteniendo a Forbes y a Pike, cuyas piernas apenas podían tenerlos, se marcharon, llevándose las armas, las municiones y cuanto quedaba de provisiones en las cajas de la chalupa, es

decir, algunas libras de carne salada, algo de tabaco y dos o tres calabazas llenas de aguardiente.

En cuanto estuvieron a alguna distancia, Kate se levantó; era ya tiempo, pues la pleamar iba alcanzando la playa, y un poco más tarde hubiera sido arrastrada por las olas.

Se comprenderá ahora por qué Doniphan, Wilcox, Webb y Cross no hallaron por la mañana a los náufragos, porque Walston y su banda habían partido ya en dirección al Este, mientras que Kate, tomando el lado opuesto, se dirigía sin saberlo, hacia la punta septentrional de *Family-Lake*, llegando allí en la tarde del 16, con sus fuerzas agotadas por el hambre y la fatiga. Algunas frutas silvestres fueron su único alimento, y sacando bríos de su misma flaqueza, siguió la orilla izquierda del lago, anduvo toda la noche y toda la mañana del 17, hasta que por fin cayó completamente aniquilada en el sitio en que la hallaron nuestros colonos.

Tales fueron los acontecimientos, de los que Kate hizo minucioso relato; acontecimientos de suma gravedad, pues demostraban hallarse en la *isla Chairmán*, en donde los náufragos del *Sloughi* habían vivido con tanto sosiego, siete hombres capaces de todos los crímenes. Y si descubrieran *French-den*,

¿qué suerte estaría reservada a nuestros niños? ¿Titubearían en atacarlos? No. ¿Los atarían, dejándolos perecer de hambre o expuestos a ser devorados por las fieras? Todo había que temerlo. Aquellos bandidos tenían un interés demasiado grande, y eran hombres de suyo crueles, a juzgar por los antecedentes. Nada les detendría para apoderarse del material, de las provisiones, de las armas, de las municiones y de las herramientas, que tan útiles podían serles para poner la chalupa en estado de navegar. Y llegado este caso, ¿qué resistencia podrían oponer Briant y sus compañero? Si Walston permanecía en la isla, un día u otro descubriría la colonia y agrediría indefectiblemente a los jóvenes, sin ningún género de consideraciones.

Oyendo el relato de Kate, Briant no tenía más que un pensamiento, y era el de que si el porvenir se haría presente con grandes peligros, estos serían mayores para Doniphan, Wilcox, Webb y Cross, ignorantes de la presencia de los nuevos naufragos en la isla; con la circunstancia agravante de que aquellos estaban explorando precisamente la parte adonde éstos se dirigían. Un solo tiro bastaría para llamar la atención de Walston, y entonces los cuatro

jóvenes caerían en poder de aquellos malvados, de los que no había que esperar piedad alguna.

-Es menester ir en su socorro, exclamó Briant; es preciso enterarles inmediatamente del peligro.

-Y traerlos aquí, añadió Gordon.

Más que nunca, importa que estemos todos reunidos, para que tomemos las medidas necesarias contra un ataque de aquellos malhechores.

-Sí, respondió Briant; y puesto que es preciso que nuestros compañeros vuelvan, volverán; te lo aseguro. Iré yo a buscarlos.

-¿Tú, Briant?

-Yo, sí.

-Pero ¿cómo?

-Me embarcaré en la canoa con Mokó. En algunas horas atravesaremos el lago Y bajaremos el *East-river*, como lo hemos verificado ya; y si la suerte nos favorece, espero llegar antes que los bandidos a la embocadura del río.

-¿Cuándo piensas partir?

-Esta noche, respondió Briant, cuando la oscuridad nos permita atravesar el lago sin ser vistos.

-¿Voy contigo, hermano? preguntó Santiago.

-No, replicó Briant. Es indispensable que volvamos en la canoa, y a duras penas cabremos seis en ella.

-¿De modo que estás decidido? preguntó Gordon.

-Completamente decidido, respondió Briant.

Era, en realidad, el mejor partido que podían tomar, no sólo para bien de los ausentes, sino de la colonia entera.

Cuatro compañeros más, y no de los menos vigorosos, servirían mucho para la defensa; pero no



La mejor salida encontrada.

había tiempo que perder si habían de reunirse todos en *French-den* antes de veinticuatro horas.

Como podrán comprender nuestros lectores, ya no se podía lanzar la cometa por los aires, pues

hubiera sido una gran imprudencia. No es a los buques a los que hubiera llamado ahora la atención, sino a Walston y a sus cómplices; y Briant, en previsión de lo que pudiera suceder, mandó que se quitara también el mástil y la tablita que se hallaban colocados en el acantilado.

Hasta la noche quedaron todos encerrados en la gruta, contando sus aventuras a Kate. La excelente mujer no pensaba ya en sí misma, condoliéndose de la situación de aquellos niños. Si habían de quedarse juntos en la isla *Chairmán*, se proponía ser para ellos una sirvienta llana de abnegación, queriéndolos cual si fuera una madre, y ya empezaba a dar expansión a sus afectos, pues abrazaba a los pequeños, sentándolos en sus rodillas y cubriéndolos de caricias.

En recuerdo de sus novelas predilectas, Service propuso que la llamaran *Viernecitas*, como hizo Crusoé con su compañero de imperecedera memoria, puesto que fue también un viernes el día que Kate entró en *French-den*.

Y luego añadió:

-De esos malhechores hemos de pensar lo mismo que de los salvajes de *Robinsón*. En todos

aquellos libros se habla de ellos, y siempre son vencidos.

A las ocho, los preparativos de marcha estaban acabados.



Wilson y sus compañeros, saliendo a Nobe y Fika.

Mokó, cuya abnegación no retrocedía ante ningún peligro, se alegraba mucho de acompañar a Briant en su expedición.

Ambos se embarcaron, llevando algunas provisiones, y armados cada uno con un revólver y un cuchillo de monte. Después de despedirse de sus compañeros, que no les vieron marchar sin pena, desaparecieron pronto en medio de la oscuridad que invadía el lago. Si seguía la brisa del Norte, que se había levantado a la puesta del sol, favorecería mucho a nuestros navegantes.

La noche era muy oscura, circunstancia que permitía a Briant pasar inadvertido. Gobernando la canoa por medio de la brújula, tenía la certidumbre de llegar sin obstáculo a la opuesta orilla, Briant y Mokó miraban siempre en aquella dirección, temiendo divisar alguna fogata, la que indicaría en aquel sitio la presencia de Walston y de sus compañeros, pues Doniphan debía estar acampado en la embocadura del *East-river*.

En dos horas la canoa atravesó el lago, y se detuvo en el mismo sitio en que la atracó Mokó en su primera expedición a aquella comarca. Todo estaba en calma, y ningún ruido se sentía debajo de los árboles inclinados sobre el agua; no se oía el

aullido de ninguna fiera ni el chillido de las aves nocturnas, así como tampoco se veía ningún fuego sospechoso.

Sin embargo, a eso de las diez y media, Briant, que estaba sentado en la popa, cogió a Mokó por un brazo.

A algunos centenares de pasos del *East-river*, y en la orilla derecha, se veían los restos de un fuego que despedía una moribunda claridad en las sombras de la noche, ¿Quién estaría allí acampado?... ¿Walston o Doniphán?... Importaba saberlo antes de entrar en el río.

-Voy a desembarcar, Mokó, dijo Briant.

-¿No queréis que os acompañe? preguntó el grumete en voz baja.

-¡No!... ¡Más vale que vaya yo solo! ¡Habrá menos peligro de que me vean!

Briant saltó a tierra, y después de recomendar a Mokó que no se moviera, empuñó su cuchillo, bien decidido a no servirse del revólver sino en caso extremo.

Después de subir al ribazo, el valeroso muchacho se deslizó por debajo de los árboles.

De repente se detuvo; le pareció ver a unos veinte pasos una sombra que se arrastraba entre la hierba, como acababa de hacerlo él.

Y en aquel instante sonó un formidable rugido, seguido de un enorme brinco.

Era un jaguar de gran tamaño, y Briant oyó en seguida una voz que gritaba:

-¡Socorro!.. ¡Socorro, a mí!..

Briant conoció la voz de Doniphan. Era él, en efecto. Sus compañeros habíanse quedado en el campamento, a orillas del río.

Doniphan, derribado por el jaguar, se revolvía, sin poder hacer uso de sus armas.

Wilcox, despertado por los gritos, acudió con la escopeta preparada para hacer fuego.

-¡No tires!... ¡No tires!... exclamó Briant.

Y antes de que Wilcox pudiera conocerlo, Briant se precipitó sobre la fiera, que se volvió contra él, mientras que Doniphan se levantaba con presteza.

Felizmente Briant pudo echarse a un lado, después de herir al jaguar con su cuchillo, y lo hizo con tanta rapidez, que ni Doniphan ni Wilcox tuvieron tiempo de intervenir. El animal, herido mortalmente, cayó en el momento en que Webb y Cross se lanzaban a socorrer a Doniphan.

Pero poco faltó para que la victoria costara cara a Briant, uno de cuyos hombros había sido rasgado por las garras del jaguar.

-¿Cómo es que te hallas aquí? preguntó Wilcox.

-Más tarde lo sabréis, respondió Briant. ¡Venid conmigo, venid pronto!...

-No antes de que te haya dado las gracias, dijo Doniphan. ¡Me has salvado la vida!...

-Ha procedido como tú lo hubieras hecho en mi lugar, replicó Briant. No hablemos más de eso, y seguidme.

Aun cuando la herida del generoso joven no fuera grave, se hizo preciso vendarla fuertemente con un pañuelo; y mientras Wilcox se ocupaba de esto, el jefe de la colonia puso a sus amigos al corriente de la situación.

¡De modo que aquellos hombres que Doniphan creyó cadáveres y arrastrados por la pleamar, estaban vivos y andaban errantes por la isla! ¡Eran malhechores cubiertos de sangre! ¡Una mujer había naufragado con ellos en la chalupa del *Severn*, y esa mujer estaba en *French-den*!... ¡Ya no había seguridad en la isla *Chairmán*! He aquí por que Briant había gritado a Wilcox que no tirara sobre el jaguar, por

miedo de que la detonación se oyera, y por qué no usó más arma que el cuchillo para matar al jaguar.

-¡Ah, Briant, vales más que yo! exclamó Doniphan en un arranque de agradecimiento y muy conmovido.

-No, Doniphan; no, amigo mío, respondió Briant. Y puesto que me entregas tu mano, no la suelto hasta que me prometas volver allá.

-Sí, Briant, es preciso, respondió Doniphan. Cuenta conmigo. En adelante seré el primero en obedecerte. Al amanecer partiremos...

-No, en seguida, repuso Briant, para llegar sin que nos vean.

-¿Y cómo? preguntó Cross.

-Mokó está aquí, nos espera con la canoa. Íbamos a entrar en el *East-river*, cuando divisé la lumbre que habíais encendido.

-¡Y llegaste a tiempo para salvarme! repitió Doniphan.

-Y también para llevarte a *French-den*.

¿Cómo Doniphan y sus amigos se hallaban allí, en vez de estar en la embocadura del río?

Ahora lo sabremos.

Después de dejar la costa de los *Severn-shores*, los cuatro muchachos volvieron al puerto de *Bear-rock*,

en la tarde del 16, y al amanecer del día siguiente, como habían convenido, remontaron por la orilla del río, hasta el lago en donde hicieron alto para llegar después a *French-den*.

Algunos instantes después, todos entraron en la canoa; mas como era muy pequeña para los seis, hubo que maniobrar con mucha precaución.

El regreso se hizo con mucha felicidad, pues la brisa era favorable y Mokó gobernó la barquichuela con notabilísimo acierto. La alegría con que Gordon y los demás acogieron a los ausentes, allá cuando hacia las cuatro de la mañana desembarcaron en el dique del río *Zealand*, es de las que no pueden describirse.

Grandes peligros los amenazaban; pero a lo menos estaban todos en *French-den*.

La colonia se hallaba completa, o más bien aumentada por aquella buena Kate, náufraga en las playas de la isla *Chairmán*, después de haber sido testigo de un espantoso drama en el mar.

En adelante reinaría en la gruta una perfecta concordia, que nadie osaría turbar. Doniphan experimentaría quizás algún pesar por no ser jefe de los jóvenes colonos; pero indudablemente había vuelto a mejores sentimientos. Sí; aquella separación

de algunos días hubo de producir sus frutos, y ya más de una vez, sin embargo de no decir nada a sus compañeros, sin querer confesar sus culpas, nacidas al calor de su amor propio, cuando éste se sobreponía al interés; más de una vez, repetimos, dio señales de comprender con claridad lo censurable de aquel acto que su terquedad y su orgullo le habían hecho cometer. Por otra parte, Wilcox, Cross y Webb experimentaban la misma impresión; así es que después de la abnegación de Briant, Doniphan modificó su carácter y dominó sus bastardas pasiones para consagrarse al bien suyo y de todos sus compañeros.

Y hacía bien, porque la situación era gravísima.



El árbol que servía en juego de agricultura local.

Serios peligros amenazaban a *French-den*, expuesto a los ataques de siete malhechores vigorosos y armados. El interés de Walston era sin duda alguna marcharse cuanto antes de la *isla Chairmán*; pero si llegara a sospechar la existencia de una pequeña colonia, bien provista de cuanto carecía

él, no vacilaría en agredirla, siendo así que todas las ventajas estarían de su parte. Los jóvenes se vieron obligados, pues, a tomar minuciosas precauciones, a no alejarse del río *Zealand* ni a aventurarse, sin gran necesidad, por los alrededores del lago, mientras Walston y su banda no abandonasen la isla.

Briant preguntó a Doniphan si cuando él y sus amigos volvían de *Severn-shores* a *Bear-rock* habían visto u oído algo que pudiera hacerles sospechar la presencia de los marineros del *Severn*.

-Nada hemos notado, respondió Doniphan. Es verdad que para volver a la embocadura del *East-river* no hemos seguido el mismo camino que habíamos tomado antes, remontándonos hacia el Norte.

-Es, sin embargo, cierto que Walston se dirigió al Este, dijo Gordon.

-Estamos de acuerdo, repuso Doniphan; pero ha debido seguir la costa, mientras que nosotros volvíamos directamente por *Beeck-forest*. Mirad el mapa, y os convenceréis de que la isla forma una curva muy pronunciada más arriba de *Deception-bay*. Allí hay una vasta comarca, en donde aquellos malvados habrán tal vez buscado un refugio, sin apartarse demasiado del sitio en que está encalla la

chalupa; pero tal vez Kate pueda decirnos en qué paraje se halla la isla que habitamos.

Kate, interrogada ya respecto del particular por Briant y por Gordon, no había sabido contestarles. Después del incendio del *Severn*, cuando Evans tomó la dirección del chalupa, maniobró de modo que pudiese arribar, según dijo, al continente americano, del cual *Chairmán* no podía estar muy lejos, pero jamás le había oído pronunciar el nombre de esta isla; sin embargo, como los archipiélagos de aquella costa debían hallarse relativamente cerca, era probable que Walston quisiera llegar allí, y que, por lo tanto, tuviese interés en quedarse en el litoral del Este.

-Como no sea, dijo Briant, que Walston, al llegar a la embocadura del *East-river*, y encontrando allí huellas de vuestro campamento, tenga la idea de indagar algo más.

-¿Qué huellas? respondió Doniphan. Un montón de ceniza apagada. ¿Qué podrá deducir de ello? Que la isla está habitada; pues bien, en ese caso aquellos miserables no pensarían más que en ocultarse...

-Sin duda, replicó Briant, como no descubran que la población de esta isla se reduce a unos

cuantos niños. ¡Procuremos, pues, por todos los medios posibles que no sepan quiénes somos! Y dime, Doniphan: ¿recuerdas si has descargado tu escopeta estando en las cercanías de *Deception-bay*?

-No, y es cosa extraordinaria, respondió sonriendo Doniphan, porque me gusta por demás quemar pólvora. Desde que abandonamos la costa, estábamos suficientemente provistos de caza, y ninguna detonación ha podido divulgar nuestra presencia en aquellos sitios. Ayer, durante la noche, Wilcox estuvo a punto de tirar sobre el jaguar; pero felizmente llegaste a tiempo de impedirselo, y también de salvarme la vida, arriesgando la tuya.

-Te repito otra vez, Doniphan, que no hice más que lo que tú hubieras hecho en mi lugar. Y ahora, amigos míos, nada de tiros ni excursiones a *Traps-woods*, y vivamos con lo que tenemos en reserva.

Desde su llegada a *French-den*, Briant fue objeto de los cuidados necesarios para la curación de su herida, que se cicatrizó muy pronto, no quedándole más que alguna incomodidad en el brazo, que desapareció pocos días después.

El mes de Octubre había concluido, y Walston no había sido visto todavía en los alrededores del río

Zealand. ¿Se habría marchado en la chalupa después de repararla? No era cosa imposible, porque Kate recordaba que tenía un hacha, además de un fuerte cuchillo, de esos que los marineros llevan siempre consigo; y como la madera no faltaba tampoco cerca de *Severn-shores*, bien pudo corregir, aunque toscamente, cualquier avería, y arriesgarse al mar en aquella embarcación.

De todos mudos, como ignoraban lo que podía suceder, sus costumbres tuvieron que modificarse. Las excursiones quedaron prohibidas, no verificando más que la que realizaran Baxter y Doniphan para quitar el mástil colocado en lo alto de *Auckland-hill*.

Una vez en este sitio, Doniphan paseó la vista con el antejo por las masas de árboles que se redondeaban hacia Levante, y aun cuando no podía ver el litoral oculto detrás de *Beeck-forest*, si alguna columna de humo se hubiera elevado en el aire, la vería seguramente, y esto habría bastado para indicar que Walston y los suyos estaban acampados en aquella parte. Doniphan no vio nada por allí, ni tampoco por los alrededores de *Sloughi-bay*, cuyos parajes estaban siempre desiertos.

Desde que las excursiones se suspendieron y las escopetas estaban en descanso, los cazadores habían

tenido que renunciar a su ejercicio predilecto; pero como no faltaban lazos cerca de *French-den*, la mesa se hallaría siempre surtida de alimentos frescos, aparte de los que suministraban las avutardas y los *tinamous* del corral, pues multiplicados en gran cantidad, Service y Garnett se vieron obligados a sacrificar buen número de ellos. También habían hecho una buena provisión de hojas del árbol de té y de savia de arco, que tan fácilmente se transforma en azúcar. No era, pues, necesario reponer el almacén, porque aun cuando el invierno llegara antes de que nuestros jóvenes colonos recuperasen su libertad, estaban suficientemente provistos de aceite para el alumbrado, y de conservas y caza para la despensa.

En aquella época un nuevo descubrimiento vino a aumentar el bienestar de *French-den*.

Este descubrimiento no fue debido a Gordon, sino a Kate.

Había en el límite de *Bog-woods* cierto número de árboles que median de cincuenta a sesenta pies de altura; dichos árboles no habían sido cortados para leña, porque su madera es muy fibrosa y no servía para alimentar las estufas. Sus hojas eran de forma oblonga, con una espina en la punta.

Desde el primer día en que Kate los vio, 25 de Octubre, exclamó:

-¡He aquí el árbol *vaca*!

Dole y Costar, que la acompañaban, se echaron a reír.

-¿Cómo el árbol *vaca*? dijo el uno.

-¿Lo comen las reses vacunas? preguntó el otro.

-No, hijos míos, no, respondió Kate. ¡Si se llama así, es porque da leche, y mejor que la de vuestras vicuñas!

Al entrar en la gruta, Kate dio parte de su descubrimiento a Gordon. Este llamó en seguida a Service, y ambos fueron con Kate a la orilla de *Bog-woods*. Después de examinar detenidamente el árbol en cuestión, el americano creyó que era un *galactendron*, que crece en gran número en los bosques de la América del Norte, y el muchacho no se equivocaba.

Era un precioso descubrimiento, pues basta hacer una ligera incisión en la corteza de aquellos vegetales para que salga por ella un jugo de apariencia lechosa, que tiene el gusto y las propiedades nutritivas de la leche de vaca; y además, cuando se deja que ese jugo se coagule, da un excelente queso y produce también una cera muy

pura, parecida a la de las abejas, pudiéndose fabricar con ella velas de excelente calidad.

-¡Pues bien! exclamó Service. ¡Si es el árbol *vaca*, es preciso ordeñarlo!

Sin sospecharlo siquiera, el alegre muchacho acababa de usar las palabras de que se sirven los indios cuando van a sacar aquella leche.

Gordon hizo una incisión en el tronco, y Kate recogió lo menos dos litros de aquel líquido en un cacharro que había traído al efecto.

Era un hermoso licor blanco, de gusto muy apetitoso, que encierra los mismos elementos que la leche de vaca, y es aun más nutritivo, más consistente y de un sabor mucho más agradable. La vasija fue vaciada en un instante, y Costar se relamía lo mismo que hubiera podido hacerlo un gatito. Mokó estaba también muy satisfecho por aquel hallazgo, pensando en las buenas cosas que podría hacer con aquella leche, que no habría que economizar, pues el *rebaño de galactendrons* era numeroso y no estaba lejos.

Es verdad que la isla *Chairmán* tenía recursos suficientes para una numerosa colonia. La alimentación de los jóvenes estaba asegurada para mucho tiempo; y con esto y con la llegada de Kate,

de aquella buena mujer que, queriendo ya a los niños como una madre, les prodigaría minuciosos cuidados, bien puede decirse que todo se reunía para hacerles la vida más fácil y agradable.

¡Lástima grande que no hubiera seguridad en la isla!...

¡Cuántos descubrimientos pudieran obtenerse organizando exploraciones en las partes desconocidas del Este, y era preciso renunciar a ellos! ¿Podrían algún día emprender de nuevo sus excursiones sin tener que precaverse más que del encuentro de alguno que otro animal carnívoro, menos peligroso, de seguro, que aquellas fieras humanas, de las que ahora debían guardarse constantemente?

En los primeros días de Noviembre ninguna huella sospechosa se había observado todavía en las cercanías de *French-den*. Briant se preguntaba muchas veces si los marineros del *Severn* estarían aun en la isla; pero como Doniphan había visto el mal estado de la chalupa, destrozada completamente por las puntas de los arrecifes, dudaba de que hubieran podido componerla.

XXIII

**Lo que importaba saber. -Una proposición de
Kate. -Briant acosado por una Idea. -Su
proyecto. -Discusión. -Hasta mañana.**

La situación de los colonos de la isla *Chairman* se hacía cada día más insostenible, y era preciso salir de dudas a toda costa.

Briant tuvo muchas veces la idea de reconocer, yendo él a la descubierta, la región situada al Este del lago, y Doniphan, Baxter y Wilcox se brindaban para acompañarle; pero obrando así corrían el riesgo de caer en manos de Walston, y, por consiguiente, enterarle de que sus adversarios eran poco temibles; así es que Gordon, cuyos consejos eran siempre escuchados, hizo que Briant desistiera de aquel proyecto.

Entonces Kate hizo una proposición que no presentaba ninguno de aquellos peligros.

-Señor Briant, dijo una noche cuando todos los colonos estaban reunidos en el *hall*: ¿queréis permitir que me ausente mañana al amanecer?

-¿Queréis dejarnos, Kate?

-Sí. No podéis permanecer más tiempo en esta incertidumbre; y para saber si Walston está o no en la isla, pienso ir al mismo sitio en que nos arrojó la tempestad. Si la chalupa se halla todavía allí, es señal de que no ha podido partir aun... Y si ya no está, será prueba de que no tendremos que temer nada de él.

-Lo que queréis hacer, Kate, respondió Doniphan, es exactamente lo mismo que hemos propuesto ejecutar Briant, Baxter, Wilcox y yo.

-Es verdad; pero lo que es peligroso para vosotros, no lo es para mí.

-Sin embargo dijo Gordon. ¡Si volviéseis a caer en manos de Walston!...

-Pues bien, replicó aquella digna mujer; me hallaría en la misma situación en que estaba antes de huir.

-¿Y si aquel miserable quisiera mataros, lo que es muy probable?... dijo Briant.

-Puesto que me he escapado una vez, replicó Kate, ¿por qué no lo haría otra, y sobre todo ahora, que conozco el camino de *French-den*? Y además, si pudiera huir en compañía de Evans, a quien yo enteraría de cuanto os concierne, ¿de qué utilidad sería para vosotros el valiente timonell...

-Si Evans hubiera tenido posibilidad de escaparse, respondió Doniphan, ya lo hubiese hecho... ¿No tiene acaso gran interés en hacerlo?

-Doniphan lleva razón, dijo el americano. Evans conoce los secretos de Walston y de sus cómplices, quienes no titubearán en matarle cuando ya no lo necesiten para gobernar la chalupa. Pues bien; si no ha huido, es que está muy custodiado.

-¡O que haya pagado ya con su vida alguna tentativa de evasión, repuso Doniphan. De modo, Kate, que si volviera a cogeros...

-Haré cuanto me sea posible para no caer de nuevo en sus manos.

-No, replicó Briant; ¡Jamás permitiremos os arriesguéis así! Más vale buscar otro medio menos peligroso para saber si Walston ha abandonado la isla o permanece aun en ella.

Rechazados el plan del jefe de la colonia y la proposición de Kate, era preciso tomar muchas precauciones y cuidar de no cometer ninguna imprudencia.

Admitiendo que Walston estuviese aun allí, parecía que no tenía intención de explorar el terreno, pues varias veces ya Briant, Doniphan y Mokó recorrieron *Family-Lake* en noches muy oscuras, sin

notar nunca ninguna claridad sospechosa en la opuesta orilla ni debajo de los árboles que estaban agrupados cerca del *East-river*.

Era, sin embargo, muy penoso vivir en tales condiciones; así es que Briant se devanaba sin cesar los sesos discurriendo algún medio que los sacara de tantas dudas y ansiedades. Bastaría tal vez para ello subir a una conveniente altura y vigilar desde ella; pero desgraciadamente el acantilado no pasaba de doscientos pies de elevación, y, por lo tanto, no dominaba por completo aquella comarca.

¿Qué hacer, sin exponerse a serios peligros? La imaginación de Briant no se daba un momento de reposo. De pronto se apoderó de su espíritu una idea tan sumamente peligrosa, y hasta insensata, que la rechazó en seguida; pero se había fijado de tal modo en su cerebro, que, dándola vueltas, concluyó por considerarla practicable.

Nuestros lectores no habrán olvidado que la operación de remontar por los aires la cometa se suspendió a causa de la llegada de los naufragos de *Severn*.

Pues bien, Briant se decía: puesto que aquella cometa no puede servir ya para señales, será tal vez

posible utilizarla para operar el reconocimiento de la isla, tan necesario para nuestra tranquilidad.

¡Sí! Esa era la idea que se había apoderado de la imaginación del muchacho. Recordaba haber leído en un periódico inglés que a últimos del pasado siglo una mujer había tenido el valor de elevarse en los aires, suspendida de una cometa, especialmente fabricada para aquella peligrosa ascensión⁽¹⁾.

Pues bien; lo que una mujer había hecho, ¿no podía hacerlo un muchacho? ¡Qué importaba que su tentativa ofreciese peligros! Los riesgos no eran nada en comparación de los resultados que se obtendrían, de seguro; y tomando todas las precauciones exigidas por la prudencia, ¿por qué no había de tener éxito aquella operación? Aun cuando Briant no estuviera en estado de calcular matemáticamente la fuerza ascensional que necesitaría un aparato de ese género, se decía que ya lo tenía preparado, y que bastaría darle dimensiones más grandes y más sólidas. Al subir la cometa podía él ascender con ella, y elevándose a algunos centenares de pies

⁽¹⁾ Lo que meditaba Briant iba a hacerse en Francia. Algunos años más tarde, una cometa que medía veinticuatro pies de ancho por veintisiete de largo, de forma octógona, cuya armazón pesaba setenta y ocho kilogramos, y la tela y cuerdas cuarenta y cinco (ciento trece entre todo), levantó fácilmente un saco de tierra que pesaba setenta kilos.

dominaría grandes extensiones de terreno, llegando tal vez a descubrir de ese modo algún fuego en la parte de la isla comprendida entre el lago y *Deception-bay*.

No tomen nuestros lectores a risa la idea de este valeroso y audaz muchacho, por haber llegado a creer que su proyecto era practicable; lo era, en efecto, y además ofrecía menos peligros de lo que se puede creer a primera vista.

Bien madurado ya el plan en la mente de Briant, no restaba más que hacerlo aprobar por sus compañeros; así es que la tarde del 4 de Noviembre rogó a Gordon, Doniphan, Wilcox, Webb y Baxter que fueran a conferenciar con él, y cuando se reunieron, les hizo conocer su propósito de utilizar la cometa.

-¿Utilizarla? dijo Wilcox. ¿Qué quieres decir con esto? ¿Lanzarla al aire?

-Sin duda, respondió Briant; remontarla, puesto que se hizo con ese objeto.

-¿En medio del día? preguntó Baxter.

-No, porque en este caso, Walston y sus compañeros la verían, mientras que de noche...

-Lo mismo sucederá si le pones una luz, replicó Doniphan.

-Es que no se la pondré.

-¿De qué servirá entonces? preguntó Gordon.

-Para ver si los marinos del *Severn* están aun en la isla.

Y Briant, no sin alguna inquietud, temeroso de que lo desecharan, expuso su pensamiento en pocas palabras.

Sus compañeros no se admiraron por el atrevimiento de Briant: estaban ya tan familiarizados con los peligros, que una ascensión nocturna, ejecutada en tales condiciones, les pareció muy practicable. Gordon era el único que se preguntaba si su amigo hablaba formalmente.

-Sin embargo, dijo Doniphan: ¿será esa cometa bastante grande para soportar el peso de uno de nosotros?

-No lo creo, replicó Briant, y pienso que debemos darle mayor tamaño y más solidez.

-Queda por saber, dijo Wilcox, si una cometa podrá resistir...

-No es dudoso; lo puede, afirmó Baxter.

-Además, una ascensión idéntica se ha verificado ya, añadió Briant, y citó el caso de aquella mujer que cien años antes había intentado con éxito aquella experiencia.

-Todo depende, prosiguió, de las dimensiones del aparato y de la fuerza del aire en el momento de la ascensión.

-¿A qué altura crees que será preciso subir? preguntó Baxter.

-Me parece que a unos seiscientos o setecientos pies, respondió Briant, se podría ver un fuego encendido en cualquier punto de la isla.

-Pues bien, es menester hacerlo en seguida, exclamó Service. ¡Estoy cansado de no poder ir y venir a mi antojo!...

-¡Y nosotros de no poder registrar las trampas! añadió Wilcox.

-¡Y yo de no atreverme a disparar un tiro! replicó Doniphan.

-Hasta mañana, pues, dijo Briant.

Y luego, cuando se encontró solo con Gordon, éste le dijo:

-¿Piensas formalmente en realizar tu proyecto?...

-Por lo menos quiero probar.

-¡Es peligroso!



—¡Ah! ¿Es la suerte y el azar los que deciden las cosas del mundo?

-Tal vez menos de lo que parece.

-¿Y cuál de nosotros consentirá en arriesgar su vida en esa atrevida excursión aérea?

-¡Tú el primero, Gordon; sí, tú mismo, si la suerte te designa!

-¡Ah! ¿Es la suerte la que ha de decidir?...

-¡No, Gordon! ¡Es necesario que el que verifique aquella ascensión lo haga con plena voluntad!...

-¿Está hecha tu elección?

-¡Tal vez!

Y Briant se marchó, después de apretar la mano del americano.

XXIV

Primer ensayo. -Agrandamiento del aparato.

-Segundo ensayo. -Suspensión hasta el día siguiente. -Proposición de Briant.

-Ofrecimientos de Santiago. -La confesión. -La idea de Briant. -En los aires a media noche. -Lo que se ve. -El viento refresca. -Desenlace.

En la mañana del 5 de Noviembre, Briant y Baxter pusieron manos a la obra; pero antes de dar a la cometa dimensiones más considerables, juzgaron necesario saber el peso que podría resistir tal cual era. Esto permitiría llegar a darle la suficiente superficie para desenvolver una fuerza capaz de soportar un peso que no debía ser inferior de ciento veinte a ciento treinta libras.

No fue preciso esperar a la noche para esta primera experiencia, pues soplando entonces viento del Sudoeste, Briant dijo que no había ningún inconveniente en aprovecharlo, siempre que la cometa no se elevara muy alta, para que no se viera desde la ribera oriental del lago.

La operación salió a las mil maravillas, pudiendo apreciarse con exactitud que el aparato levantaba un peso de veinte libras, pues se valieron de una romana encontrada entre el material del *Sloughi*.

La cometa fue tendida en el suelo de *Sport-terrace*.

Primero Baxter consolidó su armadura por medio de cuerdas que se unían en un nudo central, como las ballenas de un paraguas a la anilla que se desliza por el mango.

Después la agrandaron por medio de un suplemento de cañas y el aumento de nuevas telas, para lo que Kate se mostró muy diestra, pues no faltaban en *French-den* ni hilos ni agujas.

Si Briant o Baxter hubieran estado más instruidos en mecánica, hubieran tenido en cuenta, para construir el aparato, los cálculos más indispensables, como son el peso, la superficie plana, el centro de gravedad, el de presión del aire, que se confunde con el de configuración, y por fin el punto

en que está atada la cuerda; esto sentado, hubieran deducido fácilmente cual sería el poder ascensional de la cometa y la altura que podía alcanzar, no dejando de saber también la fuerza que habría de tener la cuerda para resistir la tensión; circunstancia muy atendible para la seguridad del observador.



—¿Qué hora es ahora? preguntó Basilio—

Felizmente la cuerda encontrada entra el material del *schooner*, y que media cerca de dos mil pies, era muy fuerte; sin contar que cuando el aire no sopla con violencia es sabido que las cometas resisten con moderación, siempre que el punto de enlace de los tirantes esté bien escogido. Era preciso, por lo tanto, arreglar con cuidado dichos tirantes, pues de ellos depende que el aparato se incline o se mantenga recto en la capa de aire en que se coloca, y también regula su estabilidad.

Para este nuevo empleo la cometa no necesitaba tener cola, cosa que ponía de mal humor a Dole y a Costar; pues aun cuando llevaría el apéndice necesario para su equilibrio y para conducir al aeronauta, no sería ni en la forma ni en la extensión que ellos deseaban.

Después de tantear mucho, Baxter y Briant observaron que convendría colocar el peso de resistencia en el tercio de la armadura, fijándolo en uno de los travesaños que extendían la tela en el sentido de la anchura. Dos cordeles de gran consistencia, amarrados a aquel travesaño, la sostendrían de modo que se encontrara suspendido a unos veinte pies más abajo.

Prepararon una cuerda como de cuatrocientas varas, lo que, deducida la curva, permitiría elevarse a setecientos u ochocientos pies del suelo.

En fin, para disminuir en lo posible los peligros de una caída en el caso de cualquier avería, se convino en que la ascensión habría de verificarse encima del lago; pues en la desgracia de caer al agua, la distancia desde aquel punto a la orilla cualquier regular nadador podía fácilmente salvarla. Siempre sería peligrosa, pero nunca seguramente tan fatal como si se verificase sobre una superficie sólida, teniendo en cuenta que el descenso se haría con relativa lentitud.

Terminado el aparato, pudo apreciarse que tenía setenta metros superficiales en cuadro. Era de forma octógona; su radio se extendía hasta cerca de quince pies, y cada uno de los lados, cuatro. Con su fuerte armadura y su tela, completamente impermeable, no era dudoso que al aire levantaría fácilmente un peso de ciento veinte libras.

La barquilla en que el aeronauta se había de colocar era sencillamente una canasta de mimbres encontrada en el *Sloughi*, bastante profunda para que cualquiera de los colonos que entrara en ella estuviera hundido hasta el pecho, regularmente ancha

para que tuviera libertad en sus movimientos, y suficientemente abierta para salirse pronto, en caso necesario.

Este trabajo, que se empezó el día 5, no se concluyó hasta el 7 por la tarde, y por consiguiente se dejó para el otro día la experiencia preparatoria, que daría a conocer el poder ascensional del aparato y su grado de estabilidad en el aire.

Durante aquellos últimos días nada había venido a modificar la situación. Varias veces unos u otros habíanse quedado largas horas en observación sobre el acantilado; pero nada sospechoso habían visto, ni al Norte, entre el límite de *Traps-woods* y *French-den*, ni al Sur, más allá del río, ni al Oeste del lado de *Sloughi-bay*, ni en el lago que Walston hubiera podido querer reconocer antes de dejar la isla.

Ninguna detonación se había oído tampoco.

Briant y sus compañeros podían creer, fundados en estos indicios, que los malhechores habían abandonado definitivamente la *isla Chairmán*; mas ¿podrían por fin volver de nuevo a sus costumbres?

Eso es lo que la proyectada experiencia iba a demostrarles.

Una suprema dificultad se presentó a la imaginación de los jóvenes colonos.

¿Cómo haría la señal de que bajaran la cometa el que subiera a la barquilla?

Y he aquí lo que expuso Briant, cuando Doniphan y Gordon le interrogaron sobre este punto.

-Una señal luminosa es imposible, respondió Briant, pues Walston podría verla; así es que Baxter y yo hemos recurrido al siguiente procedimiento. Tomaremos un bramante de un largo igual al de la cuerda de la cometa, y después de haber agujereado una bala de plomo, pasaremos por ella el bramante, que se atará a la barquilla, mientras que la otra punta quedará aquí, en las manos de uno de nosotros. Cuando se quiera bajar, se soltará la bala, que se deslizará por el bramante, dando la señal de la bajada.

-¡Perfectamente ideado! respondió Doniphan.

Estando ya todo dispuesto, no faltaba más que proceder al previo ensayo; y como la luna no salía hasta las dos de la madrugada, viendo que era el viento favorable, convinieron en verificarlo aquella misma noche.

A las nueve la oscuridad era profunda. Algunas nubes corrían a través del espacio, y parecía seguro

que a cualquier altura que se elevara la cometa no podría ser vista desde ninguna parte.

Grandes y pequeños asistieron al acto, ciertamente con más placer que emoción, toda vez que no había de ir nadie en el cesto.

La cabria del *Sloughi* había sido colocada en el centro de *Sport-terrace*, y sólidamente fijada en el suelo para que resistiera a la tracción de la cometa, disponiéndose también la larga cuerda de tal modo que se desenrollara sin esfuerzo, al mismo tiempo que el bramante destinado a dar la señal de bajada. Briant colocó en el cesto un saco de tierra, que pesaba exactamente ciento treinta libras, peso superior al de cualquiera de sus compañeros.

Doniphan, Baxter, Wilcox y Webb se colocaron al lado del aparato, a unos cien pasos de la cabria. A una señal de Briant, debían levantarlo poco a poco, por medio de cuerdas atadas a los travesaños de la armadura; y en cuanto aquel aparato hubiera dado presa al viento, Briant, Gordon, Cross y Garnett, que estaban al lado de la cabria, soltarían la cuerda, dejándola a la sola acción de la cometa.

-¡Atención! exclamó Briant.

-¡Estamos prontos! respondió Doniphan.

-¡Soltad!

La cometa se levantó poco a poco, apoyándose en el aire.

-¡Dad cuerda! gritó Wilcox.

En seguida el torno fue dando vuelta a impulsos de la tensión, viendo todos que aquel gran fantasma, con su canasta por apéndice, subía lentamente por el espacio.

Aunque fuera una gran imprudencia, gritos y vivas acompañaron en su ascensión al *Gigante de los aires*, que pronto desapareció en la oscuridad, con gran disgusto de los pequeños, quienes no hubieran querido perderlo de vista mientras se balanceaba encima de *Family-Lake*.

Kate les dijo al momento:

-No os desconsoléis, hijos míos. Más tarde, cuando ya no haya peligro, soltarán de día al *Gigante*, y, si sois buenos, se os permitirá le mandéis correos.

Aun cuando ya no se le veía, comprendían que la cometa tiraba con regularidad y sin demasiada fuerza, lo cual era una prueba de que el punto de unión de los tirantes estaba dispuesto como convenía.

Briant, queriendo que el ensayo fuera tan completo como lo permitían las circunstancias, dejó que la cuerda se desenrollara hasta el extremo,

pudiendo entonces apreciar su grado de tensión, que nada tenía de anormal. La cometa debía hallarse a una altura de seiscientos o setecientos pies, y aquella maniobra no había durado más que diez minutos.

Concluida la experiencia, cada cual, a su vez, cogió los manubrios para enrollar de nuevo la cuerda; sólo que esta operación fue mucho más larga, pues duró lo menos una hora.

Lo mismo que para la caída de un globo, la maniobra para la de una cometa es lo que más cuidado necesita, si se quiere que se verifique sin choque. Por fortuna, la brisa era constante y el descenso se hizo con el mayor éxito, apareciendo de nuevo el octógono de lienzo en la sombra y cayendo suavemente casi en el mismo punto en donde se había elevado.

Prolongados vivas acogieron la vuelta, como habían saludado la marcha.

Ya recogida la cometa, fue sujeta fuertemente al suelo, para que no diera presa al viento, ofreciéndose Baxter y Wilcox a velar toda la noche, por lo que pudiera ocurrir.

Al día siguiente, 8 de Noviembre, se haría la ascensión definitiva.

Briant no decía nada, y parecía profundamente absorto en sus reflexiones.

¿En qué pensaba? ¡Era en los peligros que presentaba una ascensión intentada en condiciones tan excepcionales, o en la responsabilidad que asumía dejando a uno de sus compañeros arriesgarse en aquella frágil barquilla?

-Entremos en la gruta ya, dijo Gordon; es tarde...

-¡Esperad un instante! Gordon, Doniphan, tengo que haceros una proposición.

-Habla, respondió Doniphan.

-Acabamos de ensayar la cometa, repuso Briant, y ese ensayo ha salido bien, porque las circunstancias nos han favorecido. ¿Sabemos acaso el tiempo que hará mañana, y si el viento permitirá mantener el aparato encima del lago? Y eso no obstante, mi parecer es no diferir la operación definitiva.

Nada más razonable, en efecto, puesto que estaban resueltos a hacerlo; así es que nadie contestó a aquella proposición. En el momento de entregarse a tales peligros, los más intrépidos hubieran titubeado.

Y, sin embargo, cuando Briant añadió:

-¿Quién quiere subir?...

-¡Yo!... dijo Santiago con viveza.

Y casi en seguida:

-¡Yo!... exclamaron a un tiempo Doniphan, Baxter, Wilcox, Cross y Service.

Hubo después un instante de silencio, que Briant no se apresuró a interrumpir.

Santiago fue el primero que habló.

-Hermano, dijo, yo soy el que debe subir; si, yo. ¡Te lo suplico!... ¡Déjame partir!...

-¿Y por qué tú más bien que yo... o cualquier otro? replicó Doniphan.

-¿Sí?... ¿Por qué? preguntó Baxter.

-¡Porque debo hacerlo así! respondió el niño.

-¿Debes?... dijo Gordon.

-¡Sí!

El americano, que había cogido la mano de Briant para preguntarle lo que Santiago quería decir, la sintió temblar en la suya; y si la noche no hubiera sido tan oscura, le hubiera visto palidecer y bajar la vista.

-¿Qué dices, hermano?... repuso Santiago con tono resuelto, muy extraño en un niño de aquella edad.

-¡Responde, Briant! dijo Doniphan. ¡Santiago dice que tiene el deber de sacrificarse!... Ese deber,

¿no lo tenemos acaso también nosotros!... ¿Qué le obliga a reclamar la prioridad?

-Lo que he hecho, respondió el niño; lo que he hecho... Voy a decíroslo...

-¡Santiago! exclamó Briant, queriendo impedir que su hermano hablara.

-No, repuso Santiago con voz entrecortada por la emoción. ¡Deja que confiese!... ¡Esté secreto me pesa demasiado!... ¡Gordon, Doniphan; si estáis aquí... todos... lejos de vuestros padres... en esta isla... yo... yo sólo tengo la culpa de ello!... ¡Si el *Sloughi* ha sido llevado a alta mar, es que por imprudencia... no... por broma... he desatado la amarra que le sujetaba en el muelle de Auckland!... ¡Sí, una broma!... ¡Y luego, cuando vi que el buque se iba solo, perdí la cabeza!... ¡No llamé cuando aun era tiempo!... ¡Y una hora después... en medio de la noche... en alta mar!... ¡Ah! ¡Perdón, compañeros, perdonadme!...

Y el pobre muchacho sollozaba, a pesar de que Kate procuraba consolarle.

-¡Bien, Santiago! dijo entonces Briant. Has confesado tu culpa, y ahora quieres arriesgar tu vida para purgarla, o a lo menos para reparar en parte el mal que has hecho...

-¿Y no lo ha reparado ya bastante? dijo Doniphán abandonándose a su natural generosidad. ¡Veinte veces se ha expuesto para favorecernos!... ¡Ah, Briant me explico ahora perfectamente el por qué se presentaba siempre tu hermano cuando había algún peligro que correr, y siempre se hallaba pronto para sacrificarse... He aquí por qué fue a buscarnos a Cross y a mí en medio de la niebla... arriesgando su vida... ¡Sí, amigo Santiago; te perdonamos de todo corazón, y no necesitas ya reparar tu falta!...

Todos rodeaban al niño, le cogían las manos, y, sin embargo, los sollozos no dejaban de desgarrarle el pecho. Ya se sabía ahora por qué aquel muchacho, el más alegre de todo el colegio Chairmán, y también el más travieso, se había vuelto tan triste y se apartaba siempre de los demás. Luego, por mandato de su hermano, y también por su propia voluntad, se le había visto ofrecer su persona cuantas veces había que correr un peligro. Y aun no creía haber hecho bastante: ¡pedía todavía sacrificarse por los demás!...

En cuanto Santiago pudo hablar, dijo:



—¡E! el hermano Santiago.

—¡Ya lo veis, yo soy, yo, el que debe partir!... ¿No es verdad, hermano?

—¡Bien, Santiago, bien! repitió Briant, que atrajo a su hermano a sus brazos.

Después de la confesión que el joven acababa de hacer, y de la reclamación que presentaba para que se le dejase cumplir con su deber, en vano fue que Doniphan y los demás procuraran intervenir; no había más remedio que dejarle entregarse a la brisa que manifestaba cierta tendencia a refrescar.

Santiago dio un apretón de manos a sus compañeros, y luego, antes de ir a colocarse en la canasta, de la que habían quitado el saco de tierra, se volvió hacia Briant. Este estaba inmóvil, a algunos pasos detrás del torno.

-¡Abrázame, hermano! dijo Santiago.

-¡Sí!... ¡Abrázame! respondió Briant, dominando su emoción. O, más bien, soy yo el que te abraza, pues yo soy el que va a partir...

-¿Tú?... exclamó Santiago.

-¿Tú?... ¿Tú?... repitieron Doniphan y Service.

-¡Sí!... ¡Yo! Que la falta de Santiago sea reparada por su hermano o por él, poco importa. Además, cuando tuve la idea de esta experiencia, ¿habéis podido creer que mi intención era dejar la realización para otro?...

-¡Hermano! exclamó Santiago. ¡Te lo ruego!

-¡No, Santiago!

-Entonces, dijo Doniphan, reclamo a mi vez.

-¡No, Doniphan! respondió Briant con tono que no admitía réplica. ¡El que partirá seré yo!...¡Así lo quiero!

-¡Ya lo esperaba; Briant! dijo Gordon apretando la mano de su amigo.

Algunos minutos después, Briant, metido en la canasta, dio orden de que levantaran al *Gigante*, y así lo hicieron.

El aparato, poco ayudado por el viento, subió lentamente al principio, hasta que, aumentada la presión, Baxter, Wilcox, Cross y Service, colocados en la cabria, fueron soltando la cuerda, al mismo tiempo que Garnett, que tenía el bramante de aviso, iba soltando también.

En diez segundos, el *Gigante de los aires* desapareció en la sombra, en medio de un profundo silencio.

El intrépido jefe de ese pequeño mundo, el generoso Briant, desapareció con él.

El aparato se elevaba, sin embargo, con regular lentitud, y la constancia de la brisa le aseguraba una perfecta estabilidad; apenas se balanceaba, y Briant no notaba ninguna de esas oscilaciones que hubieran hecho muy peligrosa su situación. Así es que se tenía inmóvil, con ambas manos agarradas a las cuerdas

de suspensión de la canasta, que se mecía con un ligero movimiento de columpio.

Briant experimentó una extraña impresión cuando se sintió suspendido en el espacio por aquel ancho plano inclinado, que se estremecía al empuje de la corriente aérea. Le parecía que era llevado por alguna fantástica ave de presa, o más bien que se hallaba debajo de las alas de un enorme murciélago negro. Pero, merced a la energía de su carácter, pudo conservar la sangre fría que las circunstancias demandaban.

Diez minutos después que el cometa dejó el suelo de *Sport-terrace*, un pequeño sacudimiento indicó que el movimiento ascensional había acabado. La altura alcanzada verticalmente debía ser entre seiscientos y setecientos pies encima del suelo de la isla.

Briant, muy dueño de sí mismo, tendió él bramante pasado por la bala, y luego se colocó de modo conveniente para poder observar cuidadosamente el espacio, agarrándose con una mano a una de las cuerdas de suspensión, y teniendo el antejo en la otra.

Debajo de él reinaba una oscuridad profunda. El lago, los bosques, el acantilado, formaban una masa

confusa, de la que no se podía distinguir ningún detalle. En cuanto a la periferia de la isla, se dibujaba en el mar que la rodeaba, y desde el punto en que se hallaba, Briant la abarcaba con la vista en todo su conjunto.

En verdad que si esta ascensión hubiera podido hacerse en pleno día, tal vez hubiera visto alguna isla o algún continente, si existían, en un radio de cincuenta o sesenta millas.

Si hacia el Oeste, el Norte y el Sur el horizonte estaba demasiado nebuloso para que pudiera distinguir algo, no sucedía así en dirección al Este, en donde parte del firmamento, momentáneamente libre de nubes, dejaba ver algunas estrellas.

Y precisamente por aquel lado, una claridad bastante intensa atrajo la atención de Briant.

-¡Es un fuego! se dijo. ¿Habría establecido Walston su campamento por aquel lado?... ¡No!... ¡Ese fuego está demasiado lejano, y se encuentra ciertamente muchísimo más allá que la costa de la isla!... ¿Será un volcán en erupción? Habrá acaso una tierra en los parajes del Este?

Y se presentó a su imaginación el recuerdo de aquella mancha blanquecina que distinguió en su excursión a *Deception-bay*.

-Sí, se dijo; era de aquel mismo lado...

¿Sería aquella mancha el reflejo de la nieve?
¡Debe haber al Este una tierra bastante cerca de aquí!

-Briant fijó su anteojo en aquella claridad, que la oscuridad de la noche hacia más visible. No cabía duda; allí había alguna montaña informe, cercana a un ventisquero, y que pertenecía a un continente o a un archipiélago, cuya distancia no excedía de treinta millas.

En aquel momento Briant divisó otra luz mucho más cerca de él, a unas cinco o seis millas, y por consiguiente en la superficie de la isla, al Oeste de *Family-Lake*.

-No me equivoco esta vez, pensó Briant; es en la orilla del bosque, cerca del litoral.

Pero esa luz no hizo más que encenderse y apagarse en seguida, pues a pesar de una atenta observación, Briant no la volvió a ver.

Su corazón latía con violencia, y su mano temblaba de tal modo, que le era imposible sostener el anteojo con suficiente precisión.

Cerca de la embocadura del *East-river* había un fuego de campamento; lo había visto, y notó bien pronto que su luz se reflejaba aun en los árboles.

De modo que Walston y sus amigos estaban acampados en aquel sitio, cerca del puertecito de *Bear-rock*. ¡Los asesinos del *Severn* no habían abandonado aun la *isla Chairmán!*

Los colonos estaban siempre expuestos a una agresión, y ya no había seguridad, en *French-den*.

¡Qué decepción tan cruel experimentó Briant! Era evidente que Walston, encontrándose en la imposibilidad de reparar la chalupa, había tenido que renunciar a hacerse al mar para dirigirse a una de las cercanas tierras, si es que se hallaba alguna en aquellas regiones.

Briant, habiendo terminado sus observaciones, juzgó inútil prolongar su exploración aérea, y se preparó para bajar. El viento aumentaba sensiblemente, y ya las oscilaciones hacíanse más fuertes, imprimiendo a la canasta un balanceo que haría la bajada más difícil.

Después de asegurarse de que el bramante de avisos estaba bastante tirante, Briant soltó la bala, que en algunos segundos llegó a la mano de Garnett.

En seguida la cuerda empezó a arrollarse en la cabria, atrayendo el aparato hacia el suelo; pero al mismo tiempo que la cometa bajaba, Briant seguía mirando aun en dirección a las claridades que había

visto, asegurándose de que no se había equivocado, pues volvió a ver la que creía una erupción volcánica, y también el fuego cerca del litoral.

Con la más viva impaciencia, Gordon y sus compañeros esperaban la señal de bajada; y ¡cuán largos les habían parecido los veinte minutos que Briant acababa de pasar en el espacio!

Doniphan, Baxter, Wilcox, Service y Webb maniobraban vigorosamente sobre los manubrios de la cabria, pues ellos también habían observado que el viento tomaba fuerza y soplaba con menos regularidad. Sentían sus efectos por las sacudidas que daba la cuerda, y no pensaban sin angustia que Briant debía sufrirlas de rechazo.

El torno funcionó, pues, para enrollar los mil doscientos pies de cuerda que se habían soltado antes. El viento seguía aumentando, y tres cuartos de hora después de la señal dada por Briant, era ya fortísimo.

En aquel momento el aparato debía de estar aun a más de cien pies de altura por encima del lago.

De repente se produjo una violenta sacudida, y Wilcox, Doniphan, Service, Baxter y Webb, a los que faltó el punto de apoyo, estuvieron a punto de caer al suelo.

¡La cuerda acababa de romperse!

Y en medio de los gritos de terror, este nombre fue repetido veinte, veces:

-¡Briant!... ¡Briant!...

Algunos minutos después; el intrépido y valiente joven saltaba en la orilla del lago, y llamaba con voz fuerte.

-¡Hermano!... ¡Hermano!... exclamó Santiago, que fue el primero in abrazarle.

-¡Walston está aquí todavía!

Esto es todo lo que dijo Briant en cuanto sus compañeros se unieron a él.

En el momento en que la cuerda se rompió, Briant habíase sentido arrastrado, no a una caída vertical y vertiginosa, sino oblicua y lenta, porque la cometa hacía en algún modo el efecto de un paracaídas. Lo que importaba hacer era salirse de la canasta antes de que llegara a la superficie del lago; y Briant, que conservaba toda su sangre fría, se tiró con tiempo, y siendo, como era, buen nadador, ganó pronto la orilla, distante de cuatrocientos a quinientos pies, a lo sumo.

Y durante este tiempo la cometa, desembarazada de su peso, desapareció por el Noroeste, arrastrada por el viento, que se hacía cada vez más fuerte.

XXV

**La chalupa del «Severn.». -Costar enfermo.
-Llegada de las golondrinas. -Desaliento. -Las
aves de rapiña. -El guanaco muerto de un tiro.
-Una pipa rota. -Vigilancia más activa. -Violenta
tormenta. Una detonación fuera. -Un grito de
Kate.**

Al día siguiente, después de una mala noche, en la que Mokó estuvo también de guardia en *French-den*, los jóvenes colonos, cansados por las emociones de la víspera, no se despertaron hasta muy tarde, y apenas se levantaron, Gordon, Doniphan, Briant y Baxter pasaron a *Store-room*, en donde Kate se entregaba a sus acostumbradas faenas.

Allí hablaron de su situación, que no dejaba de inspirarles serias inquietudes.

Y, en efecto, como dijo muy bien Gordon, quince días hacía ya que Walston y sus compañeros estaban en la isla; y si la chalupa no había sido reparada, era sin duda porque carecían de las herramientas necesarias para ello.

-Así debe ser, respondió Doniphan, pues no está aquella embarcación tan destrozada, que no admita compostura. Si nuestro *Sloughi* no hubiera tenido más desperfectos que los que tiene la chalupa, hubiéramos llegado a ponerlo en estado de navegar.

Pero si Walston no había partido, no parecía tampoco que tuviera intención de quedarse en la *isla Chairmán*, toda vez que, si así fuera, hubiera indefectiblemente practicado ya alguna excursión por el interior, en cuyo caso *French-den* hubiera recibido su visita.

Y a propósito de esto, Briant habló de las observaciones que había hecho durante su ascensión respecto a las tierras que debían existir por el lado del Este, y a una distancia relativamente corta

-No habréis olvidado lo que os dije a la vuelta de mi expedición a la embocadura del *East-river*, referente a una mancha que observé en el horizonte, y que no sabía cómo explicar.

-Ni Wilcox ni yo hemos visto cosa que se le parezca, respondió Doniphan, por más que procuramos buscarla.

-Mokó la vio lo mismo que yo, repuso Briant.

-Puede que exista, replicó Doniphan. Pero ¿qué motivo tienes para creer que estemos cerca de un continente o de un grupo de islas?

-Helo aquí, dijo Briant. Mientras observaba ayer el horizonte en aquella dirección, noté una claridad, muy visible, fuera de los límites de la costa, y que no puede provenir sino de un volcán en erupción, de lo que deduzco que existe una tierra en estos parajes. Los marineros del *Severn* no deben ignorarlo, y harán, por lo tanto, cuanto les sea posible para alcanzarla.

-No es dudoso, dijo Baxter. ¿Qué interés tienen en quedarse aquí? Y seguramente por no haber podido carenar su chalupa es por lo que no estamos todavía libres de ellos.

Lo que Briant acababa de comunicar a sus compañeros era de suma importancia, pues esto les daba la certidumbre de que la *isla Chairmán* no se hallaba, como ellos creían; tan distante de alguna tierra del Pacífico; pero lo que agravaba las cosas es que Walston, abandonando la costa de *Severn-shores*, habíase aproximado en unas doce millas, y que le bastaba ahora remontar el curso del río para llegar al lago, y contornear este por el Sur para descubrir a *French-den*.

Briant tomó medidas muy severas en vista de esta eventualidad. Las salidas se redujeron a lo estrictamente necesario, sin pasar jamás de la orilla izquierda del río hasta el límite de *Bog-woods*. Baxter disimuló la empalizada del cercado con ramajes y hierbas, así como las puertas de *Store-room* y del *hall*; prohibiéndose terminantemente mostrarse en la parte comprendida entre el lago y el acantilado. Era en verdad muy triste tener que sujetarse a tan minuciosas precauciones, añadidas a las dificultades de la situación.

Nuevos motivos de inquietud tuvieron aun nuestros colonos en aquella época. Costar cayó enfermo de calenturas, que pusieron su vida en grave peligro. Gordon tuvo que recurrir al botiquín del *Sloughi*, con gran temor de cometer algún error. Felizmente Kate hizo las veces de madre de aquel pobre niño, cuidándole con ese prudente cariño, que es como un instinto en las mujeres, y no dejó de verle noche y día. Gracias a esos cuidados la fiebre desapareció y la convalecencia hubo de comenzar pronto, siguiendo sin contrariedades hasta la completa reposición de la salud en el niño.

¿Se había hallado Costar en peligro de muerte? Difícil sería decirlo; pero si los cuidados no hubieran

sido tan inteligentes, es muy posible que la fiebre hubiera llegado a agotar por completo las fuerzas del pequeño enfermo.

Sí; si Kate no hubiera estado allí, ¡Dios sabe lo que hubiera sucedido! No nos cansaremos de repetirlo; la excelente mujer había reconcentrado toda su afección en los más pequeños de la colonia, y no cesaba de acariciarlos y cuidarlos.

Lo que más la preocupaba era el cuidado de la ropa blanca, que estaba ya muy gastada, después de veinte meses de constante uso. ¿Cómo renovarla cuando no pudiera servir ya? ¿Y los zapatos? Por mucho esmero que tuvieran, y no desdeñando ir descalzos cuando el tiempo lo permitía, estaban ya en muy mal estado. Todo esto daba mucho pesar a la buena Kate.

En la primera quincena de Noviembre hubo frecuentes chubascos; pero desde el día 17 el barómetro señaló buen tiempo, y el período de los calores empezó; los árboles y arbustos se cubrieron de hojas y de flores, y los habituales huéspedes de *South-moors* habían vuelto en gran número, con gran pesar de Doniphan, por no poder entregarse a la caza de las aves acuáticas, y de Wilcox, que no podía tender los lazos. Sin embargo, algunos volátiles se

dejaron coger cerca de *French-den*, y un día Wilcox halló uno de aquellos emigrantes que el invierno había enviado hacia los desconocidos países del Norte. Era una golondrina, que llevaba aun el saquito que Briant ató debajo de una de sus alas, y que contenía las señas de los jóvenes náufragos del *Sloughi*. Pero ¡ay! el mensajero no traía respuesta.

Durante aquellos largos días ociosos, ¡cuántas horas pasaban aburriéndose en el *hall* Baxter, encargado del diario, no tenía ya ningún incidente que relatar, y antes de cuatro meses empezaría el tercer invierno para los habitantes de la *isla Chairmán*.

Excepción hecha de Gordon, que estaba siempre ocupado en los detalles administrativos, los demás se hallaban sin cesar entregados a un completo desaliento. Briant, el valeroso Briant, se sentía también sin ánimos ya, aunque ponía sumo cuidado en no darlo a conocer, procurando combatir aquel estado de sus compañeros por medio del estudio, de las conferencias y de las lecturas en alta voz; les recordaba continuamente su país y sus familias, afirmándoles que los volverían a ver algún día. En fin, se ingeniaba cuando podía para darles bríos, temiendo que la desesperación se apoderara

de ellos. Felizmente no sucedió así, pues acontecimientos muy graves los obligaron a entrar en actividad, así física como intelectual.

El 21 de Noviembre, hacia las dos de la tarde, Doniphan estaba pescando en las orillas de *Family-Lake*, cuando su atención fue vivamente atraída por los gritos discordantes de unos veinte pájaros que revoloteaban encima de la orilla izquierda del río; y si esos volátiles no eran cuervos, se las parecían mucho.

Doniphan no se hubiera preocupado por la presencia de aquellas aves si su modo de obrar no lo sorprendiera. En efecto, aquellos animales describían grandes órbitas, cuyo radio disminuía a medida que se acercaban a la tierra, y luego, reunidos en grupos, se precipitaron sobre el suelo.

Allí sus graznidos redoblaron; pero Doniphan procuró en vano espantarlos en medio de las altas hierbas, entre las que habían desaparecido.

Tuvo entonces el pensamiento de que debía hallarse en aquel sitio el cadáver de algún animal; así es que, deseoso de saber a qué atenerse, volvió a *French-den* y rogó a Mokó que le pasara con la canoa al otro lado del río.

Ambos se embarcaron, y diez minutos después se deslizaban por entre las hierbas. En seguida aquellas aves echaron a volar, protestando con su feo graznido contra los importunos que se permitían turbar su comida.

En aquel sitio yacía el cuerpo de un guanaco, muerto hacía poco tiempo, pues conservaba aun algún calor vital.

Doniphan y Mokó, poco deseosos de utilizar para la despensa los restos de la comida de las aves de rapiña, se disponían a marcharse, cuando una idea se presentó a su imaginación. ¿Cómo y por qué había venido a caer el guanaco en el límite del pantano, lejos de los bosques del Este, que no abandonaban casi nunca?

Doniphan examinó el animal, y vio que tenía en



El guanaco se cayó al ser alcanzado por el fuego.

el flanco una herida que aun manaba sangre.

-Este guanaco debe haber recibido van tiro, dijo Doniphan.

-Y aquí está la prueba de ello, respondió el grumete, que, habiendo abierto la herida con su navaja, extrajo una bala.

Esta era más bien del calibre de un fusil que de una escopeta de caza. Walston, pues, o uno de sus compañeros, había herido a aquel animal.

Doniphan y Mokó, dejando aquel cuerpo inerte a los volátiles, volvieron a la gruta, donde conferenciaron con sus compañeros.

Era evidente que el guanaco había sido herido por uno de los marineros del *Severn*, puesto que ni Doniphan ni ninguno de los colonos había disparado un tiro desde hacia más de un mes; pero lo que importaba saber era en qué momento y en qué sitio había el animal sido muerto. Pareció admisible que el hecho ocurriera cinco o seis horas antes, a lo más, tiempo suficiente para que el guanaco, después de atravesar los *Downs-lands*, pudiera llegar cerca del río. De aquí se deducía esta consecuencia: que durante aquella mañana, uno de los compañeros de Walston había debido ponerse a cazar, acercándose a la punta meridional del lago, y que la banda de aquellos malhechores, después de atravesar el *East-river*, se aproximaba poco a poco a *French-den*.

La situación se agravaba, aunque el peligro no fuese tal vez inminente aun. En efecto, en el Sur de la isla se extendía aquella vasta llanura, cortada por muchos arroyos, estanques y sembrada de dunas, en donde la caza no hubiera bastado para la alimentación de aquellos forajidos. Era de presumir, pues, que Walston no se hubiese aventurado a atravesar *Downs-lands*.

Era preciso, sin embargo, refinar la vigilancia y obrar con más prudencia aun, porque si tenían alguna probabilidad de rechazar la agresión, hasta cierto punto esperada, entraba por mucho para ello que los jóvenes no fuesen sorprendidos fuera de su morada.

Tres días después, otro hecho más significativo todavía vino a acrecentar los temores, y demostró que la seguridad estaba más que nunca comprometida.

El 24, a eso de las nueve de la mañana, Briant y Gordon se hallaban al otro lado del río *Zealand*, adonde habían ido para ver si convendría establecer una especie de malecón que cerrara el estrecho sendero que había entre el lago y el pantano, pues al abrigo de esta trinchera, llamémosla así, hubiera sido fácil a Doniphan, acompañado de sus compañeros

que mejor manejasen las armas, emboscarse rápidamente en el caso de que vieran con tiempo la llegada de Walston y su banda.

Ambos muchachos se hallaban a trescientos pasos del río, cuando Briant pisó un objeto, que aplastó. No puso cuidado en ello, pensando que era alguna concha traída hasta allí por las grandes mareas que invadían *South-moors*; pero Gordon, que iba detrás de él, se detuvo y dijo:

-Espera, Briant, espera.

-¿Qué ocurre?

Gordon se bajó y cogió el objeto aplastado.

-¡Mira! dijo.

-Eso no es una concha; es...

-¡Una pipa!

Y, en efecto, Gordon tenía en la mano una pipa negruzca, cuyo tubo estaba roto al ras del hornillo.

-Puesto que ninguno de nosotros fuma, dijo Gordon, esta pipa ha sido perdida por...

-Por uno de los bandidos de Walston, continuó Briant; a no ser que haya pertenecido al naufrago francés que nos ha precedido, en la *isla Chairmán*.

-No, repuso Gordon; esta pipa, cuyas roturas son recientes, no ha podido ser propiedad de Francisco Baudoin, muerto hace veinte años; su

dueño, quien quiera que sea, la ha perdido hace poco en este sitio, y los restos de tabaco adheridos a ella, lo demuestran bien claramente. Es pues, indudable, que algunos días, o tal vez algunas horas antes, Walston, o uno de sus secuaces, ha llegado hasta esta orilla de *Family-Lake*.

Gordon y Briant volvieron en seguida a *French-den*, y Kate, a quien Briant enseñó el hallazgo, afirmó haber visto aquella pipa en manos de Walston.

No cabía duda de que los malhechores habían dado la vuelta a aquella parte del lago, y era muy posible que durante la noche hubieran avanzado hasta la orilla del río *Zealand*.

En presencia de tan amenazadoras eventualidades, Briant, de acuerdo con los demás, se ingenió para organizar una vigilancia más activa aun. Durante el día se estableció un punto de observación permanente en la cima de *Auckland-hill* para señalar en seguida la aproximación de cualquier peligro; y de noche, dos de los mayores quedarían, haciendo guardia en las puertas del *hall* y de *Store-room*, en acecho de cualquier ruido sospechoso. Ambas puertas fueron sólidamente atrancadas, y tenían todo dispuesto de manera que en brevísimo

tiempo podían levantar por dentro una resistente y fuerte barricada con piedras y otros objetos. Las ventanas, afortunadamente estrechas, servirían de troneras para los dos cañones, con los que defenderían, con uno, la fachada que daba al río, y con el otro, la de *Family-Lake*. Los fusiles, revólvers y escopetas fueron revisados y dispuestos para usarlos a la primera voz de alarma.

Kate aprobaba todos aquellos preparativos. Esta enérgica mujer no dejaba traslucir nada de su inquietud, demasiado justificada cuando pensaba, en los azares tan inciertos de una lucha con los marineros del *Severn*. Los conocía bien, y temía que, no estando suficientemente armados, atacaran por sorpresa, a pesar de la más exquisita vigilancia.

¡Y para combatir a aquellos malvados, no había más que algunos muchachos, el mayor de dieciséis años apenas! ¡En verdad que la partida era por demás desigual! ¡Ah! Pensaba aquella buena mujer. ¿Por qué no se hallaba allí el valeroso Evans? ¿Por qué no la había seguido en su huida?

Tal vez él habría organizado mejor la defensa para resistir a los ataques de Walston.

Desgraciadamente no era así, y aparecía como muy posible que el pobre timonel hubiera sido ya

víctima de aquellos bandidos, por haber sido testigo de sus fechorías.

Llegó sin novedad el 27 de Noviembre. Hacía dos días que se había desarrollado un calor sofocante; grandes nubarrones pasaban por encima de la isla, y algunos truenos anunciaban una tormenta próxima a estallar.

Aquella noche Briant y sus compañeros entraron más pronto que de costumbre en el *hall*, después de tomar la precaución de arrastrar, como todos los días, las camas al interior de *Store-room*. Y luego, cerrando bien las puertas, se consagraron al descanso, no sin haber concluido el rezo nocturno y dedicado un recuerdo a sus familias.

A las nueve y media, la tormenta estaba en todo su apogeo.

El *hall* se iluminaba por el intenso resplandor de los relámpagos que penetraba por las rendijas de las puertas y ventanas. La luz de los relámpagos se prolongaba, uniéndose uno con otro, y parecía que el acantilado se estremecía al repercutir de los truenos. Era uno de esos meteoros sin lluvia ni viento, tan terribles, porque las nubes, completamente inmóviles, descargan en un mismo

sitio toda la electricidad acumulada en ellas, y no basta a veces una noche entera para agotarla.

Costar, Dole, Iverson y Jenkins, hechos un ovillo en su camita, temblaban a cada nuevo trueno, y, sin embargo, nada tenían que temer en aquella inquebrantable cueva. Podría el rayo caer veinte veces, cien veces, en la cima del acantilado, y de seguro que no atravesaría las paredes de *French-den*, tan resistentes al fluido eléctrico como inaccesibles a la borrasca.

De vez en cuando Briant, Doniphan y Baxter se levantaban, entreabrían la puerta y volvían a entrar en seguida, cegados por los relámpagos.

De diez a once no cesó un momento de tronar, y sólo un poco antes de las doce empezaron a mediar algunos intervalos entre los truenos, que disminuían, alejándose. El aire comenzó entonces a soplar, rechazando las nubes que se habían aproximado al suelo, y la lluvia principió a caer, con lo cual los niños empezaron a tranquilizarse. Dos o tres cabecitas, escondidas debajo de las mantas, empezaban a destacarse. No habían dormido, a pesar de ser la hora del sueño para ellos; así es que Briant y los demás se preparaban a acostarse después de tomar las precauciones habituales,

cuando *Phann* dio señales de una verdadera agitación; se ponía de manos y se abalanzaba a la puerta del *hall*, dejando oír gruñidos sordos y continuos.

-¿Habrá olfateado algo? dijo Doniphan procurando calmar al perro.

-En varias circunstancias ya lo hemos visto obrar así, respondió Baxter, y el inteligente animal jamás se equivocó.

-Antes de acostarnos es preciso averiguar lo que esto significa, dijo Gordon.

-Sea, dijo Briant; pero, de todos modos, que nadie salga, y preparémonos para la defensa.

Cada cual tomó su fusil y su revólver, y luego Doniphan avanzó hasta la puerta del *hall*, y Mokó a la de *Store-room*. Ambos, con el oído pegado contra el montante de la ventanilla, no oyeron ningún ruido a pesar de que no cesaba la agitación de *Phann*, que se puso a ladrar con tanta furia un momento después, que Gordon no pudo calmarle. Esto era muy de sentir, porque si en los instantes de calma era posible que nuestros jóvenes oyeran el ruido de los pasos de cualquiera, con más motivo se oirían desde el exterior los ladridos del perro.

De repente sonó una detonación, y por cierto que no podía confundirse con el sonido del trueno. Era un tiro que acababan de disparar a menos de trescientos pasos de *French-den*.

Todos los muchachos prepararon sus armas; Doniphan, Baxter, Cross y Wilcox, con sus fusiles, estaban apostados en las puertas, dispuestos a hacer fuego sobre cualquiera que intentara forzarlas, mientras que los demás empezaban a amontonar las piedras, preparadas para las barricadas, cuando una voz gritó desde fuera:

-¡Socorro!.. ¡Socorro!...

Allí había un ser humano, en peligro de muerte sin duda, y que reclamaba auxilio.



¡Socorro!... repitió la voz, y esta vez a muy pocos pasos de la gruta.

Kate, cerca de la puerta, escuchaba anhelante. Creía haber reconocido una voz amiga.

-¡Es él! exclamó.

-¿Él?... dijo Briant. ¿Quién es él?...

-¡Abrid!... ¡Abrid!... repetía Kate.

Doniphan y Wilcox abrieron la puerta, un hombre, chorreando agua, se precipitó en el *hall*.

Era Evans, si piloto del *Severn*.

XXVI

Kate y el piloto.-El relato de Evans. -Después del naufragio de la chalupa. -Walston en el puerto de «Bear-rock.» -El cometa. -«French-den» descubierto. -Huida de Evans. La travesía del río. - Proyectos. -Proposición de Gordon. -Tierras del lado de Oriente. -La «isla Chairmán-Hannover.»

La inesperada aparición de Evans sorprendió de tal manera a nuestros jóvenes, que se quedaron inmóviles; pero luego, por un movimiento instintivo, se aproximaron todos a él como a su salvador.

Era un hombre de veinticinco a treinta años, ancho de espaldas, de cuerpo vigoroso, ojos muy vivos, frente descubierta, fisonomía tan inteligente como simpática, y andar firme y resuelto.

Su cara estaba oculta en parte por una barba inculta, que no había sido cortada desde el naufragio del *Severn*.

Apenas entró Evans, se volvió y colocó su oído contra la puerta, que habían cerrado con presteza. No oyendo nada, avanzó hasta en medio del *hall*, allí miró con la luz del farol a los jóvenes colonos que la rodeaban, y murmuró estas palabras:

-¡Sí!... ¡Niños!... ¡Nada más, que niños!...

De repente, su fisonomía se animó; su cara estaba radiante de alegría, y sus brazos se abrieron.

Kate se adelantaba hacia él.

-¡Kate!... exclamó. ¡Kate viva!...

Y le cogió las manos como para asegurarse bien de que no eran las de una muerta.

-¡Sí, viva, Evans! respondió Kate. ¡Dios me ha salvado, como a usted, y Él es quien le envía en socorro de estos niños!

El piloto contaba con la mirada los muchachos reunidos en el *hall*.

-¡Quince, dijo; y sólo cinco o seis que estén en estado de defenderse!... ¡No importa!

-¿Estamos en peligro de que nos ataquen, señor Evans? preguntó Briant.

-No, hijo mío, no; por lo menos en este instante, respondió el piloto.



—, 211111 2130 2111111.

Todos, pequeños y grandes, tenían muchas ganas de conocer la historia de Evans, especialmente cuanto había ocurrido desde el naufragio de la chalupa, y ninguno tenía ya ganas de dormir; pero antes era preciso que aquel buen hombre se mudase

de traje, pues estaba chorreando agua, y que tomase algún alimento. Si sus ropas estaban en aquel estado, es porque había atravesado a nado el río *Zealand*, y si estaba medio muerto de cansancio y de hambre, es porque ni había comido ni descansado durante doce horas seguidas.

Briant le llevó inmediatamente a *Store-room*, en donde Gordon puso a su disposición buenos trajes de marineros, y luego Mokó le sirvió un buen trozo de carne fiambre, galleta, algunas tazas de té bien caliente y un buen vaso de *brandy*.

Un cuarto de hora después, Evans, sentado delante de la mesa del *ball*, hacía el relato de los acontecimientos que habían ocurrido desde que los marineros del *Severn* habían sido arrojados por la tormenta a aquella isla.

-Algunos instantes antes de que la chalupa encallara, dijo, cinco hombres, y yo entre ellos, fuimos lanzados sobre los primeros arrecifes. No sufrimos más que algunas contusiones; pero nos fue muy difícil librarnos de la resaca en medio de la oscuridad y con un mar furioso.

Sin embargo, después de grandes esfuerzos, llegamos sanos y salvos fuera del alcance de las olas, Walston, Brandt Rock, Book, Cope y yo. Dos

faltaban, Forbes y Pike. ¿Habían muerto, o se habían salvado cuando la chalupa encalló? Nada sabíamos de ellos, y en cuanto a Kate, pensaba ya no volverla a ver.

Y diciendo esto, el piloto no ocultaba su emoción, ni el placer que experimentaba por volver a ver a la valerosa mujer que había escapado, con él, del degüello del *Severn*. Después de haber estado ambos a merced de aquellos asesinos, se hallaban, por de pronto, libres de su poder, sino fuera de su alcance en lo porvenir.

Evans continuó:

-Cuando llegamos a la playa, necesitamos algún tiempo para encontrar la chalupa. Debió encallar a eso de las siete, y eran cerca de las doce cuando la hallamos tumbada sobre la arena, y ese retraso consistió en que bajamos a lo largo de la costa de...

-De los *Severn-shores*, dijo Briant. Ese es el nombre que le han dado algunos de nuestros compañeros que habían descubierto la embarcación del *Severn* antes de que Kate nos contara su historia.

-¿Antes?... preguntó Evans muy sorprendido.

-Sí, maestro Evans, dijo Doniphan. ¡Llegamos a aquel sitio la misma tarde del naufragio, cuando dos de vuestros compañeros estaban tendidos en la are-

nal... Pero al llegar el día fuimos a buscarlos para darles sepultura, y ya habían desaparecido.

-En efecto, repuso el piloto; ya comprendo cómo todo esto se encadena. Forbes y Pike, a quienes creíamos ahogados, ¡y ojalá lo hubieran estado, porque tendríamos dos bribones menos! habían sido lanzados a algunos pasos de la chalupa; allí fueron hallados por Walston y los demás, quienes le reanimaron con algunas gotas de aguardiente.

Por fortuna para ellos y por desgracia para nosotros, las cajas de la embarcación no habían sido destrozadas, ni siquiera alcanzadas por él agua del mar. Las municiones, cinco fusiles y lo que quedaba de provisiones, fue sacado de la chalupa, pues era de temer que se destrozara completamente todo eso en la próxima marea.

Después abandonamos el sitio del naufragio, siguiendo la costa en dirección al Este.

En aquel momento uno de esos bribones hizo notar que Kate no había parecido. Walston respondió: «¡Se la ha llevado una ola, y más vale así!» Lo que me hizo pensar que si aquellos bribones se alegraban por la desaparición de Kate, a quien ya no

necesitaban, sucedería lo mismo conmigo cuando no les hiciera falta. ¿Pero dónde estabais, Kate?

-Cerca de la embarcación, del lado del mar, respondió ella. No podían verme, y oí cuanto dijeron... Después que se marcharon, me levanté, y para no volver a caer en manos de aquellos miserables huí en dirección opuesta, y treinta y seis horas después, medio muerta de hambre, fui recogida por estos buenos muchachos y traída a *French-den*.

-¡*French-den!*... repitió Evans.

-Es el nombre que tiene nuestra morada, dijo Gordon, en recuerdo de un naufrago francés que la habitó muchos años antes que nosotros.

-¡*French-den!*... ¡*Severn-shores!*... dijo el piloto; ¡veo, hijos míos, que habéis dado nombres a las diversas partes de la isla!... ¡Está muy bien hecho!...

-Sí, señor Evans, y nombres muy bonitos, replicó Service, hay otros muchos, *Family-Lake*, *Downs-lands*, *South-moors*, *río Zealand*, *Traps-woods*...

-¡Bueno!... ¡Bueno!... ¡Me enseñaréis todo esto... más tarde... mañana!... Mientras tanto, continúo mi historia... ¿No se oye nada fuera?

-Nada, respondió Mokó, que estaba de guardia cerca de la puerta del *ball*.

-Bien, dijo Evans; prosigo.

Una hora después de haber abandonado la chalupa, llegamos a unos pequeños grupos de árboles, en donde establecimos nuestro campamento. Al día siguiente, y sucesivamente, volvimos al sitio del naufragio, procurando reparar la barca; pero no teniendo más que un hacha, fue imposible ponerla otra vez en estado de hacerse a la mar, aun para una pequeña travesía, y además el sitio era de suyo incómodo para reparaciones de aquel género.

Partimos, pues, para buscar un campamento en un lugar menos árido, en el que la caza nos diera el alimento diario, y al mismo tiempo que estuviera cerca de un río para tener agua dulce, porque nuestra provisión estaba completamente agotada.

Más tarde, siguiendo la costa; en una extensión de doce millas próximamente, llegamos a un pequeño río...

-¡El *East-river!* dijo Service.

-¡Bien por el *East-river!* respondió Evans. Allí, en el fondo de una vasta bahía...

-¡*Deception-bay!* replicó Jenkins.

-¡Vaya por *Deception-bay!* dijo el piloto sonriendo. Hay un puerto en medio de las rocas...

-¡*Bear-rock!* exclamó Costar a su vez.



De frente, ocupado de agua, penetró en la bahía.

-¡Sea *Bear-rock*, mi chiquitín! respondió el marino, aprobando el nombre con un movimiento de cabeza. Nada era más fácil que instalarse en aquel sitio, y si podíamos llevar allí la embarcación, que de seguro la primera tempestad acabaría de demoler en

el sitio en que se hallaba, tal vez llegásemos a carenarla.

Volvimos, pues, a buscarla, y cuando la aligeramos todo lo que fue posible, la pusimos a flote, y aun cuando se llenaba de agua, conseguimos arrastrarla por la misma orilla y traerla al puerto, en donde se halla ahora en perfecta seguridad.

-¿Está la chalupa *en Bear-rock*? dijo Briant.

-Sí, hijo mío, y creo que sería posible componerla si tuviésemos las herramientas necesarias...

-¡Nosotros las tenemos, señor Evans! respondió con viveza Doniphan.

-Eso es lo que ha supuesto Walston, cuando la casualidad le hizo saber que la isla estaba habitada y por quién.

-¿Cómo ha podido saberlo? preguntó Gordon.

-Helo aquí, respondió Evans. Hace ocho días Walston, sus compañeros y yo (pues jamás me dejaban solo), hacíamos un reconocimiento por el bosque. Después de tres o cuatro horas de marcha, remontando el curso del *East-river*, llegamos a las orillas de un vasto lago de donde salía aquel río; y allí... ¡juzgad cuál no sería nuestra sorpresa al encontrar tan singular aparato caído en la ribera!...

Era una especie de armazón hecho con cañas y cubierto con una tela...

-¡Nuestra cometa! exclamó Doniphan.

-¡Nuestra cometa, que cayó en el lago, y que el viento empujó hasta allí! añadió Briant.

-¡Ah! ¿Era una cometa? dijo Evans. A fe mía, no lo adivinamos, y esa máquina llamaba mucho nuestra curiosidad. No podía haberse hecho sola, y no cabía duda de que había sido fabricada en la isla. Esta se hallaba, por lo tanto, habitada... Pero ¿por quién?... Esto era lo que importaba a Walston saber. En cuanto a mí, desde aquel día tomó la resolución de huir. Cualesquiera que fuesen los habitantes de la isla, aun cuando fueran salvajes, no podían ser peores que los asesinos del *Severn*. Desde aquel día no me perdieron de vista ni un momento.

-¿Y cómo ha sido descubierto *French-den*? preguntó Baxter.

-Ya llego a ello, respondió el marino; pero antes de que prosiga mi relato decidme para qué os ha servido esa enorme cometa. ¿Era una señal?

Gordon contó entonces lo que habían hecho, con qué objeto se hizo, cómo Briant había arriesgado su vida por la salvación de todos, y de

qué modo se enteró de que Walston no había aun abandonado la isla.

-¡Sois un atrevido muchacho! dijo Evans, que tomó la mano de Briant y se la apretó como pudiera hacerlo con un hombre.



Y luego continuó:

-Comprenderéis fácilmente que Walston no tuvo desde entonces más que una preocupación: saber quiénes eran los habitantes de esta isla, que nos era desconocida. Si indígenas, tal vez pudiera entenderse con ellos; si náufragos, era posible que poseyeran las herramientas que le faltaban, y en este caso no le rehusarían su concurso para poner la chalupa en estado de hacerse a la mar.

Las indagaciones empezaron, pues, con mucha prudencia, en verdad. Avanzábamos poco a poco explorando los bosques de la orilla derecha del lago para aproximarnos a la punta del Sur, pero no descubrimos ni un ser humano, ni oímos detonación alguna por aquella parte de la isla.

-Eso consistía, dijo Briant, en que ninguno de nosotros se alejaba ya de *French-den*, y en que estaba prohibido disparar un solo tiro.

-¡Y sin embargo, habéis sido descubiertos! ¡Pero no podía ser de otro modo! En la noche del 23 al 24 de Noviembre uno de los compañeros de Walston llegó cerca de aquí, por la orilla meridional del lago. La mala suerte quiso que al pasar entreviera una claridad que filtraba a través de las paredes del acantilado; fue sin duda la luz del farol, que se vio un instante por la puerta que abríais para entrar o salir

alguno. Al día siguiente, Walston se dirigió por este sitio, y se quedó oculto parte de la noche entre las altas hierbas que crecen cerca del río...

Ya lo sabíamos, dijo Briant.

-¿Lo sabíais?

-Sí, pues en aquel sitio, Gordon y yo hemos hallado los fragmentos de una pipa que Kate ha reconocido como perteneciente al forajido que acabáis de nombrar.

-¡Justamente! repuso Evans. Walston la perdió durante su excursión, lo que lo contrarió vivamente; pero ya, en cambio, la existencia de la pequeña colonia le era conocida. Mientras estuvo acechando, vio a la mayor parte de vosotros ir y venir por la orilla derecha del río... Walston volvió y dio parte a sus compañeros de que no había aquí más que unos cuantos muchachos, de los que siete hombres se desharían fácilmente. Una conversación que sorprendí entre Brandt y él me enteró de lo que preparaban contra *French-den*.

-¡Monstruos! exclamó Kate; no hubieran tenido piedad de estos pobres niños.

-¡No, Kate! respondió Evans. ¡La misma que tuvieron del capitán y de los pasajeros del *Severn*! Son monstruos, como lo habéis dicho muy bien, y los

manda el más cruel de todos, ese Walston, que, así lo espero, no escapará al castigo que merecen sus crímenes.

-En fin, Evans, dijo Kate; habéis llegado a escaparos; ¡gracias a Dios!

-Sí, mi buena Kate, repuso el marinero.

-La hemos puesto *Viernecitas*, interrumpió Service. Ya os explicaré el motivo.

-Bien, contestó Evans; mas continuaré mi relato. Hará como cosa de doce horas que aprovechando una ausencia de Walston y de otros cuatro que me dejaron bajo la vigilancia de Forbes y de Rock, me escapé, confiado en que no me sería difícil hacer perder mis huellas a aquellos bandidos.

Eran poco más o menos las diez de la mañana cuando eché a correr a través del bosque... Casi en seguida Forbes y Rock lo advirtieron y empezaron a perseguirme. Estaban armados con sus fusiles, y yo no tenía más que un cuchillo de marino para defenderme y mis piernas para correr como un galgo.

La persecución duró todo el día. Cortando oblicuamente por medio del bosque, llegué a la orilla izquierda del lago, tuve que dar la vuelta a la punta, pues sabía, por la conversación que yo había oído,

que estabais establecidos en las orillas de un río que corre hacia Oeste.

¡Jamás he corrido tanto, ni tanto tiempo tampoco! ¡Cerca de quince millas en un día! ¡Mil diablos! Aquellos bribones corrían tanto como yo, y sus balas corrían todavía más. Varias veces silbaron a mis oídos. ¡Figuráos! yo sabía su secreto; si me escapaba, temían de que os avisara; era preciso apoderarse de mí otra vez. ¡Verdad es que si no hubiesen tenido armas de fuego los hubiera esperado a pie firme con mi cuchillo en la mano, y los hubiera muerto, o ellos a mí! ¡Sí, Kate; mejor hubiera querido morir que caer en manos de aquellos bandidos!

Esperaba yo, sin embargo, que aquella condenada persecución acabaría con la noche; pero no sucedió así. Yo había contorneado la punta del lago, y oía siempre a Forbes y a Rock detrás de mí. La tempestad, que amenazaba desde hacía algunas horas, estalló entonces, e hizo más difícil mi huida, pues a la luz de los relámpagos aquellos bandidos podían distinguirme en el ribazo. Llegué, por fin, hasta muy cerca de la orilla del río; tan terca, que no distaba de ella ni cien pasos. Si consiguiera atravesarlo, pensaba yo, me consideraría en salvo,

pues jamás se atreverían ellos a vadearlo sabiendo que se hallaban en las cercanías de *French-den*.

Cobré ánimo, aceleré la marcha, y ya iba a alcanzar el agua, cuando uno de los últimos relámpagos iluminó el espacio, y en seguida se oyó una detonación...

-La que nosotros oímos también, dijo Doniphan.

-Seguramente, repuso el piloto. Una bala me rozó el hombro; di un salto, y me precipité al río. Después de algunas brazadas llegué a la ribera opuesta, y me escondí entre las hierbas, mientras que Forbes y Rock miraban el agua y decían: «¿Le has dado? -Respondo de que sí.»

-Entonces está en el fondo. -Seguramente, y ya está muerto, y bien muerto -Un estorbo menos. Y se marcharon.

-¡Sí; un estorbo menos!... Lo mismo dijeron de Kate. ¡Ah, bribones! ¡Ya veréis si he muerto!... Algunos instantes después me incorporé y me dirigí hacia el ángulo del acantilado. El ruido de unos ladridos llegó hasta mí... llamé... la puerta de *French-den* se abrió, y... ¡ahora, añadió Evans señalando con la mano en dirección al lago, a

nosotros toca, muchachos, concluir con esos malvados y desembarazar de ellos la isla!

Estas palabras las pronunció con una energía tal, que todos se levantaron con ademán de seguirle; pero él les calmó en el acto, diciéndoles que ahora tocaba a ellos referir su historia, y entonces contaron a Evans todo cuanto les había pasado en veinte meses. Le describieron las condiciones en que el *Sloughi* salió de Nueva Zelandia; le pintaron con vivos colores su larga travesía por el Pacífico hasta la isla; el descubrimiento del naufrago francés; la instalación de la pequeña colonia en *French-den*; las excursiones durante el verano; los trabajos del invierno, y, por fin, le hicieron un minucioso relato, salpicado de chistes y de felices ocurrencias, de cuantas peripecias les acaecieron hasta llegar a conseguir tener las cosas necesarias para la vida tranquila que llevaban antes de la llegada de Walston y de sus cómplices.

-¿Y desde hace veinte meses ningún buque ha pasado a la vista de la isla? preguntó Evans.

-Ninguno hemos visto, dijo Briant.

-¿Habéis establecido señales?

-Sí; colocamos un mástil en lo más alto del acantilado.

-¿Y no ha producido ningún efecto?

-No, señor Evans, respondió Doniphan; pero es preciso que sepáis que hace seis semanas lo echamos abajo para que no llamara la atención de Walston.

-Hicisteis muy bien, hijos míos. Ya sabe aquel bribón a qué atenerse respecto a vosotros; así es que es preciso estar con cuidado.

-Desde luego, dijo Gordon, puesto que tenemos que vérnoslas con semejantes miserables, y no con gente honrada, a quienes hubiéramos ayudado de tan buena gana, adquiriendo nuestra colonia, sin duda alguna, más fuerza, mientras que ahora tendremos que luchar, defender nuestra vida, y, después de todo... ¡quién sabe cuál será el resultado!

-Dios, que os ha protegido hasta ahora, hijos míos, respondió Kate, Dios no os abandonará... ¡Ya os ha enviado a Evans!

-¡Evans!... ¡Viva Evans!... exclamaron todos los niños a una.

-Contad conmigo, muchachos, respondió el piloto, como cuento con vosotros, y os prometo que nos defenderemos bien.

-Sin embargo, dijo Gordon: ¿no sería posible evitar esa lucha, si Walston consintiera en abandonar la isla?

-¿Qué quieres decir? preguntó Briant.

-Que si sus compañeros y él no se han marchado ya, es porque no han podido componer la chalupa. ¿No es así, Evans?

-Seguramente que sí.

-Pues bien; si se les propusiera prestarles todas las herramientas necesarias, tal vez aceptasen. Bien comprendo que es cosa repugnante entablar relaciones con los asesinos del *Severn*; pero dejará de serlo desde el momento en que lo hagamos para librarnos de ellos y para impedir un ataque que puede costar mucha sangre. ¿Qué pensáis de esto, Evans?



Wilson, oculto entre las lianas, observaba á su monstruo.

Este escuchó muy atentamente lo propuesto, que demostraba en su autor un gran sentido práctico y daba a entender que no se abandonaba jamás a la influencia de las primeras impresiones, así como acusaba al mismo tiempo un carácter que le hacía

mirar con calma cualquier situación, por difícil que fuera, dando esto a conocer al piloto que aquel muchacho era el más formal de todos, por lo que su proposición le pareció digna de ser atendida.

-Decís bien, señor Gordon; cualquier medio sería bueno para evitar la presencia de aquellos malhechores, valiendo más, en efecto, que se marcharan después de haberles proporcionado los medios de carenar la chalupa, que entablar una lucha cuyo resultado puede ser dudoso. Pero ¿es posible fiarse de Walston? Cuando estéis en relaciones con él, ¿no aprovechará la ocasión de intentar sorprender a *French-den* y de apoderarse de lo que os pertenece? Puede creer también que habéis salvado algún dinero de vuestro naufragio, y, creedme, esos bribones no procurarán otra cosa más que haceros daño, en cambio de vuestros favores. Son almas pervertidas, que no saben lo qué es agradecimiento. Y, no lo dudéis; entenderse con ellos es lo mismo que perderse.

-¡No, no, no!... exclamaron Baxter y Doniphan, a los que se unieron todos los demás con una energía que causó mucho placer al piloto.

-¡No!... añadió Briant. No queremos nada con Walston ni con su cuadrilla.

-Luego, repuso Evans, no son sólo herramientas lo que necesitan, sino también municiones. Que tienen bastante para atacarnos, es demasiado cierto, por desgracia; pero cuando traten ellos de recorrer otros parajes, lo que les quede de plomo y la pólvora no será suficiente. Entonces os pedirán tales cosas; las exigirán. ¿Se lo daréis?...

-No por cierto, respondió Gordon.

-Pues bien; procurarán apoderarse de todo por la fuerza, y no habréis conseguido otra cosa que retrasar la lucha en peores condiciones para nosotros.

-Tenéis razón, señor Evans, replicó el americano. Estemos a la defensiva y esperemos.

-Es el mejor partido que podemos tomar. Y además, tengo, para esperar, un motivo que me alienta más que otro alguno.

-¿Cuál es?

-Prestadme atención. Walston, como sabéis muy bien, no puede abandonar la isla sino con la chalupa del *Severn*.

-Es evidente, replicó Briant.



-Evidentísimo: esa embarcación puede repararse-

-Evidentísimo: esa embarcación puede repararse, os lo afirmo, y si Walston ha renunciado a ponerla en estado de navegar, es por falta de lo necesario.

-Si no fuera por eso, estaría ya lejos de aquí, dijo Baxter.

-Tenéis razón, hijo mío. Pues bien; si dais a ese malvado los medios de reparar la chalupa, no dudo que abandonase la idea de saquear *French-den*, cosa conveniente para nosotros; pero no vacilemos tampoco de creer que con seguridad se apresurará a emprender la marcha sin ocuparse para nada de nuestra pequeña colonia.

-Me extraña que no lo haya hecho ya, exclamó Service.

-¡Mil diablos! Si tal hubiera sido, replicó Evans, se valdría de la chalupa, y entonces, ¿cómo podríamos marchar de aquí nosotros?

-¡Cómo, señor Evans! dijo Gordon. ¿Contáis con esa embarcación para dejar la isla?

-¡Pues ya lo creo!

-¿Para ir a Nueva Zelanda atravesando el Pacífico? añadió Doniphan.

-¿El Pacífico?... No, hijos míos, respondió Evans; pero sí para llegar a un punto cercano, en donde esperaríamos la ocasión de volver a Auckland.

-¿L o pensáis así, señor Evans? repuso Briant.

Y al mismo tiempo, tres o cuatro de sus compañeros acosaron a preguntas al buen marino.

-Pero ¿cómo es posible que esa embarcación baste para una travesía de varios centenares de millas? dijo Baxter.

-¡Centenares de millas!... repuso el piloto. ¡Nada de eso; unas treinta, cuando más!...

-¿No estamos, por ventura, en una isla? preguntó Doniphan. ¿Acaso el mar no rodea toda esta tierra?

-Por el Poniente, respondió Evans; pero al Sur, al Este y al Norte no hay más que canales que se atraviesan fácilmente en sesenta horas.

-¿De modo que no nos equivocábamos pensando que había tierras en las cercanías? dijo Gordon.

-No os engañabais, no. Y son hasta muy grandes las que existen por la parte oriental.

-Sí, por el lado de Levante, exclamó Briant. Aquella mancha blancuzca y aquel resplandor que distinguí en esa dirección.

-¿Una mancha blancuzca, decís? replicó el piloto. Debe ser algún ventisquero, y el resplandor de que habláis, la llama de un volcán, cuya situación debe constar en los mapas. Pero, vamos a ver, muchachos: ¿en dónde creéis hallaros?

-¡En una isla, sola, en medio del Pacífico! respondió el americano.

-¡Una isla, sí! Sola, no. ¡Tened por cierto que pertenece a uno de los numerosos archipiélagos sembrados en la costa de la América del Sur! Pero ¿cómo es que, habiendo dado nombres a los cabos, bahías, ríos, etc., no me habéis dicho aun el de la isla?...

-*Isla Chairmán*; le dimos el de nuestro colegio, respondió Doniphan.

-*Isla Chairmán!*... repitió el marino. ¡Pues de hoy en adelante tendrá dos, puesto que se llamaba ya isla de Hannover!. Terminado este diálogo, procedieron a las medidas de vigilancia acostumbradas y se fueron a descansar, después de preparar una cama en el hall para el buen Evans. Los jóvenes colonos se hallaban bajo la influencia de una doble impresión, capaz de turbar su sueño; de un lado la perspectiva de una sangrienta lucha, y de otro la posibilidad de volver al seno de sus familias.

El piloto dejó para el día siguiente la conclusión de sus explicaciones, indicando en el atlas la posición exacta de la isla Hannover, y mientras que Mokó y Gordon velaban, la noche acabó tranquilamente en *French-den*.

XXVII

**El Estrecho de Magallanes. -Las tierras y las islas que le rodean. -Establecimientos que hay en ellas. -Proyectos para el porvenir. -¿La fuerza o la astucia? -Rock y Forbes. -Los falsos naufragos. -Acogida hospitalaria. -Entre once y doce de la noche. -Un tiro de Evans. --
Intervención de Kate.**

El Estrecho de Magallanes, descubierto en 1520 por el ilustre navegante portugués, es un canal de unas trescientas ochenta millas, cuya curva se dibuja de oeste a Este, desde el cabo de las Vírgenes, en el Atlántico, hasta el de los Pilares, en el Pacífico. Se halla rodeado por costas muy accidentadas, y dominado por montañas de tres mil pies sobre el nivel de mar; está lleno de bahías, en las que hay infinidad de puertos de refugio, ricos en agua dulce, y en donde los buques pueden renovar sus provisiones; se ve cercado por espesos bosques, en los que abunda la caza y retumba con el estrépito de millares de cascadas, cuyas aguas se precipitan en innumerables cascadas; y, por último, ofrece a los barcos que llegan de Oriente o de Occidente un

paso mucho más corto que el de Lemaire, entre la Tierra de los Estados y la Tierra de Fuego, con la ventaja de estar menos acosado por las tormentas que el del Cabo de Hornos.

Los españoles, que durante medio siglo fueron los únicos que visitaron las tierras magallánicas, fundaron en la península de Brunswick el establecimiento de Port-Famine. A los españoles siguieron los ingleses Drake, Cavendish, Chidley, Hawkins; luego fueron los holandeses de Weert, de Cord, de Noort, con Lemaire y Schouten, quienes descubrieron en 1610 el Estrecho de ese nombre. Y, por fin, desde 1696 a 1712, los franceses Degesnes, Beauchesne-Gouin y Frezier aparecieron allí.

Durante aquella época, dichos parajes fueron visitados por los navegantes más célebres de fines de aquel siglo, Anson, Cook, Byron, Bougainville y otros.

Desde entonces, el Estrecho de Magallanes fue una de las vías más frecuentadas para el paso de uno a otro Océano, sobre todo desde que el vapor, que no teme ni a los vientos desfavorables ni a las corrientes contrarias, permite atravesarle en condiciones excepcionales de navegación.

Tal es el Estrecho que el 28 de Noviembre Evans mostraba en el atlas de Stieler a Briant, Gordon y demás colonos.

La Patagonia, última región de la América del Sur, la Tierra del Rey Guillermo y la península de Brunswick, forman el límite septentrional del Estrecho; en el Sur se halla rodeado por ese archipiélago magallánico, que comprende las grandes islas de la Tierra de Fuego, la de Desolación, las islas Clarence, Holte, Gordon, Navarín, Wollaston, Stewart y otras muchas menos importantes, hasta el último grupo de las Ermitas, de las que la más avanzada entre ambos Océanos no es otra cosa que la última cima de la alta cordillera de los Andes, y que se llama el Cabo de Hornos.

Por el Este se ensancha entre el cabo de las Vírgenes, de la Patagonia, y el del Espíritu Santo, de la Tierra de Fuego; pero no sucede lo mismo por el Oeste, y así Evans se lo hizo observar a los moradores de *French-den*. Por aquel lado se encuentra el viajero innumerables islotes, islas, archipiélagos, estrechos, canales y brazos de mar, siendo por un paso situado entre el promontorio de los Pilares y la punta meridional de la gran isla de la Reina Adelaida, por donde el Estrecho desemboca en el Pacífico.

Más arriba de esta embocadura se desarrolla una serie de islas, caprichosamente agrupadas, desde el Estrecho de lord Nelson hasta el grupo de las Chonos y de las Chiloë, que confinan con la costa chilena.

-Y ahora, añadió Evans, fijaos más allá del Estrecho de Magallanes, en esta isla, sólo separada por canales, al Sur de la de Cambridge y de las de Madre de Dios y Chatam, al Norte. Pues bien; esta isla, situada a los cincuenta y un grados de latitud, es la de Hannover; la misma a que habéis dado el nombre de *Chairmán*, y que habitáis desde hace veinte meses.

Briant, Gordon y Doniphan, inclinados sobre el atlas, miraban con curiosidad aquel punto señalado por Evans, aquella isla que creían tan lejana de toda tierra, y que estaba tan cerca de la costa americana.

-¡Cómo! dijo Gordon: ¿no estamos separados de la Patagonia más que por esos brazos de mar?

-Así es, hijos míos, respondió Evans; pero entre ésta y el mencionado continente no existen sino islas tan desiertas como la que habitamos. Si hubierais llegado a tierra americana, os hubiera sido preciso andar centenares de millas para alcanzar los establecimientos de Chile o de la República

Argentina. ¡Y cuántas fatigas no hubierais experimentado, sin contar los muchos peligros que habríais arrojado, toda vez que los indios *puelches*, errantes a través de las pampas, son poco hospitalarios! Me parece, sin ningún género de duda, que ha sido una felicidad para vosotros, puesto que teníais asegurada la existencia material, el no haber podido abandonar esta isla, si bien, Dios mediante, espero podremos dejarla juntos.

De modo que los canales que rodean la isla Hannover no miden en ciertos sitios más que quince o veinte millas de ancho, y de seguro que Mokó; con un buen tiempo, hubiera podido atravesarlos sin cuidado alguno hasta en la canoa; y si Briant, Gordon y Doniphan, en sus excursiones al Norte y al Este, no habían podido ver aquellas tierras, es debido a que están en extremo bajas. En cuanto a la mancha blanca, era uno de los ventisqueros del interior, y la montaña en erupción uno de los volcanes de las regiones magallánicas.

Briant observó también otra cosa, mirando con atención el mapa, y es que la casualidad los había llevado durante sus excursiones a los puntos del litoral más lejanos de las cercanas islas; y si bien es verdad que Doniphan llegó hasta *Severn-shores*, y

hubiera podido divisar desde allí la costa meridional de la isla Chatam, como aquel día estaba el horizonte tan nublado por los vapores de la borrasca, era imposible distinguir nada. Para divisar las lejanas tierras que se hallaban en las inmediaciones hubiera sido preciso ir, ya a *North-cape*, desde donde eran visibles la isla Chatam y la de Madre de Dios, situadas más allá del Estrecho de la Concepción, o bien a *South-cape*, desde cuyo punto se podrían ver las puntas de las islas de la Reina, Reina Adelaida o Cambridge, y quizás también al extremo del litoral de *Downs-lands*, que domina las cimas, divisoando desde allí la isla Owen o los ventisqueros de las tierras del Sudeste.

Los jóvenes colonos jamás habían llevado sus exploraciones tan lejos; y en cuanto al mapa de Francisco Baudoin, Evans no pudo explicarse el por qué aquellas islas y tierras no estaban indicadas allí. Puesto que el náufrago francés había podido determinar con bastante exactitud la configuración de la isla Hannover, es que había dado la vuelta a la costa. Sería preciso admitir que las brumas se lo habían impedido.

Y en el caso en que Briant y sus compañeros llegaran a apoderarse de la chalupa del *Severn* y a repararla, ¿hacia qué lado la dirigirían?

Esta fue la pregunta que le hizo Gordon.

-Hijos míos, respondió Evans; no procuraré remontar ni al Norte ni al Este. Cuanto más camino hagamos por mar, mejor será para nosotros. Es seguro que con una buena brisa la embarcación podría llevarnos hacia algún puerto chileno, en el que nos acogerían muy bien; pero el mar es muy bravío en aquellas costas, mientras que los canales del archipiélago nos ofrecerán una travesía fácil.

-En efecto, respondió Briant. Mas, ¿encontraremos en aquellos parajes algún establecimiento y los medios necesarios para volver a Auckland?

-Así lo creo, respondió Evans. Mirad conmigo el mapa. Después de pasar el archipiélago de la Reina Adelaida, ¿adónde llegamos por el canal Smith? Al Estrecho de Magallanes, ¿no es verdad? Pues bien; casi a la entrada de aquel Estrecho está situado el puerto de Zamar, que pertenece a la Tierra de la Desolación, y allí podremos ponernos en el camino que nos conduzca a la patria.

-¿Y si no encontramos ningún buque? preguntó Briant; ¿esperaremos a que pase alguno?

-No, señor Briant. Seguid conmigo el Estrecho de Magallanes. ¿Veis aquella gran península de Bruswick?... Pues allí, en la bahía Fontescue, en el puerto Galantes, en donde los buques paran muchas veces; y si es preciso ir más allá y doblar el cabo Froward, al Sur de la Península, encontraremos la bahía de San Nicolás de Bougainville, en la que se detienen los barcos que pasan el Estrecho; y en fin, más allá, sí queremos ir, está Port-Famine, y más al Norte, Punta Arena.

El piloto tenía razón. Una vez en el Estrecho, la chalupa tendría muchos puntos en donde poder parar, y por lo tanto nuestros jóvenes se hallarían en condiciones de volver al seno de sus respectivas familias, sin contar con el posible encuentro de buques con rumbo a Australia o a Nueva Zelandia. Si Puerto Tamar, Puerto Galante y Puerto Famine ofrecen pocos recursos, Punta Arena, por el contrario, está provista de todo lo necesario para la existencia. Aquel gran establecimiento, fundado por el Gobierno chileno, forma un verdadero pueblo, edificado en el litoral, con una bonita iglesia, cuyo campanario se levanta airoso entre los soberbios

árboles de la península de Brunswick. Está en plena prosperidad, mientras que Puerto Famine, que data del siglo XVI, no es ya más que una ruina.

Además, en la época presente existen más al Sur otras colonias, que son a menudo visitadas por expedicionarios científicos, entre otras la de Liwya, en la isla Navarín, y principalmente la de Voshovia; en el canal de Beagle, más arriba de la Tierra de Fuego. Esta última, merced a la abnegación de los misioneros ingleses, ayuda mucho a las investigaciones de aquellas regiones, en las que los franceses han dejado numerosas huellas de sus pasos, como lo atestiguan los nombres de Dumas, Cloué, Pasteur, Chanzy, Grévy, dados a ciertas islas del archipiélago magallánico.

La salvación de los jóvenes colonos era cierta, pues, si llegaban al Estrecho de Magallanes. Es verdad que para eso era necesario carenar la chalupa y apoderarse de ella, lo que no sería posible sino después de reducir a la impotencia a Walston y sus cómplices.

Y si la embarcación estuviera todavía en el sitio en que Doniphan la había visto en la costa de *Severn-shores* hubiera sido posible apoderarse de ella, porque Walston, a la sazón instalado allá por

Deception-bay, o sea a unas quince millas de distancia, no hubiera tenido fácilmente noticia de semejante hecho. Lo que aquel bandido pudo realizar, Evans hubiera podido hacerlo también; es decir, conducir la chalupa, no a la embocadura del *East-river*, sino a la del río *Zealand*, y remontarlo hasta llegar a *French-den*. Allí las reparaciones se hubieran emprendido en mejores condiciones, bajo la dirección del marino, y una vez aparejada y cargada con municiones, provisiones de boca y con algunos objetos convenientes o necesarios, abandonar la isla antes de que los malhechores se hubieran puesto en estado de atacarlos.

Por desgracia, esto no podía ejecutarse ya. La cuestión de partida no podía resolverse sino por la fuerza, bien sea tomando la ofensiva, o estándose a la defensiva. Nada podían hacer mientras no vencieran a la tripulación del *Severn*.

Evans inspiraba ciega confianza a los jóvenes colonos, nacida al abrigo de las simpatías, y de la sinceridad con que se expresaba, y muy especialmente debida al entusiasmo con que Kate les había hablado de él.

Desde que el marino había podido cortarse el pelo y la barba, su fisonomía aparecía distinta, y

pudo verse que su cara revelaba tanta franqueza y sinceridad como atrevimiento, energía y valor, sin que su carácter, resuelto y firme, le estorbase para ser capaz de todos los sacrificios. Kate tenía razón cuando decía que Evans era un enviado del cielo que acababa de aparecer en *French-den*. ¡Era, en fin, un hombre en medio de aquellos niños!

Perfectamente conocida ya la situación de la colonia, sacados los jóvenes de la ignorancia en que se hallaban, y estudiados todos los medios, Evans quiso enterarse de los recursos con que podría contar para sostener la resistencia que pensaba oponer al ataque de los bandidos.

Store-room y el hall le parecieron convenientemente dispuestos para la defensa. Examinados sus frentes, se veía que el uno dominaba el ribazo y el *Zealand*, y el otro *Sport-terrace* hasta la orilla del lago. Las ventanillas podían servir para hacer fuego en aquellas direcciones, quedándose a cubierto. Con sus ocho fusiles los sitiados podrían tener a raya a los sitiadores y ametrallarlos con los dos cañoncitos, si se aventuraban por las cercanías de la gruta. En cuanto a los rovívers, hachas y cuchillos, todos sabrían

servirse de ellos si se llegara a un combate cuerpo a cuerpo.

Evans aprobó la precaución tomada por Briant de haber amontonado piedras en el interior para impedir que las puertas fuesen derribadas; pues si ellos eran fuertes dentro, es preciso no olvidar que fuera serían débiles, toda vez que no eran más que seis muchachos de trece a quince años contra siete hombres vigorosos, acostumbrados al manejo de las armas y de una audacia tal, que no retrocedían ni ante el asesinato.

-¿Los consideraréis como temibles malhechores? preguntó Gordon.

-¡Sí, muy temibles!

-Menos uno de ellos, que, a mi parecer, no está enteramente viciado, cual es Forbes, el que me salvó la vida, dijo Kate.

-¡Forbes! exclamó Evans. ¡Mil diablos! Que haya sido arrastrado por los malos consejos de sus compañeros, o por el miedo que les tenía, lo cierto es que ayudó a cometer los asesinatos del *Severn*. Además, ¿no me persiguió ayer con tanto encarnizamiento como Rock? ¿No ha tirado sobre mí como sobre una fiera? ¿No se alegró, creyéndome muerto? ¡No, mi buena Kate; mucho me temo que

no valga más que los demás! ¡Si os salvó la vida, es porque sabía que aquellos bandidos os necesitaban todavía, y bien seguro es que no se quedará atrás cuando se trate de marchar contra *French-den!*

Algunos días pasaron sin que nada sospechoso llamase la atención de los jóvenes colonos, que observaban los alrededores desde lo alto del acantilado. Esto no dejaba de sorprender a Evans, que, conociendo los proyectos de Walston, y sabiendo el interés que tenía en apresurarse, se preguntaba porqué desde el 27 al 30 de Noviembre no había hecho todavía ninguna demostración.

Entonces tuvo idea de que aquel malvado procuraría tal vez usar de astucia, en vez de emplear la fuerza para penetrar en *French-den*, y comunicó su pensamiento a Briant, Gordon, Doniphon y Baxter, con los que conlenciaba muchas veces.

-Mientras estemos encerrados en la gruta, dijo, Walston tendrá mucho qué hacer para derribar las puertas, si no tiene quien se las abra; y, por lo tanto, es fácil que quiera entrar aquí por astucia...

-¿Y cómo? preguntó Gordon.

-Puede ser de un modo que se me ha ocurrido, respondió Evans. Ya sabéis, hijos míos, que solamente Kate y yo somos los que podíamos

denunciar a aquellos criminales. Pues bien; aquel bandido cree que Kate ha perecido en el naufragio; y en cuanto a mí, no tiene duda de que he perecido en el río, después de haber recibido los tiros de Forbes y de Rock, pues no ignoráis que los he oído felicitar de mi muerte. Walston debe, pues, creer que nada sabéis, que no sospecháis siquiera su presencia en la isla, y que si uno de ellos se presentara aquí, le acogerías como se acoge a un náufrago. ¡Después de entrar uno en la plaza, no le sería difícil introducir a los demás, lo que haría imposible toda resistencia!

-Pues bien, respondió Briant; si Walston, o cualquier otro de su cuadrilla, se presenta para pedirnos hospitalidad, lo recibiremos a tiros...

-¡Cómo! ¿No sería mejor agasajarlo y condolernos de su situación?... dijo el americano.

-¡Quizás sí, señor Gordon! replicó el marino. ¡Mejor era eso! Astucia contra astucia. Así es que, si sucede lo que preveo, deliberaremos después.

Y tenía razón.

En efecto, era necesario obrar con mucha cautela, pues si las cosas marchaban bien, si Evans se hacía dueño de la chalupa, era permitido creer que la hora de la libertad no tardaría en llegar. Pero

¡cuántos peligros tenían que arrostrar aun! Y después, cuando llegara la hora de marchar hacia Nueva Zelanda, ¡Dios sabe si estarían todos vivos!

Al día siguiente, la mañana pasó sin novedad de ninguna especie. El marino, acompañado de Doniphán y Baxter, recorrió media milla en dirección a *Traps-woods*, ocultándose detrás de los árboles agrupados en la base de *Auckland-hill*. Nada sospechoso llamó su atención ni la de *Phann*, que los seguía; pero por la tarde, un poco antes de la puesta del sol, se dio la voz de ¡alerta! Webb y Cross, de guardia en el acantilado, bajaron precipitadamente, y dijeron que dos hombres se acercaban por el ribazo meridional del lago, en la orilla opuesta del río *Zealand*.

Kate y Evans, queriendo no ser conocidos, entraron en seguida en *Store-room*, y luego, mirando por las ventanillas, conocieron a Rock y a Forbes.

-Es indudable, dijo el marino, que quieren obrar con astucia, y qué van a presentarse como náufragos.

-¡Qué hacemos? preguntó Briant.

-Acogerlos, respondió Evans.

-¡Recibir bien a aquellos miserables! exclamó Briant. ¡Jamás podré hacerlo!

-Me encargo de ello, replicó Gordon.

-¡Bien, señor Gordon! repuso el marino. ¡Y sobre todo, que no sospechen nuestra presencia aquí! Kate y yo nos presentaremos cuando sea tiempo.

Evans y su compañero se colocaron en una de las covachas del pasillo, cuya puerta cerraron.

Algunos instantes después, Gordon, Briant, Baxter y Doniphan acudían a la orilla del *Zealand*. Al verlos, los dos hombres fingieron una gran sorpresa, a la que Gordon respondió con otra no menos grande.

Rock y Forbes parecían muertos de fatiga, y cuando llegaron al río, he aquí las palabras que se cambiaron de una a otra orilla.

-¿Quién sois?

-¡Unos desgraciados náufragos que acaban de encallar en el Sur de esta isla, con la chalupa del *Severn*!

-¿Sois ingleses?

-¡No, americanos!

-¿Y vuestros compañeros?

-¡Han perecido! ¡Solos hemos escapado del naufragio, y estamos ya sin fuerzas! ¿A quién tenemos el gusto de hablar?

-A los colonos de la isla *Chairmán*.

-Que los colonos tengan piedad de nosotros y nos recojan, pues estamos sin recursos y...

-Siempre tienen los náufragos derecho a la asistencia de sus semejantes... respondió Gordon. ¡Seáis bienvenidos!

A una señal del americano, Mokó saltó a la canoa, amarrada cerca del dique, y condujo a los dos bribones a la orilla derecha del *Zealand*.

Sin duda que Walston no tuvo que detenerse mucho para elegir entre los suyos los dos de más agradable aspecto físico; todos eran igualmente repugnantes. La cara de Rock no era a propósito para inspirar confianza, ni aun a niños poco acostumbrados a descifrar lo bueno y lo malo en una fisonomía humana; y aun cuando este bandido había procurado tomar el aire de hombre de honradez, tenía todo el tipo de un malvado, con su frente deprimida y su mandíbula inferior muy pronunciada. Forbes, en el que, según el dicho de Kate, todo sentimiento de humanidad no estaba perdido todavía, se presentaba con regular aspecto. No se diferenciaba gran cosa del otro; mas servía mejor para el caso, y ese fue el motivo porque Walston se lo había dado por compañero.

Ambos representaron bastante bien su papel; no obstante, temiendo despertar alguna sospecha si dejaban que les dirigiesen preguntas demasiado categóricas, pretextaron más fatiga que necesidad, y pidieron que se les permitiese descansar y pasar la noche en *French-den*, lo que se les concedió. Al entrar, no se le escapó a Gordon que los falsos naufragos no dejaron de dirigir miradas investigadoras sobre la disposición del *hall*, y demostraron bastante sorpresa cuando vieron el material defensivo que poseía la pequeña colonia, y, sobre todo, el cañón colocado en la ventanilla.

Resultó de esto que los jóvenes colonos, a los que repugnaba mucho el papel que desempeñaban, no tuvieron por qué continuarlo, puesto que Rock y Forbes tenían prisa por acostarse, dejando para el día siguiente el relato de sus aventuras.

-Un haz de hierbas nos bastará, dijo Rock; pero como no quisiéramos incomodaros, si tuvieseis otra habitación...

-Sí, respondió Gordon; la que nos sirve de cocina; podéis instalaros en ella hasta mañana.

Rock y su compañero pasaron a *Store-room*, cuyo interior examinaron de una ojeada, después de cerciorarse de que la puerta daba al lado del río.

En verdad que aquellos dos bandidos, viéndose acogidos de un modo tan afable, debían creer que para vencer a aquellos inocentes no había necesidad de cavilar mucho.

Rock y Forbes se tendieron en un rincón de *Store-room*; no iban a estar solos, es verdad, puesto que Mokó dormía también allí; pero poco les importaba, porque estaban muy decididos a estrangularle si no dormía profundamente. A la hora convenida, estos malvados debían abrir la puerta de *Store-room*, y Walston, que esperaría en el ribazo con sus demás secuaces, se haría dueño de la gruta.

A eso de las nueve, cuando Rock y Forbes aparentaban estar dormidos, Mokó entró, y no tardó en acostarse, pronto a dar la señal de alerta.

Briant y los demás se habían quedado en el *hall*, y cuando cerraron la puerta del pasillo, Evans y Kate se unieron a ellos. Todo había ocurrido como dijo el piloto, y no dudaba de que Walston y los demás estuviesen en los alrededores esperando el momento de penetrar en la morada de los jóvenes.

-¡Estemos alerta! dijo.

Dos horas pasaron, y Mokó se preguntaba si Rock y Forbes no dejaban su maquinación para otra noche, cuando un ligero ruido llamó su atención, y a

la luz del farol vio que Rock y su compañero abandonaban el rincón en que se habían tendido, y se arrastraban hacia la puerta.

Esta se hallaba, como pueden calcular nuestros lectores, reforzada con un montón de gruesas piedras, verdadera barricada que hubiera sido muy difícil, por no decir imposible, derribar.

Los dos malvados, al hallarse con aquel inconveniente, empezaron a quitar aquellas piedras, amontonándolas una a una contra la pared de la derecha. En pocos minutos la puerta quedó completamente expedita, no necesitándose más que quitar la barra que la sujetaba por dentro para que la entrada de *French-den* quedase libre; pero en el momento en que Rock, después de retirar la barra, abrió la puerta, una mano se apoyó con fuerza sobre su hombro.

Se volvió, y reconoció al piloto.

-¡Evans! exclamó. ¡Evans aquí!

-¡Venid todos, muchachos! gritó el piloto.

Briant y sus compañeros se precipitaron en seguida en *Store-room*, y allí, Forbes, cogido por cuatro de los más fuertes, fue puesto en estado de no poder huir.

En cuanto a Rock, con un movimiento rápido, rechazó a Evans; dándole una cuchillada que lo hirió levemente en el brazo izquierdo, y luego, abriendo la puerta, se lanzó fuera. No había andado diez pasos, cuando estalló una detonación. Era el marino, que acababa de tirar sobre Rock, pero, según todas las apariencias, el fugitivo no había sido alcanzado por la bala, pues ningún grito se dejó oír.

-¡Mil diablos!... ¡No he matado a ese bribón! Pero en cuanto al otro... no se me escapará... ¡Siempre será uno menos! Y con el cuchillo en la mano se acercó a Forbes.

-¡Piedad, piedad!... gritó aquel miserable, a quien los jóvenes sujetaban en el suelo.

-¡Sí, piedad, Evans! repitió Kate, que se colocó entre el piloto y Forbes. ¡Perdonadle, puesto que me salvó la vida!...

-¡Sea! respondió Evans. ¡Consiento en ello, Kate, a lo menos en este momento!

Y Forbes, fuertemente atado, fue encerrado en una pieza a propósito, y custodiado con vigilancia suma.

Luego, la puerta de *Store-room* volvió a cerrarse y a ser atrancada con las piedras, quedando todos en vela hasta el amanecer.

XXVIII

Interrogatorio de Forbes. -La situación. -Un proyectado reconocimiento. -Evaluación de fuerzas. -Restos de campamento. -Briant desaparecido. -Doniphan en su socorro. -Herida grave. -Gritos en «French-den.» -Aparición de Briant. -Mokó dispara un cañonazo.

Por más cansados que estuvieran (y debían estarlo mucho) aquella noche ninguno de los habitantes de *French-den* pensó en descansar. No era dudoso ya que Walston emplearía ahora la fuerza, puesto que la astucia no le había servido de nada, toda vez que Rock debió decirle que Evans se hospedaba en *French-den*, y que, por consiguiente, sus proyectos de ataque estaban completamente descubiertos.



Montañas de Rocky y Mackenzie en Canadá, vista desde la gruta.

Al amanecer, el marino, Briant, Doniphan y Gordon salieron de la gruta con mucho cuidado. A la salida del sol, las brumas matinales, condensadas poco a poco, dejaron completamente visible el lago, cuyas aguas se rizaban con una ligera brisa del Este.

Todo estaba tranquilo en los alrededores de *French-den*, lo mismo por la parte de *Traps-woods* que por la del río *Zealand*. En el interior del cercado, los animales domésticos iban y venían como de costumbre, y *Phann* no daba ninguna señal de alarma. Ante todo, Evans quiso saber si el suelo conservaba huellas de pasos, y las vio, en efecto, especialmente corta de la gruta, cruzándose en todas direcciones o indicando bien a las claras que Walston y los suyos habían avanzado durante la noche hasta el río, esperando que Rock y Forbes les abriesen la puerta de *Store-room*.

En cuanto a manchas de sangre, no vieron ninguna; prueba de que Rock ni siquiera había sido herido.

Evans se preguntaba si Walston había venido por el Sur del lago, como los falsos náufragos, o por el Norte. En este último caso era de suponer que Rock había huido en dirección a *Traps-woods* para unirse a sus compañeros.

Como importaba mucho aclarar este hecho, se decidió interrogar a Forbes para saber qué camino había seguido Walston. ¿Consentiría aquél en hablar? Y, sí hablaba, ¿diría la verdad? En agradecimiento de que Kate le había salvado la vida,

¿se despertaría algún buen sentimiento en su corazón? ¿Olvidaría que era para hacerles traición por lo que había pedido hospitalidad a los huéspedes de *French-den*?

Evans, queriendo él mismo interrogarle, volvió al *hall* y abrió la puerta del camaranchón en donde Forbes estaba encerrado; aflojó sus ligaduras, y lo llevó al *hall*.

-Forbes, dijo Evans; el engaño que tú y Rock habíais meditado, os ha salido mal, pero importa que yo sepa cuáles son los proyectos de Walston; tú debes conocerlos: ¿cuáles son?

El bandido tenía baja la cabeza, no atreviéndose a mirar ni siquiera a los muchachos que presenciaban el interrogatorio, y guardaba silencio.

Kate intervino.

-Forbes, dijo; mostrasteis ya una vez alguna piedad cuando impedisteis que vuestros compañeros me matasen durante el degüello que tuvo lugar en el *Severn*.

Pues bien: ¿no haréis nada para salvar a estos niños de una suerte más horrible aun?...

Forbes no respondió.

-Os han perdonado la vida cuando merecíais la muerte, repuso Kate. ¿No existe ya en vuestro

corazón ni un ápice de buen sentimiento? Después de hacer tanto mal, podéis volver todavía al camino del bien. ¡Reflexionad a qué horrible crimen presentabais vuestro concurso!...

Un hondo suspiro salió penosamente del pecho de Forbes.

-¿Y qué puedo yo hacer? preguntó con voz sorda.

-Puedes decirnos, repuso Evans, qué queríais hacer anoche, y lo que piensan hacer más tarde. ¿Esperabas a Walston y a los demás para introducirlos aquí apenas abrierais la puerta?...

-Sí, contestó Forbes.

-¿Y hubierais matado a estos niños, que tan bien os acogieron?

Forbes bajó aun más la cabeza, y esta vez no tuvo bastante fuerza para contestar.

Y ahora, dime: ¿por qué lado Walston y los demás han venido hasta aquí?

-Por el Norte del lago, respondió Forbes.

-¿Mientras que tú y Rock veníais por el Sur?



— ¿Qué es el LANTARNA? —

-Sí.

-¿Han recorrido ya la parte Oeste de la isla?

-Aun no.

-¿En dónde estarán ahora?

-No sé...

-¡Nada más puedes decirnos, Forbes?

-¡No, Evans, no; os lo aseguro!...

-¿Crees que Walston volverá?

-Sí.

Indudablemente que Walston y los suyos, asustados por el tiro de Evans, y comprendiendo que estaban descubiertos, habían juzgado prudente esconderse, esperando una ocasión más favorable.

El buen marino, pensando que Forbes no podía darle ya ningún detalle más, lo llevó de nuevo a su encierro.

La situación seguía en el mismo estado de gravedad.

¿En dónde se hallaría ahora Walston? ¿Estaría acampado debajo de los árboles de *Traps-woods*? Forbes no pudo decirlo.

Y sin embargo, importaba mucho saberlo; así es que el piloto pensó operar un reconocimiento en aquella dirección, aun cuando no se verificaría seguramente sin peligro.

A las doce, Mokó llevó algún alimento al prisionero, que estaba muy abatido, y que apenas probó. ¿Qué pasaba en el alma de aquel desgraciado? ¿Estaría su conciencia entregada al remordimiento?

Después de almorzar, Evans dio a conocer a los jóvenes el proyecto que concibió de avanzar hasta el límite de *Traps-woods*, porque tenía gran empeño en saber si los malhechores estaban aun en los alrededores de *French-den*. Esta proposición fue aceptada sin discusión, y se tomaron las necesarias precauciones para hacer frente a cualquiera eventualidad.

Walston y sus compañeros no eran ya más que seis, desde la captura de Forbes, mientras que la colonia es componía de quince muchachos, sin contar Kate y Evans, diecisiete entre todos. De ese número era necesario eliminar a los pequeños, que no podían tomar parte directa en la lucha. Decidieron, pues, que, mientras Evans operaba el reconocimiento proyectado, con los mayores, Iverson, Jenkins, Dole y Costar quedarían en el *hall* con Kate; Mokó y Santiago, libres para el servicio doméstico, y Baxter de vigilancia, acompañando los demás a Evans. Ocho muchachos contra seis hombres en toda la fuerza de la edad, no hacían la partida muy igual, si bien era verdad que los colonos irían armados cada cual con una buena escopeta y un revólver, mientras que Walston y su cuadrilla no poseían más que cinco fusiles. Un combate a

distancia, y en estas condiciones, presentaba alguna condición de éxito, tanto más que Doniphan, Wilcox y Cross, que eran muy buenos tiradores, aventajaban en esto a los marineros americanos. Además, las municiones no habían de faltarles, mientras que los bandidos no poseían ya, con seguridad, más que unos cuantos cartuchos.

Eran cerca de las dos de la tarde cuando la infantil tropa se formó para ponerse en marcha, bajo la dirección de Evans.

Baxter, Santiago, Mokó, Kate y los pequeños entraron otra vez en *French-den*, cuyas puertas cerraron, pero no apuntalaron, para el caso de que los expedicionarios tuvieran que resguardarse rápidamente.

Ni por el Sur ni por el Este había nada que temer; pues para seguir aquella dirección hubiera sido preciso que Walston fuese a *Sloughi-bay*, para seguir luego por la orilla del *Zealand*, caminata muy larga por cierto; habida consideración de esto, y teniendo en cuenta lo que dijo Forbes, era de presumir que los forajidos no estaban en aquellos parajes; así es que Evans no podía temer ser cogido por la espalda, puesto que el ataque no podía venir más que por el Norte.

Los muchachos y el marino avanzaron con mucha prudencia, siguiendo la base de *Auckland-bill*. Más allá del cercado, las malezas y los grupos de árboles les permitían llegar al bosque sin descubrirse demasiado.

Evans marchaba a la cabeza de su pequeño ejército, no sin reprimir a cada momento el ardor de Doniphan, siempre pronto a ir a vanguardia. Después de pasar por la tumba del náufrago francés, el piloto creyó oportuno sesgar algo para acercarse a la orilla del lago.

Phann, a quien Gordon procuraba en vano detener, parecía olfatear algo, pues no apartaba su nariz del suelo, y dio a conocer muy pronto que seguía una pista.

-¡Atención! dijo Briant.

-Sí, respondió Gordon; y no es la pista de un animal. Ved el modo de obrar de *Phann*...

-Deslicémonos por entre las hierbas replicó Evans, y vos, que sois buen tirador, Sr. Doniphan, si uno de esos bribones se pone a vuestro alcance, no perdáis el tiro, pues yo os aseguro que no habréis jamás empleado mejor una bala.

Algunos instantes después llegaban los primeros grupos de árboles de *Traps-woods*, allí había huellas de

una reciente parada, pues se veían ramas medio consumidas y cenizas calientes todavía.

-Aquí es, de seguro, en donde Walston y los suyos han pasado la última noche, dijo Gordon.

-Y han estado tal vez hasta hace poco respondió Evans. Me parece que debemos dirigirnos hacia el acantilado.

Apenas acabó de decir estas palabras cuando se oyó una detonación hacia la derecha, y una bala, después de rozar la cabeza de Briant, se clavó en el árbol en que éste se apoyaba.

Casi en seguida sonó otra, acompañada de un grito desgarrador, viéndose al mismo tiempo, como a unos cincuenta pasos de distancia, caer a tierra, por entre los árboles, el cuerpo de un hombre.

Apenas se oyó el tiro que pudo matar a Briant, Doniphan descargó su escopeta en dirección del humo que acababa de ver.

Y entonces el perro salió escapado, ladrando con furia.

-¡Aquí, *Phann*, aquí!... gritó Gordon.

Pero el perro no obedeció, y Doniphan, llevado por su ardor, se lanzó detrás del animal.

-¡Adelante! dijo Evans. ¡No podemos dejarlo comprometerse solo!

Un momento después, habiéndose reunido con Doniphan, se detenían todos delante de un cuerpo tendido en medio de las hierbas, y que no daba ya señales de vida.

-¡Este es Pike! dijo el marino. ¡El bribón está bien muerto! Si el diablo sale de caza hoy, no se volverá con las manos vacías! ¡Uno menos!

-Los demás no deben estar muy lejos, dijo Wilcox.

-No, muchacho, no lo están; pero no nos quedemos al descubierto... ¡De rodillas, pronto, de rodillas!

Tercera detonación, viniendo de la izquierda. Esta vez Service, que no se bajó bastante pronto, recibió una rozadura en la frente.

-¿Estás herido? exclamó Gordon corriendo hacia él.

-¡No es nada, Gordon, no es nada! respondió Service. ¡Un simple arañazo!...

En estos momentos les importaba mucho no separarse, porque aun quedaban cinco de los bandidos que, en vez de intimidarse por la muerte de Pike, debían de estar en acecho a corta distancia,

detrás de los árboles; así es que Evans y los demás, teniendo esto presente, se agazaparon entre las hierbas, formando un grupo compacto, prontos a la defensa por cualquier lado que viniera la agresión.

De repente Garnett exclamó:

-¿En dónde está Briant?

-¡Ya lo veo! respondió Wilcox.

En efecto, aquel muchacho había desaparecido, y como en ese instante se oyeron furiosos ladridos de *Phann*, era de temer que el atrevido joven estuviera peleando con alguno de los bandidos.

-¡Briant Briant!... gritó Doniphan.

Y todos, sin consideración alguna, se lanzaron sobre las huellas del perro. Evans no pudo detenerlos; iban de árbol en árbol ganando terreno.

-¡Cuidado, Evans, cuidado! exclamó de repente Cross, tirándose al suelo.

Instintivamente bajó el marino la cabeza, en el momento en que una bala pasaba a algunas pulgadas de su cuerpo.

Y luego, enderezándose, divisó a uno de los compañeros de Walston, que huía a través del bosque.

Era precisamente Rock, que se le había escapado la vispera.

-¡Para ti, Rock! gritó.

Hizo fuego, y Rock desapareció, como si el suelo se hubiera hundido debajo de sus pies.

-¿Habré errado otra vez el tiro? dijo Evans. ¡Mil diablos! ¡Sería tener muy mala suerte. Todo esto había pasado con brevedad, y en aquel mismo instante los ladridos del perro se oían muy cerca. Casi en seguida Doniphan exclamó a algunos pasos:

-¡Firme, Briant, firme! Aquí estamos.

Evans y sus compañeros se lanzaron por aquel lado, y vieron a Briant luchando con Cope.

Este miserable acababa de derribar al muchacho, o iba a herirle con su cuchillo, cuando Doniphan, llegando a tiempo para desviar el golpe, se echó sobre Cope, sin tener tiempo de coger su revólver.

Y fue el que recibió la cuchillada en medio del pecho... cayendo al suelo sin proferir un solo grito.

Cope, observando entonces que Evans, Garnett y Webb procuraban cortarle la retirada, huyó en dirección al Norte. Tiraron sobre él, pero desapareció, y *Phann* volvió sin haber podido alcanzarle.

Apenas levantado, Briant corrió al lado de Doniphan y le sostenía la cabeza, procurando reanimarlo.

Evans y los demás muchachos se aproximaron también, después de cargar de nuevo sus armas.

En realidad, Walston había llevado la peor parte, puesto que Pike había muerto, y Cope y Rock estaban probablemente fuera de combate.

Por desgracia, Doniphan había sido herido en el pecho, y mortalmente al parecer. Sus ojos estaban cerrados, y su cara tenía el color de la cera; no hacía ningún movimiento, ni oía siquiera la voz de Briant, que le llamaba.

El marino se inclinó sobre el cuerpo del joven, abrió su chaqueta, y desgarrando la camisa empapada en sangre, descubrió una herida, muy profunda, al parecer, a la altura de la cuarta costilla de lado derecho; y aun cuando el aspecto de Doniphan ofrecía serios temores, si el pulmón no había sido tocado por la punta del cuchillo, podía concebirse alguna esperanza de salvación, aunque vaga y sin fundamento serio.

-¡Llévemole a *French-den!* dijo Gordon. ¡Sólo allí es donde podremos cuidarle!...

-¡Y salvarle! exclamó Briant. ¡Ah, mi pobre amigo!... ¡Es por mí por quien te has arriesgado.

Evans aprobó la proposición de llevar a Doniphan a *French-den*; con tanto más motivo,

cuanto que la lucha parecía suspendida, quizás porque Walston, viendo las cosas malparadas, hubiera tomado el partido de pronunciarse en retirada hacia las profundidades de *Traps-woods*.

Sin embargo, una cosa preocupaba al marino, y es que no había visto a Walston, ni a Brandt, ni a Book, que eran tal vez los más temibles de la cuadrilla.

El estado de Doniphan exigía que lo transportaran con muchísimo cuidado y sin sacudidas, para lo cual Wilcox y Service hicieron una especie de parihuelas con ramas y hojas, en la que tendieron al pobre muchacho, siempre privado de conocimiento, y luego cuatro de sus compañeros le levantaron con mucha suavidad, mientras que los demás le rodeaban con el arma cargada y el revólver en la mano.

La comitiva volvió directamente por la falda del acantilado, pues de ese modo no tenían que ejercitar su vigilancia sino por la espalda. Algunas veces el pobre Doniphan suspiraba tan lastimosamente, que Gordon hacía señas de que se detuvieran para escuchar su respiración.

Las tres cuartas partes del camino llevaban ya andadas en estas condiciones, y aun cuando no

quedaban ya más que unos setecientos u ochocientos pasos para llegar a la gruta, no veían aun la puerta, a causa de que la ocultaba una parte saliente del acantilado.

De repente se oyeron gritos hacia el *Zealand*, y *Phann* echó a correr en aquella dirección.

Era evidente que Walston y sus dos compañeros atacaban a *French-den*. En efecto, he aquí lo que pasó, según supieron más tarde.

Mientras que Rock, Cope y Pike, emboscados debajo de los árboles de *Traps-woods*, distraían y entretenían a la pequeña tropa que Evans mandaba, Walston, Brandt y Book habían subido al acantilado por el lecho, seco a la sazón, del torrente de *Dike-creek*, y luego atravesando a toda prisa la meseta, bajaron a *Auckland-hill* por una pendiente que conducía a la orilla del río, y próxima a *Store-room*. Una vez allí, derribaron la puerta y entraron en la gruta. ¿Llegaría Evans a tiempo para evitar una catástrofe?

El marino tomó bien pronto su partido. Mientras que Cross, Webb y Garnet quedaron al lado de Doniphan, a quien no podían dejar solo, Gordon, Service, Wilcox y él se dirigieron rápidamente a *French-den*.

Lo que vieron en cuanto divisaron *Sport-terrace* era cosa para quitarles toda esperanza.



El hall, desde el jardín de la casa de los señores.

En aquel momento Walston salía por la puerta del *hall*, llevando hacia el río a uno de los niños. Ese niño era Santiago. Kate se precipitaba sobre el bandido y procuraba en vano arrancárselo.

Poco después, Brandt apareció también, llevándose a Costar en la misma dirección.

Baxter se arrojó sobre este último bandido; pero, violentamente rechazado, rodó por el suelo.

En cuanto a los demás pequeños, no se les veía, ni tampoco a Mokó. ¿Habrían sido asesinados, y estarían en el interior de la gruta? Walston y Brandt ganaban terreno. ¿Tendrían acaso, y para mayor desgracia de los prisioneros, la posibilidad de atravesar el río de otro modo que a nado?

Sí, sin duda, porque Book estaba allí, cerca de la canoa que habían sacado de *Store-room*.

Llegados ya a la orilla izquierda, estarían los tres en salvo, porque antes de que pudieran cortarles la retirada alcanzarían su campamento de *Bear-rock* con Santiago y Costar, que les servirían de rehenes.

Así es que Evans, Briant, Gordon, Cross y Wilcox, comprendiendo el pensamiento de aquellos desalmados, corrían cuanto podían, esperando llegar a *Sport-terrace* antes de que Walston, Book y Brandt estuvieran en seguridad del otro lado del río, porque darles caza y detenerlos con las balas no era cuerdo, pues eso equivaldría a exponerse a herir o matar a los niños.

Pero *Phann* estaba ya allí. ¡Animal valiente y denodado! Dio un salto, y cogió a Brandt por la garganta. El miserable, para defenderse del perro, tuvo que soltar a Costar. Walston arrastraba siempre a Santiago hacia el río. De repente un hombre se lanzó fuera del *hall*.

Era Forbes.

¿Vendría a reunirse a sus compañeros después de forzar la puerta de su encierro? Walston lo creyó así.

—¡A mí, Forbes... ¡Ven... ven!... le gritó.

Evans se detuvo entonces, e iba a hacer fuego, cuando vio que Forbes se arrojó sobre Walston, a fin de arrancarle su presa.

Este, sorprendido por aquella agresión que no esperaba, tuvo que abandonar a Santiago, y, volviéndose, hirió con su cuchillo a Forbes, que cayó a los pies de Walston.

Todo esto pasó en tan poco tiempo, que Evans y sus compañeros se hallaban aun a unos cien pasos de *Sport-terrace*.

Walston quiso coger de nuevo a Santiago para llevarlo a la canoa, en la que Brandt, que se había desembarazado del perro, le esperaba ya; mas no tuvo tiempo para ello, porque Santiago, que estaba

armado con un revólver, lo descargó a boca de jarro sobre el pecho de infame asesino, quien, a pesar de hallarse gravemente herido, pudo llegar arrastrándose hasta sus dos compañeros, que, cogiéndole en sus brazos, le embarcaron, y empujando vigorosamente la canoa, se pusieron en fuga.

En aquel momento una fuerte detonación retumbó, llenando el río de metralla y haciendo zozobrar la canoa.

Era Mokó quien acababa de pegar fuego a la mecha del cañón colocado en la ventana de *Store-room*.

Excepción hecha de los dos miserables que habían desaparecido debajo de los árboles de *Traps-woods*, la isla *Chairmán* estaba libre de los asesinos del *Severn*, arrastrados hacia el mar por la corriente del *Zealand*.

XXIX

Reacción. -Los héroes de la batalla. -Fin de un desgraciado. Excursión por el bosque. -Convalecencia de Doniphan. -En el puerto de

**«Bear-rock.» -Compostura de la chalupa. -
Marcha emprendida el día 5 de Febrero.
-Bajando el río «Zealand.» -Saludo a
«Sloughi-bay.» -La última punta de la «isla
Chairmán.»**

Una nueva era empezaba ahora para los colonos de la isla *Chairmán*.

Después de tanto batallar hasta entonces con el fin de asegurar su existencia en condiciones bastante difíciles, iban en estos momentos a trabajar, intentando un supremo esfuerzo para volver a ver a sus familias y a su país.

A la grande y prolongada excitación producida por la lucha, siguió una reacción muy natural. Estaban como aniquilados por su victoria, y el peligro pasado les parecía ahora mayor que antes.

Ciertamente que después del primer encuentro en *Traps-woods*, las probabilidades de vencer eran mayores; pero sin la intervención tan inesperada de Forbes, se hubieran escapado Walston, Book y Brandt, y no se hubiera atrevido Mokó a tirar aquel cañonazo, que hubiera alcanzado a Santiago y a Costar, lo mismo que a sus secuestradores. ¿Qué hubiera sucedido después?... ¿A qué exigencias no

hubieran tenido que someterse para libertar a aquellos niños? Así es que cuando Briant y sus compañeros pudieron contemplar con frialdad la situación en que se habían encontrado, experimentaron una especie de espanto, cosa muy fácil de explicar, mas ya por fortuna había pasado lo peligroso, y aun cuando no sabían a punto fijo lo que había sido de Rock y de Cope, era innegable que la seguridad había vuelto a imperar en la *isla Chairmán*.

En cuanto a los héroes de la batalla, habían sido felicitados como lo merecían; Mokó, por su cañonazo descargado tan a tiempo, y Santiago por la sangre fría que había demostrado al tirar sobre Walston. Costar también lo hubiera hecho, según dijo, si hubiera tenido una pistola; mas como no la tenía...

Phann tuvo también su buena parte de caricias, y, como premio, un magnífico hueso lleno de tuétano, con que Mokó le gratificó por haber atezado con sus colmillos a aquel bribón de Brandt, que se llevaba un niño.

Después del cañonazo disparado por el grumete, Briant volvió apresuradamente hacia el sitio en donde quedó el herido, y algunos instantes después

Doniphan, siempre sin conocimiento, fue colocado en el *hall*, mientras que Forbes, que había sido levantado del suelo por Evans, estaba tendido en la cama de *Store-room*, y durante toda la noche Kate, Gordon, Briant, Wilcox y el marino velaron al lado de ellos.

Saltaba a la vista que Doniphan estaba peligrosamente herido; mas como respiraba con bastante regularidad, era de suponer que el pulmón no había sufrido detrimento alguno. Kate recurrió, para curar la herida del muchacho, a las hojas del aliso, que, machacadas y colocadas encima de la parte dañada, son muy eficaces para impedir la supuración interna, y esos árboles se hallaban en abundancia en las orillas del *Zealand*. Forbes estaba herido en el vientre, y comprendía que no había salvación para él; así es que cuando volvió en sí y vio a Kate, que con tanto esmero le asistía, le dijo:

-¡Gracias, mi buena Kate, gracias! ¡Pero todo es inútil; estoy perdido!...

Y las lágrimas corrían por sus mejillas.

Como el remordimiento se había apoderado del corazón de aquel desgraciado, que, más bien que malo, había sido arrastrado por los nocivos consejos y letales ejemplos de sus malvados amigos, sintió

rebelarse todo su ser al considerar la horrible suerte que amenazaba a los jóvenes colonos, y eso le hizo arriesgar su vida para defenderlos.

-¡Ten esperanza, Forbes! le dijo Evans. Has borrado tus crímenes... ¡Vivirás!...

¡No! El infortunado debía morir; así es que, a pesar de los cuidados que le fueron prodigados, se agravó cada vez más, y durante los cortos momentos de descanso que le dejaba el dolor, su mirada, inquieta, se volvía hacia Kate y hacia Evans como diciéndoles:

-¡He vertido sangre, y la mía corre en expiación de mis crímenes!...

A eso de las cuatro de la madrugada Forbes expiró. Murió arrepentido, perdonado por los hombres y por Dios, que le evitó una larga agonía, pues sin notable sufrimiento exhaló el último suspiro.

Al día siguiente lo enterraron en una fosa abierta cerca del sitio en que descansaban los restos del naufrago francés, y dos cruces indican ahora el sitio que ocupan aquellas tumbas.

Sin embargo, la presencia de Rock y de Cope constituía todavía un peligro, y la seguridad no sería

completa mientras no estuvieran en estado de no hacer daño.

Evans resolvió, pues, concluir con ellos de una vez antes de ir al puerto de *Bear-rock*.

Gordon, Briant, Baxter, Wilcox y él partieron aquel mismo día con el fusil al brazo y el revólver a la cintura. *Phann* los acompañaba, pues bien podían fiarse de él para descubrir una pista.

Las averiguaciones no fueron ni largas ni difíciles, y aun podemos añadir que ni peligrosas.

Los colonos no tenían ya nada que temer de los dos cómplices de Walston.

Cope, cuyas huellas pudieron seguirse en medio de los matorrales de *Traps-woods*, fue hallado muerto a algunos centenares de pasos del sitio en que recibió una bala.

Encontraron también el cadáver de Pike, que Doniphan mató al principio de la refriega. En cuanto a Rock, que desapareció tan inopinadamente como si se hubiera hundido en el suelo, Evans tuvo bien pronto la explicación de su fin, pues aquel bandido cayó mortalmente herido en una de las trampas preparadas por Wilcox, y allí lanzó su alma al abismo de la eternidad.

Los tres cadáveres fueron enterrados en dicha trampa, de la que nuestros colonos hicieron una sepultura, y después Evans y los muchachos volvieron a *French-den* con la buena noticia de que ya no tenían nada que temer.

La alegría hubiera sido completa sin la peligrosa herida de Doniphan.

Al día siguiente, Evans y los mayores discutieron los proyectos que debían tener inmediata ejecución. Lo que importaba antes que nada era entrar en posesión de la chalupa del *Severn*. Esto exigía un viaje a *Bear-rock*, en donde se procedería a los trabajos de reparación de aquella barca, y se convino en que Evans, Briant y Baxter fuesen allí por el lago y el *East-river*, porque era más seguro y más corto a la vez.

La canoa, que fue encontrada en un remanso del río, no había sido alcanzada por la metralla, que pasó por encima de ella.

Embarcaron herramientas, provisiones, municiones y armas, y con un buen viento partieron al comenzar la mañana del 6 de Diciembre, bajo la dirección de Evans.

La travesía de *Family-Lake* se hizo con bastante rapidez, no necesitándose siquiera aflojar ni apretar

la escota, a causa de lo igual y constante que fue la brisa.

Antes de las once y media, Briant enseñaba al marino la pequeña caleta por la que las aguas del lago se vertían en el lecho del *East-river*, y la canoa, ayudada por el reflujo, penetró por entre las dos orillas del río.

No lejos de la embocadura, la chalupa yacía en la arena de *Bear-rock*. Después de un examen muy detallado de las reparaciones que necesitaba, he aquí lo que dijo Evans:

-Hijos míos, tenemos herramientas, es verdad, pero nos falta madera con que reparar la obra muerta, y como en *French-den* hay precisamente tablas y costillas del *Sloughi*, si pudiéramos llevar esta embarcación hasta el *Zealand*...

-Estaba yo pensando en lo mismo, replicó Briant. ¿Y no sería posible hacerlo así, señor Evans?

-Me parece que sí, repuso el marino. Puesto que la chalupa ha venido desde *Severn-shores* hasta aquí, bien puede ir desde *Bear-rock* hasta el *Zealand*. Allí el trabajo se hará con más facilidad, y desde *French-den* partiremos para llegar a *Sloughi-bay*, por donde entraremos en el mar.

Siendo este proyecto realizable, y no imaginándose ninguno mejor, decidieron aprovechar la pleamar del día siguiente para remontar el *East-river*, remolcando la chalupa con la canoa.

Lo primero que hizo Evans fue calafatear el barco lo mejor que pudo con las estopas que había traído de *French-den*, cerrándole cuantas vías de agua hubo de notarle, ocupación que no terminó hasta muy entrada la tarde, pasando después la noche con mucha tranquilidad en la gruta que Doniphan y sus compañeros habían elegido para albergue en su primera excursión a *Deception-bay*. .

Al amanecer del siguiente día pusieron la chalupa a remolque de la canoa, y zarparon en cuanto empezó la marea alta; pero al comenzar la bajamar les costó gran trabajo remolcarla, a causa de la pesadez que le daba la mucha agua que entraba por las hendeduras que no se habían podido tapar, y este retraso fue motivo de que hasta las cinco de la tarde no llegaran al lago.



resillago durante el viaje en la montaña del pueblo de Wailaka.

El marino no juzgó prudente exponerse, en tales condiciones, a los peligros de una travesía nocturna, máxime cuando, teniendo el aire propenso a echarse, era muy probable que refrescase con los primeros

rayos del sol, como sucede casi siempre durante la estación del verano.

Acamparon, pues, en aquel sitio, y después de comer con muy buen apetito, se echaron a dormir con la cabeza apoyada en el tronco de un árbol y los pies delante de una buena hoguera, que ardió toda la noche.

-¡Embarquémonos! Esta fue la primera palabra que pronunció Evans cuando el alba empezó a reflejarse en el lago.

Así como lo esperaban, la brisa del Norte tomó incremento a la salida del sol, y no podían, por lo tanto, pedir un tiempo más favorable para tomar el rumbo de *French-den*.

Aparejaron la vela, y poniendo la canoa la proa al Oeste, comenzó a remolcar de nuevo la pesada embarcación, llena casi hasta el borde.

Ningún incidente ocurrió durante la travesía de *Family-Lake*. Evans, por prudencia, estaba siempre pronto a cortar el cable de remolque en el caso de que la chalupa se fuera a pique, pues de no hacerlo así, hubiera arrastrado consigo la canoa, cosa grave en verdad, porque si la chalupa se hubiera perdido, ¡sabe Dios cuándo hubieran podido abandonar aquella isla!

Por fin, a las tres de la tarde las alturas de *Auckland-hill* se dejaron ver, y a las cinco la canoa y la chalupa entraban en el *Zealand* y eran amarradas en el dique. Grandes vivas acogieron la llegada de los tripulantes, a quienes no contaban ver en muchos días.

Durante aquella corta ausencia, el estado de Doniphan había mejorado algo; así es que el pobre muchacho podía responder a las cariñosas palabras que le dirigía Briant. Su respiración era más libre, y eso hacía creer a todos que el pulmón no estaba dañado. Kate renovaba de dos en dos horas el emplasto de hojas de aliso, y como la herida presentaba muy buen aspecto, juzgaban sus compañeros que se cerraría muy pronto. La convalecencia, sin duda, había de ser muy larga; pero la creían de marcha segura, dada la excelente constitución del enfermo.

La reparación de la chalupa empezó en seguida. Costó mucho trabajo sacarla del río; pero, por fin, merced a las medidas tomadas por el marino, la vieron pronto en la orilla. Aquella barca tenía treinta pies de largo por seis de ancho, dimensiones suficientes para que cupieran en ella los diecisiete pasajeros que componían la colonia.

Evans, tan buen carpintero como marino, elogió en alto grado la destreza de Baxter. Los materiales no faltaban, ni tampoco las herramientas. Con los restos de la armadura del *Sloughi* pudieron arreglar la parte del costillaje roto, las tablas averiadas de la obra muerta, y con la estopa vieja, mojada en resina, tan abundante allí, calafatearon perfectamente todas las juntas.

La chalupa tenía puente a proa; lo compusieron y prolongaron hasta su tercio, cosa que aseguraba un abrigo en caso de mal tiempo, sin embargo de que no era de temer en aquella época del año. Los pasajeros podrían estar debajo o encima de aquel puente, según les conviniera. El mástil de gavia del yate sirvió de palo mayor, y Kate, según las indicaciones del marino, cortó una vela de mesana, otra más pequeña y un foque para proa. Con aquel aparejo la embarcación estaría mejor equilibrada y aprovecharía el viento por cualquier punto que viniera.

Estos trabajos duraron treinta días, acabándose el 8 de Enero, no quedando ya más que algunos insignificantes detalles, pues Evans quiso que esta embarcación estuviera en estado de navegar sin peligro alguno a través de los canales del

archipiélago magallánico y que recorriera, si fuera necesario, algunos centenares de millas en el caso de que fuese preciso llegar hasta el establecimiento de Punta Arena, en la costa oriental de la península de Brunswick.

Navidad se celebró por segunda vez en *French-den* con cierto aparato, y también el día de año nuevo de 1862, que los colonos esperaban no concluir en la isla.

Doniphan, muy débil aun, pero cuya convalecencia estaba bastante adelantada, salía ya del *hall*, y aun cuando el aire puro y un alimento nutritivo le devolvieron pronto sus fuerzas, sus compañeros no quisieron partir antes de que estuviera en estado de soportar una travesía de algunas semanas sin temor a una recaída.

Mientras tanto, los jóvenes seguían su vida habitual, sólo que las lecciones y las conferencias estuvieron algo descuidadas, pues los pequeños se consideraban como en vacaciones.

Wilcox, Cross y Webb volvieron a sus interrumpidas cacerías en *South-moors* y en *Traps-woods*. Desdeñaban ya las trampas y los lazos, a pesar de los consejos de Gordon, siempre avaro de las municiones; así es que se oían detonaciones muy

frecuentes, y la despensa se enriquecía con carne fresca, cosa que daba pábulo a la alegría del buen Mokó, ocupado ya en preparar conservas para el viaje.

¡Con cuánto ardor hubiera Doniphan perseguido toda aquella caza de pelo y de pluma, ahora que no tenían por qué economizar las municiones! Mucho sentimiento le causaba el no poderse reunir con sus compañeros; mas era menester resignarse y no cometer ninguna imprudencia. En fin, durante los diez últimos días de Enero, Evans procedió al cargamento de la embarcación. Briant y los demás tenían muchas ganas de llevarse todo cuanto habían salvado del naufragio del *Sloughi*; pero imposible por falta de sitio, y fue preciso hacer una elección de lo que más conviniera.

En primer lugar, Gordon puso aparte el dinero que recogió a bordo del yate, del que necesitarían tal vez los jóvenes colonos; luego, Mokó embarcó suficientes provisiones para el alimento de diecisiete personas durante tres semanas, y algo más por si acaso algún temporal los obligara a desembarcar en alguna de las islas del archipiélago antes de llegar a Punta Arena, Puerto Galante o Puerto Tamar.

Lo que quedaba de municiones se encerró en las cajas de la chalupa, lo mismo que los fusiles y revólvers. Doniphan quiso también llevar los dos cañoncitos, sin perjuicio de que, si la necesidad obligaba para desembarazar el buque, podrían deshacerse de ellos más tarde.

Briant ordenó que se embarcara también toda la ropa, todos o la mayor parte de los libros, los principales utensilios de cocina, y, en fin, los instrumentos necesarios para la navegación, relojes marinos, anteojos, brújulas, faroles y hasta la barquilla de goma. Wilcox escogió las mejores entre las redes y las cañas de pescar para utilizarlas por el camino.

En cuanto al agua dulce, después de cogerla en el *Zealand*, la encerraron en unos diez barriles, que fueron bien colocados en el fondo, no olvidando lo que quedaba de *brandy*, aguardiente y demás licores fabricados con los frutos del trulca y del algarrobo.

El cargamento terminó el día 3 de Febrero. Ya no quedaba más que fijar la fecha de la marcha, caso de que Doniphan pudiera soportar el viaje.

El valeroso muchacho estaba cada día mejor; su herida se hallaba completamente cicatrizada, el apetito había vuelto, y apoyado en el brazo de Briant

o de Kate, daba un paseíto de algunas horas por *Sport-terrace*.

-¡Partamos, partamos! decía. Tengo muchas ganas de que nos embarquemos. El mar me repondrá por completo.

Fijaron la marcha para el 5 de Febrero.

La víspera, Gordon devolvió la libertad a todos los animales domésticos. Guanacos, vicuñas, avutardas y demás aves del corral, huyeron a escape. ¡Tan irresistible es el instinto de la libertad!

-¡Ingratos! exclamó Garnett. ¡Después de los cuidados que les hemos prodigado, cómo huyen!

-¡Así es el mundo! dijo Service con tono tan irónico, que aquella filosófica reflexión excitó la risa de todos.

El día 5 los jóvenes colonos se embarcaron, llevando la canoa a remolque.

Pero antes de soltar la amarra, Briant y sus compañeros quisieron reunirse por última vez ante las tumbas de Francisco Baudoin y de Forbes; y allí, con gran recogimiento, rezaron una postrera oración por el alma de aquellos dos desgraciados.

Doniphan se colocó en la popa al lado de Evans, encargado del timón. A proa, Briant y Mokó estaban agarrados a las escotas, aun cuando podía contarse

más bien con la corriente del *Zealand* que con la brisa interceptada por la masa enorme de aquel acantilado, a quien habían dado por nombre *Auckland-hill*.



La roca y la gran cañada en el cerro *Auckland*.

Los demás muchachos y *Phann* se colocaron según el capricho de cada cual en la parte anterior del puente.

Desataron, por fin, la amarra, y los remos hendieron el agua.

Tres *burras* saludaron entonces a aquella hospitalaria morada, que durante muchos meses había ofrecido tan seguro albergue a los jóvenes colonos, y no sin grande emoción, sobre todo el americano, vieron, desaparecer *Auckland-hill* detrás de los árboles del ribazo.

La chalupa, bajando el río *Zealand*, no podía ir más deprisa que la corriente, y a eso de las doce, cerca de la hondonada de *Bog-woods*, Evans tuvo que echar el ancla, pues siendo aquella parte del río poco profunda, no era difícil que la embarcación encallara a causa de su mucho cargamento, por lo cual creyeron muy prudente esperar la marea alta a fin de poder de esta manera continuar su marcha aprovechando el reflujó.

Esta parada duró seis horas, tiempo que consumieron los pasajeros en comer, jugar y conversar, excepción hecha de Wilcox, Cross y Webb, que distrajeron el tiempo en matar algunas

chochas a la entrada de *South-moors*, o sea en los pantanos.

Desde la popa, Doniphan mató también un par de aves que revoloteaban en la orilla derecha. ¡Ya estaba completamente bueno!

Era ya muy tarde cuando la embarcación llegó a la embocadura del río; y como la oscuridad no permitía guiarse a través de los arrecifes, Evans, como marino prudente, quiso esperar al siguiente día para hacerse al mar.

La noche pasó muy tranquila, pues en cuanto las aves marinas volvieron a sus nidos, un profundo silencio reinó en *Sloughi-bay*. La mañana se presentó magnífica; era menester, pues, aprovecharla, y Evans mandó largar velas, y la chalupa, dirigida por una mano experta, salió del río *Zealand*.

En aquel momento todas las miradas se fijaron en la cima de *Auckland-hill*, y después en las últimas rocas de *Sloughi-bay*, que desaparecieron dando la vuelta a *American-cape*. Entonces nuestros colonos tiraron un cañonazo, seguido de un triple hurra, mientras que el pabellón inglés era izado en la punta del mástil.

Ocho horas más tarde, la chalupa entraba en el canal de la isla *Cambridge*, doblaba *South-cape* y seguía los contornos de la isla *Adelaida*.

La última punta de la isla *Chairmán* acababa de desaparecer en el horizonte.

XXX

Entre canales. -Retraso por causa de vientos contrarios. -El Estrecho. -El «esteamer Grafton». -Vuelta a Auckland. -Acogida hecha a los jóvenes náufragos en la capital de Nueva Zelandia. -Evans, Mokó y Kate. -Conclusión.

No es necesario referir los detalles de aquel viaje por los canales del archipiélago magallánico, pues no tuvo incidente desagradable de ninguna clase, toda vez que el tiempo se presentó constantemente hermoso, y además en todos aquellos canales, de seis a siete millas de ancho, no había que temer las borrascas, que serían poco peligrosas.

El 11 de Febrero, la chalupa, siempre empujada por un viento favorable, desembocó en el Estrecho de Magallanes, por el canal de Smith, entre la costa

Oeste de la isla de la Reina Adelaida y las montañas de la Tierra del Rey Guillermo. A la derecha se elevaba el pico Santa Ana, y a la izquierda, en el fondo de la bahía de Beaufort, se veían algunos de aquellos ventisqueros que había entrevisto Briant al Este de la isla Hannover, a la que los jóvenes colonos seguían llamando *isla Chairmán*.

Todo iba perfectamente a bordo, y se notaba que el aire, cargado de vapores salinos, era excelente para Doniphan, pues comía y dormía muy bien, y se sentía bastante fuerte para desembarcar en cualquier parte y continuar nuevamente con sus amados compañeros, si la necesidad les obligaba de nuevo a ello, en su vida de Robinsones.

El día 12, la chalupa llegó a la vista de la isla Tamar, en la Tierra del Rey Guillermo, cuyo puerto, o más bien caleta, estaba desierta a la sazón, decidiéndose por esta causa Evans a tomar la dirección del Suroeste, a través del estrecho de Magallanes.

Por un lado, se desarrollaban las áridas y planas costas de la tierra de la Desolación, desprovista de aquella exuberante vegetación con que es engalanaba la isla *Chairmán*; y por el otro las sinuosidades,

quebraduras y vertientes tan caprichosamente presentadas de la península Crooker.

Por allí era por donde Evans pensaba buscar algún paso hacia el Sur, para doblar el cabo Froward y remontar por la costa Este de la península de Brunswick, a fin de poder arribar al establecimiento de Punta Arena.

Pero no fue necesario, por fortuna, ir tan lejos.

En la mañana del día 13, Service, que estaba de pie en la proa, exclamó:

-¡Humo a estribor!

-Ese humo que crees ver, acaso sea un fuego encendido por algunos pescadores, dijo Gordon.

-¡No!... Más bien parece de un *steamer*, replicó Evans.

Y, en efecto, en aquella dirección las tierras estaban demasiado lejos para que pudiera divisarse el humo de un campamento de pescadores.

En seguida Briant se lanzó a las gavias y subió hasta la punta del mástil, exclamando a su vez:

-¡Un buquel!... ¡Un buquel!...

Este se halló muy pronto a la vista. Era, en efecto, un *steamer* de unas noventa toneladas, que marchaba con una velocidad de once a doce millas por hora.

Hurras y tiros partieron de la chalupa, que había sido vista, y diez minutos después se acercaba al costado del *steamer Grafton*, que llevaba el rumbo a Australia.

En un instante, el capitán, llamado *Tom Long*, se puso al corriente de las aventuras del *Sloughi*, cuya pérdida conocía ya, pues aquel suceso tuvo eco lo mismo en Inglaterra que en América.

Tom Long se apresuró a recoger a bordo los pasajeros de la chalupa, y les ofreció además llevarlos a Auckland, aunque para ello tenía que apartarse algo de su ruta, puesto que el *Grafton* iba con destino a Melbourne, capital de Adelaida, al Sur de las tierras australianas.

La travesía se hizo con mucha rapidez, y el *Grafton* arribó a Auckland el 25 de Febrero.

Con sólo algunos días de diferencia, habían pasado dos años desde que los quince jóvenes alumnos del colegio Chairmán habían sido arrastrados por el mar, a mil ochocientas leguas de Nueva Zelandia.

¿Para qué describir la alegría de aquellas familias al encontrarse con aquellos hijos que creían hundidos para siempre en las aguas del Pacífico? No

faltaba ni uno de los que la tempestad se había llevado hasta los parajes de la América del Sur.

La noticia de tan fausto suceso cundió con rapidez por la ciudad, y todos los habitantes acudieron para vitorear a aquellos intrépidos jóvenes, aun antes de que tuvieran tiempo de caer en brazos de sus familias.

Como la población entera estaba deseosa de conocer en detalles cuanto había pasado en la *isla Chairmán*, Doniphan dio algunas conferencias a este propósito, y las notas que Baxter con tanto cuidado redactaba diariamente en *French-den*, fueron impresas y publicadas, vendiéndose millares de ejemplares, siendo después reproducidos en todos los idiomas por los periódicos de ambos hemisferios, pues no había nadie a quien no hubiera afectado la catástrofe del *Sloughi*. La prudencia de Gordon, la abnegación de Briant, la intrepidez de Doniphan y la resignación de todos aquellos niños, fueron universalmente admiradas.

¿Y Kate, Mokó y Evans? Gran parte de los plácemes y felicitaciones fueron para ellos; ya porque se habían librado milagrosamente de tantas desgracias, ya también, y muy en particular, por la

asiduidad que habían tenido en el cuidado y salvación de aquellos niños.

Con el fin de recompensar a Evans, se hizo una suscripción pública, que dio lo suficiente para regalar a tan bravo marino un buque mercante, el *Chairmán*, del que sería a un tiempo capitán y propietario, con la condición de que Auckland fuera siempre su punto de parada. Y cuando el buen piloto volvía de algún viaje, las familias de *sus muchachos*, como él decía, le dispensaban la más cordial acogida.

Mokó, el intrépido Mokó, fue agregado al buque *Chairmán* y encargado a Evans para que cuidase de él como si fuera su hijo, y a su lado si hiciera hombre, creándose una posición y una fortuna, que bien merecidas tenía.

En cuanto a la excelente Kate, los Briant, los Garnett, los Wilcox y demás se la disputaban, pero



El tiempo les fue favorablemente.

concluyó por fijarse definitivamente en casa de Doniphan, a quien salvó la vida por sus maternales cuidados.

Ha terminado nuestro relato, y como conclusión moral, he aquí lo que debe tenerse presente de él,

que justifica, a nuestro parecer, su título de DOS AÑOS DE VACACIONES.

Verdad es que no hay en ningún colegio alumnos que cometieran jamás la locura de exponerse a pasar sus días de asueto en semejantes circunstancias; pero los niños, leyendo este libro, deben siempre tener presente que con orden, celo y valor, no hay ninguna situación, por mala que sea, que no se pueda vencer; y no olvidar, sobre todo pensando en los jóvenes náufragos del *Sloughi*, que experimentados por grandes contratiempos, y acostumbrados al duro aprendizaje de la vida, a su vuelta los pequeños eran casi adolescentes, y los mayores casi hombres.

FIN DE «DOS AÑOS DE VACACIONES»